

DE FELICIDAD TAMBIÉN SE VIVE

LA FELICIDAD POSIBLE. DESAFÍOS Y COMPROMISOS.
CÓMO ENCONTRARLA A TRAVÉS DEL REPLANTEO
DE METAS Y LOGROS



JOSÉ EDUARDO ABADI

DEBOLSILLO

José Eduardo Abadi

De felicidad también se vive

La felicidad posible. Desafíos y compromisos. Cómo encontrarlo a través del replanteo de metas y logros

Edición al cuidado de Gabriela Vigo

Debolsillo

José Eduardo Abadi es médico psiquiatra, psicoanalista, didáctico de la APA, profesor del Instituto de Psicoanálisis y profesor en diversas universidades del país y del exterior. Actor y dramaturgo, ha escrito además obras teatrales que se ubican entre el grotesco y el absurdo. Se desempeña también como periodista cultural en televisión, radio y medios gráficos. Ha sido ampliamente reconocida su labor como asesor de distintas instituciones y organismos, y como consultor de empresas en temáticas que tienen que ver con la confluencia de lo psicológico, lo social y lo empresarial.

Entre sus libros podemos destacar *¿De qué hablamos cuando hablamos?* e *Invitación al psicoanálisis* —escritos junto con Mauricio Abadi—, *El bienestar que buscamos* y *Eduardo y Marco Antonio*. Junto con Diego Mileo escribió *No somos tan buena gente. Un retrato de la clase media argentina*, *Tocar fondo. La clase media argentina en crisis* y *Hecha la ley, hecha la trampa. Transgredir las propias reglas: una adicción argentina*.

El presente título es parte de la serie que inauguró con *Los miedos de siempre, los terrores de hoy* y *El sexo del nuevo siglo*.

*Con profundo amor, para mi hermana,
Claudia Abadi de Taraciuk*

AGRADECIMIENTOS

Quiero, ante todo, agradecerles a ustedes, lectores, que con su interés y curiosidad despiertan a su vez las mías, y que con su crítica me permiten repensar y aprender. Son varios los textos en los que he intentado acercarme a ustedes para compartir las inquietudes que me asaltaban, y debo reconocer que la experiencia ha sido formidable. El tema que les propongo hoy ha estado como pregunta y reflexión desde hace muchísimo tiempo dentro de mí, pero no había podido, hasta ahora, desprenderme de él y ofrecerlo. Finalmente, ha llegado el momento.

Así también el agradecimiento de siempre al estímulo y la tolerancia de mi familia, que soporta los tiempos que exige la gestación de un texto.

No quiero dejar de mencionar la colaboración invaluable de Gabriela Vigo, interlocutora atenta a mis propuestas. Hago extensivo el agradecimiento a Florencia Cambariere y, a través de ella, al equipo de Editorial Sudamericana.

J. E. ABADI

INTRODUCCIÓN

ALGUNAS CLAVES PERSONALES

Cuando comencé a pensar el contenido de este libro me pregunté, como suele sucederme, por qué y para qué lo había elegido. ¿Era la felicidad un tema que me inquietara particularmente o, mejor aun que me interesara profundizar en este momento? ¿Conservaba para mí esa cuota de entusiasmo, incomodidad y preocupación que llevan a que uno decida transitar la complejidad de una problemática? Me dispuse a asociar libremente, a intentar pesquisar qué aparecía en mi conciencia si dejaba fluir libremente las ideas al respecto.

Inmediatamente, como es de suponer, surgieron mis recuerdos infantiles. Y fui sorprendido (como si alucinara) por una recomendación que proclamaba mi padre y que se convirtió casi en una máxima: “Lo que importa en la vida es ser feliz”. ¡Nada menos!

Debo admitir que esta afirmación, a lo largo de los años, pasó a ser algo polémica y perturbadora. Lo que él me decía, ¿era una sugerencia? ¿Una enseñanza? ¿Una simplificación esquemática? ¿Un deseo? ¿O un mandato? Con el tiempo me di cuenta de que no era una sola la respuesta, y que lo principal era cómo yo lo recibía y metabolizaba. Pero lo que es indudable, y ha impregnado gran parte de mi visión del mundo, es no sólo la jerarquía o la utilidad (*utilitas*) que puede tener la felicidad, sino también comprobar que ella es posible, es alcanzable, y otorga sentido a la vida. Tratar de entender su o sus significados es una labor ineludible e indispensable.

Me vino enseguida a la memoria esa función del psicoanálisis que creo haber escuchado de niño que lo sintetizaba como el intento de ayudar a la gente a ser feliz. Así

de simple. Confieso que he quedado influenciado por esta frase, a la que he sustituido, luego de años de estudio, por varias formulaciones más complejas y respetables, por ejemplo, “Se trata de descubrir el conflicto inconsciente de aquello que ha derivado en síntoma, que enmascara y expresa”, dice la letra seria. “Distancia prudente, y evite invadir con el propio deseo la subjetividad del analizando”, agrega un colega, reflexivo. “Desterrar el *¡furor curandis!*”, exclama el ortodoxo. Sí, por supuesto, pero ¿qué más? El compromiso; la empatía con el dolor del otro; hacer propia la pregunta que late en la incertidumbre de nuestro interlocutor; las ganas de asistir, de curar. Finalmente: ayudarlo a encontrar su felicidad.

La primera consulta que di como psicoanalista fue a un hombre joven —no sé si tanto como era yo en ese entonces— que estaba angustiado, triste, desconcertado. Comenzaba mi primer desafío. Llevaba en mi equipaje mucha de la teoría aprendida: el complejo de Edipo, la sexualidad infantil, lo inconsciente, la interpretación, la transferencia, la resistencia, etc. Debía ayudarlo a que él lograra conocer más de sí mismo. Que fuera artífice principal de su historia. Pero también latía entre estas nociones aquella aspiración con la que yo concurría desde joven a mi análisis personal: intentar ser feliz. Tengo claro hoy que he incorporado esa meta como objetivo. Pero sé que su logro exige profundizar su sentido, desvestirla de banalidades empobrecedoras y dedicarse a explorar su complejidad.

Ratificaron mis expectativas (que algunos calificarían de ingenuas) las muchas observaciones y reflexiones que pensadores valiosos, a lo largo de la historia, habían hecho al respecto. La infaltable culpa —pilar de nuestra educación judeocristiana y, en su versión sintomática, motivo de tantas prohibiciones— generaba una fuerte resistencia a nuestra pretensión de conquistarla. (Felicidad y culpa casi nunca se llevaron bien.) Tenía como contrapartida otros supuestos desdichados en el camino. Llevaba implícito el temor al castigo superyoico. Otro obstáculo era la vergüenza frente al placer. Era impúdico. Como han teorizado muchos, recordemos que es recién en estos últimos años, posmodernidad mediante, que aquel exhibe alegre su rostro. Placer, alegría, encuentro, relación con el otro, cuerpo, libertad-identidad, autonomía, serán los ladrillos de esta construcción que intentamos aquí investigar y que denomino felicidad.

En la trama constitutiva de esta armazón, y voy a extenderme más adelante en esto, se destaca la capacidad de amar desplegándose en la relación de la pareja, la amistad, la imaginación (brindo por ella), la solidaridad y el coraje. Subrayo la idea de sabiduría, que

queda articulada a la verdad, la ética, la justicia y la moral como factores inherentes a nuestra temática.

Si bien detrás de ciertas conflictivas aparecía la felicidad como prohibida, registré con sorpresa, como otra variable, el mandato de felicidad: “Usted *tiene* que ser feliz”, “*debe* ser feliz”, como exigencia del costado sintomático de la sociedad de nuestro tiempo. Paradójicamente, en este cortocircuito, detrás de la apariencia quedaba borrada la subjetividad, tantas veces amenazada, y la intimidad despojada dejaba al sujeto desprovisto y dependiente.

Continuando con la asociación libre, me asaltó la pregunta entonces de cuándo me sentí feliz, o qué era lo que me hacía feliz, o hacia dónde me dirigía cuando pretendía alcanzar la felicidad. De inmediato, y me extenderé más ampliamente en otro de los capítulos, tomó relieve el semejante. Es en la relación con el prójimo donde escribiremos nuestro argumento y dibujaremos nuestro perfil. Claro, me dije, allí estaba, ser autor principal de la historia que nos toque vivir. Es en ese relato constitutivo y constituyente donde será posible (para los que emprendan el viaje) tejer las múltiples experiencias que nos hacen sentir nosotros mismos. Reconocer – ser reconocido – libertad – identidad – felicidad.

Dentro de este itinerario de reflexiones personales en torno a nuestro tema no quiero pasar por alto algunos puntos. En relación al semejante, la envidia es uno de los enemigos principales que obstaculizan nuestro acceso, o nuestra voluntad de acceder a un estado de felicidad. Se trata de un impulso destructivo, autolimitante, que en su avidez atenta contra el otro, pero a su vez inhibe de un modo terminante el despliegue de eventuales potencialidades positivas personales. El envidioso, atrapado en el resentimiento y el rencor, está incapacitado no sólo para dar, sino también, aunque parezca paradójico, para recibir, dado que en el momento que lo hiciera debería reconocer lo que el otro es, tiene y puede.

El resultado es un sujeto en permanente empobrecimiento que intenta compensar aquello que le falta y que él mismo se ha encargado de arrasar, por conductas violentas y desintegradoras. El uso del poder que hace está teñido de intolerancia, fanatismos y egoísmo. No puede dejar de girar como imantado alrededor de ese semejante al que no llega a amar ni termina de destruir.

Podríamos incluirlo dentro de ese otro segmento de padecientes infelices que no pueden, como sintetiza muy bien Eric Fromm en uno de sus textos, “interesarse y amar la vida”. La ausencia del amor en cualquiera de sus variables (*eros, philia, ágape*) deja el comando en manos del odio. La historia de la barbarie o la violencia de nuestra civilización saben de esto. Quedan ajenas aquellas experiencias en que somos capaces de sentir los ingredientes constitutivos de la felicidad. Un ejemplo es la sorpresa gozosa cuando el otro capta y transmite, a través de la empatía, esa palabra que a pesar de ser nuestra estaba ausente de la conciencia. Es allí donde constatamos la comunión de ciertos vínculos y la plenitud que vivimos cuando un descubrimiento nos permite encontrar significado y sentido a nuestra vida. Se repite incluso desde lo biológico, que el ocuparse del semejante, en el sentido amoroso, es también ocuparse de uno mismo.

En este fluir de asociaciones que les prometí desde el comienzo de estas líneas aparece con fuerza un acontecimiento crucial en mi vida que me doy cuenta cuánto me ha hecho reflexionar acerca de todo esto. Me refiero a un tremendo accidente que tuve a los veinticuatro años, cerca de Porto Alegre, cuando el conductor de un camión que venía por la mano contraria se quedó dormido y se estrelló contra el coche que yo conducía, en ese momento detenido por el tránsito. Fueron varios los días que estuve en coma y fue largo el doloroso proceso de recuperación, ya que el enorme daño traumático del que había sido víctima exigía varias intervenciones quirúrgicas.

Comparto con ustedes este acontecimiento biográfico personal porque experimenté algunos sentimientos y pensamientos que impregnaron con un nuevo sentido mi manera de entender la vida. Ante todo, después de ese despertar absolutamente singular y diferente, brotó una pregunta que la lógica de la respuesta convencional no alcanzaban a responder: ¿Qué pasó? ¿Quién soy? ¿Qué dejé de ser? ¿Qué perdí y qué se perdió? ¿Mi cara fracturada me convirtió en otro?

El alivio de ser reconocido, de reconocer a los de mi alrededor, alejó angustias fantasmales. “Naciste de nuevo”, me alentaban, o mejor aun, me felicitaban. Yo no podía dejar de escuchar, detrás del “renaciste”, “estuviste muerto”. No me había muerto, había estado en coma. Pero detrás de esas expresiones, casi lugares comunes, ardía la pregunta: ¿Qué es estar vivo? ¿Ser uno, existir, pertenecer, ser protagonista de un relato y

de una historia, tener un futuro? ¿Habría quedado expulsado de ese argumento original, en parte conocido y en parte desconocido, que me sostenía como sujeto? ¿Volvería al camino inicial, o inauguraría otro? Cuando el espejo me devolvía ese rostro mío que me resultaba extraño, recuerdo que pensaba que la felicidad anhelada, soñada, había quedado definitivamente desterrada.

Pero entonces, y mientras el tiempo transcurría, la historia comenzó a ser otra. Tuve ocasión de sentir que iba recuperando mi cuerpo. Catéteres y sondas eran retirados; las heridas se transformaban en cicatrices, y ellas, más que en testimonio de lo que faltaba, se transformaban en narraciones de lo sucedido. Eran marcas que me identificaban y no que me borraban. Y entonces comenzó la reparación profunda en la que llegué a sentir algunas cosas maravillosas que hoy llamo *felicidad*. O el estado de felicidad que queda cuando uno asume e incorpora momentos de plenitud vividos. ¿A cuáles me refiero? A la presencia de mis seres amados. En realidad va más allá: a la presencia de seres que se ocuparon y compadecieron de mí, para quienes fui alguien, a quienes tuve la suerte de poder reconocer, y en los momentos en los que fui mejor, también de amar. Lo nimio que hacemos cotidianamente adquirió sentido de oportunidad gozosa. Pero lo que creo esencial fue disfrutar y aprender de forma casi inaugural la vivencia de gratitud indisolublemente asociada a la felicidad. Comprobé entonces cómo el poder del ser humano logra ser solidario y no voraz (diferencia entre amor y envidia). Cómo la imaginación puede crear vida y no estar al servicio de la guerra, y verificar la potencia del vínculo que integra y nutre. La entrega y la oferta como vehículo de crecimiento.

En ese renacimiento simbólico, donde uno se redescubre y tiene la chance de enriquecerse, se toma conciencia —y es un trabajo no perderla— de la dicha de estar vivo, de sentir la felicidad de existir. Desvestirse de falsas necesidades y ejercer los verdaderos valores, aquellos a los que aludimos con anterioridad: sabiduría, amor, ética, razón, presente, proyecto, mañana.

PRIMERA PARTE

LA CONSTRUCCIÓN DE LA FELICIDAD

1. Un acercamiento a la idea de felicidad

*¿Por qué buscas, mortal,
fuera de ti una felicidad
que se encuentra dentro de ti mismo?*

BOECIO

“El hombre más feliz del mundo es aquel que sabe reconocer los méritos de los demás y puede alegrarse del bien ajeno como si fuera propio.”

JOHANN W. GOETHE

La palabra felicidad intenta abarcar un concepto que, en algunos momentos de la historia, fue jerarquizado y prestigiado, y en otros, desechado por falso o insubstancial. También es cierto que muchas veces adquirió un sentido inalcanzable, utópico y sobrenatural, y que pareció a muchos una estrategia tramposa destinada a hacer soportable lo insoportable. Dicho de otro modo, a otorgarle una lógica plausible a la resignación y a la derrota. No debemos olvidar que de tanto aparecer en títulos brillantes o en candidas imágenes, ha adquirido ese perfil superficial y obvio que define a los lugares comunes.

Pero me niego a quedarme sólo con estas anotaciones, como si fueran la única lectura posible de una idea tan tentadora. Definiciones simplistas o empobrecedoras no son una opción exclusiva, y voy a intentar alguna otra variable para acercarnos a esta temática, la que se formula como una gran pregunta: ¿De qué se trata la felicidad? ¿Es algo que llega imprevistamente, de un modo azaroso, o es posterior a una búsqueda y un trabajo acorde?

Una felicidad posible

Una primera idea es definir “ser feliz” como la combinación armónica entre lo que se siente, lo que se piensa y lo que se hace. Un intento de “coherencia interior” que nos otorgue peso propio y brinde sentido a nuestra vida. En realidad, se trata de articular ese interés y amor por la vida con un cuidado y un amor por uno mismo, o sea, un sano narcisismo.

Quisiera recordar que estamos hablando de la felicidad humana, de aquella ligada a nuestra condición de sujetos mortales, incompletos y en conflicto. Lo cual es indispensable para aprehender una felicidad posible. Si esto queda anulado, se juegan engañosamente objetivos inalcanzables —de los que ya trataremos más adelante—, que llevan a que una persona no pueda arribar jamás a sentirse plena con sus logros.

No creo en felicidades predeterminadas, escritas y definidas desde un lugar ajeno al sujeto y con un poder excluyente sobre cualquier otra variable. Hasta la divinidad misma debiera pensarse en términos de una auténtica esencialidad interior. Radicalmente opuesto al itinerario que Homero, en su inmortal *Iliada*, les adjudica a los hombres. Allí la presencia de lo divino, a través del poder de los dioses y el destino predeterminado que le cabe a cada sujeto, convierte a los hombres en protagonistas obedientes de un argumento escrito por los habitantes del Olimpo. La felicidad no consiste en construir su propio camino, sino en transitar, del modo más idóneo y acabado, aquel que le fue fijado. Obedecer los mandatos por lo general ligados al honor, al sacrificio, a la guerra y a la muerte digna se presentan como la tarea principal. La autonomía o la libertad, que es identidad propia, que desafíe aquello que se espera de él es considerado una transgresión que merece un inevitable castigo y la eterna infelicidad. Los mortales alcanzarán la felicidad si durante su vida terrenal cumplen con los designios que les garantizan como premio una vida eterna lejos del dolor y el sufrimiento.

Como vemos, y esto se evidencia en las escenas donde se describen crueles batallas o en la poética que respira la violencia y la pasión, la vida individual y su padecimiento poco importa: lo que está en juego es la relación con los dioses y con cumplir sus expectativas. La felicidad, insisto, consiste en el ejercicio y cumplimiento de los valores y los imperativos vigentes que fueron escritos por los inmortales que deciden la suerte de los hombres. La subjetividad no tiene carta de ciudadanía. Y sin sujeto, no hay felicidad humana posible.

Vemos en el Ulises de *La Odisea*, también de Homero, una modificación cualitativa importante. Los dioses son obedecidos, aunque de un modo menos sacrificial. Se debe hacer justicia frente a la traición si ésta ha dañado el nombre de la estirpe, pero puede

valerse también de la astucia humana. Con mayor o menor permiso Ulises frecuenta el placer, desafía los misterios, busca su identidad. Aspecto fundamental. Los dioses siguen reinando en el Olimpo, pero parte del destino de los hombres se resuelve en la tierra. La felicidad consiste en la realización de ese viaje que nos convierte en autores de nuestro proyecto. Se alimenta del encuentro con el semejante, conmueve la lágrima de un padre, la ternura de un hijo, la caricia de una mujer. La felicidad en parte se recibe, pero básicamente se adquiere. Evidentemente se va acercando a lo que será finalmente el perfil del hombre de la modernidad.

Quiero volver a subrayar algunas de las nociones reunidas hasta aquí en torno a nuestra temática: armonía, coherencia, equilibrio, carencia, finitud, placer, argumento vital, metas posibles, y —fundamentalmente— interés y amor por la vida. De este eslabonamiento se deduce la premisa mayúscula, o la necesidad ineludible para ser feliz que es el reconocimiento del semejante, o sea la vida en relación. El tránsito recíproco con el otro, que representa a aquellos que pueblan este mundo dentro del cual voy a escribir mi propia historia. Hacer propias las palabras universales y fundar el propio nombre.

A ser feliz se aprende

“No es el placer, sino la ausencia de dolor lo que persigue el sabio.”

SCHOPENHAUER

Sosteníamos que no se accede a ser feliz “por generación espontánea” o por una predeterminación biológica, sino que se aprende a ser feliz y agrego, también se enseña. Es un conocimiento alejado de recetas infantiles, de fórmulas de “regla de tres simple”, o peor aun, de una ingenuidad crónica.

Hay quien cree equivocadamente que la felicidad es igual a la perfección, a lo inmejorable, que se trata de una plenitud sin grietas. Nada más alejado. Es desde

las imperfecciones, los encuentros, los dolores y los logros que un ser humano puede acariciar su felicidad. Es una práctica, un ejercicio. No consiste en borrar la adversidad, sino en poder enfrentarla con coraje, firmeza y deseo.

Subrayemos nuevamente algunos conceptos enunciados: la felicidad es aprendizaje, enseñanza, experiencia, diversidad, obstáculo, anhelo, dolor, coraje y alegría.

La búsqueda

La felicidad está ligada a la curiosidad, al ansia de saber, al conocimiento. Nos sentimos felices cuando iniciamos un camino de descubrimiento que tenga por resultado la exploración de la verdad, dado que ésta, más allá de su color, nos otorga autonomía y libertad, y éstos son dos puntos que no podemos dejar de lado. Son indispensables. La dependencia patológica y la sumisión disfrazadas de seguridad nos distancian de esa armonía o coherencia que al comienzo de estas líneas enunciarnos como fundamentales.

Otra variable que se suma es la imaginación y su potencia gestante. Allí asoma no sólo el esclarecimiento o la transgresión, sino la luz del invento.

La renuncia: una aliada sutil

Muchas veces, se postula a la renuncia como lo opuesto a la felicidad. Es éste un tema complejo ya que, si entendemos a esta última como un estado de plenitud absoluta y como una realización omnipotente de los deseos, cualquier postergación o resignación derivarán en la desdicha. En cambio, si la rescatamos de su contenido mágico y la inscribimos en la capacidad de uno mismo de conducir su propia vida de acuerdo con un principio y sentido de realidad, la renuncia dejará de ser el enemigo de la felicidad para devenir su aliado.

Sigamos. ¿Se puede otorgar a la felicidad un “valor relativo”? Yo creo que el punto de confusión surge si le asignamos a la plenitud un espacio realmente posible en este mundo. Si no lo hacemos, la tan difundida noción de “relativo” también perderá su sentido distorsionante.

La plenitud es un estado propio, con sus características y atributos, que aunque se lo

confunde con la felicidad no se trata de la misma cosa. No es, desde mi punto de vista, sólo una intensificación de ésta a lo largo de un eje cuantitativo, sino que además es cualitativamente diversa. La capacidad de actuar y decidir de un modo sintónico brinda una intencionalidad y un sentido a nuestra existencia que no hace de la abstracción una razón para opacarla.

La felicidad es un estado estable que tiene picos de plenitud a los que llamamos “expansión gozosa” (transitoria). Una cualidad central es su condición dinámica: es estable, pero no inmóvil, y tiene un nivel de constancia y perdurabilidad más allá de los avatares que nos ocurran. Es un equilibrio en movimiento, curioso y creativo.

Está ligada a la libertad para escoger entre alternativas sin quedar atado obsesivamente a alguna en particular, haciendo del ensayo una experiencia placentera y novedosa alejada de la excitación o la agitación a la que comúnmente se la asocia.

No es el final del camino, sino un ejercicio permanente, que confiere una lógica a la vida individual y nos defiende de quedar totalmente sumergidos en un desconcierto inmanejable. Ser protagonistas y autores de nuestra historia nos hace creadores, agentes activos de las transformaciones sucesivas, y no entes predeterminados sin capacidad de elección. Por eso, podríamos decir que ser feliz es también poder decidir la renuncia de aquello que nos aleje de nuestra meta más sustancial.

La felicidad y el semejante

“La felicidad para nosotros solos nunca puede ser hallada.”

THOMAS MERTON

Vuelvo a destacar lo imprescindible de la relación con el prójimo como pieza clave para la construcción de una felicidad posible.

Hemos dicho, y lo volvemos a repetir, que lo nuclear, o si prefieren lo sustancial del ser humano, nace y se desarrolla a partir de su relación con el otro como antecedente. El encuentro original, que sería el lugar primordial desde el cual parte el nacimiento del sujeto. Ese vínculo matricial incluye las nociones de compartir, cooperar, sostener y desarrollar la vida de cada individuo.

Muchos etólogos, y me referiré más específicamente a un texto de Desmond Morris, *La naturaleza de la felicidad*, han estudiado y demostrado que la supervivencia del hombre tuvo como exigencia la conformación de una vida social que garantizara, a través de la colaboración y el apoyo recíproco, tanto la seguridad individual como aquella del conjunto. Se hace evidente la sinergia entre lo biológico o natural y lo cultural o psicosocial. Lo necesario se transforma en lo deseado. Solidaridad y egoísmo asociados.

Por otro lado, la expresión anárquica del impulso violento tiene como víctima a la persona agredida, y también al agente agresor. La ruptura que impide la alianza deja a ambos al borde del precipicio. Como se ha dicho muchas veces, no solamente por un espíritu altruista se cuida al otro, sino también por un propio y sano egoísmo.

Desde esta pauta básica, hay que diferenciar competencia productiva y creativa de una hostilidad destructiva y francamente sádica. En la primera, se enfrentan rivales o adversarios donde la victoria de uno no implica el arrasamiento o disolución del otro, mientras que en la segunda el combate se da entre enemigos, y el trofeo de uno es la muerte del otro. La primera opción pone en marcha impulsos gratificantes para quien los vive, como la exploración, el descubrimiento y la imaginación, sin olvidar que éstos también resultan beneficiosos para el contexto social que los rodea. El ejercicio de la imaginación, vuelvo a repetir, paradigmático del ser humano, y su capacidad de devenir proyecto son una fuente innegable de felicidad. Quedan articuladas la fantasía, el placer de dar, el esfuerzo, la libertad, la capacidad lúdica, la racionalidad y la satisfacción frente a la meta alcanzada.

Hablamos de una felicidad resultante de una conducta activa, exploratoria, generosa, donde se actúa en un presente que no acepta que las nostalgias del pasado y las ilusiones del futuro sean otra cosa que el alimento con el cual se

construya y disfrute el hoy que como tal mire el horizonte. Por eso, a la felicidad la emparentamos con vitalidad, ambición, juego, coraje, innovación, compromiso.

Desde otro ángulo, con reunión, comunidad, responsabilidad y estabilidad. La felicidad es entonces inclusiva, gestante, entusiasta, pero no ilusa, en un equilibrio dinámico intenso.

La idea de felicidad es indisociable de aquella de amor, que como sabemos tiene terrenos distintos donde se materializa: relación de pareja, vínculos generacionales, amistades. Quiero al otro sin devorarnos, respetando el hiato.

El amor es expresión nítida de la capacidad de ofertar y recibir, y una de las características específicas del amor humano es que cuando lo brinda el destinatario, hace feliz al emisor. Recordemos también que el bienestar del otro es la condición de mi propio bienestar. Los límites que exige la norma y que hacen a la convivencia social hacen posible una vida feliz. No coincido, como es obvio, con la idea que adjudica a esta renuncia la causa de la infelicidad humana. Considero al placer una de las condiciones de la felicidad, y no su sinónimo.

Si bien no cabe duda de que la profundidad y el compromiso en las relaciones interpersonales son hoy un desafío difícil, pero indispensable, la noción de empatía, trabajada desde distintos ángulos, merece ser jerarquizada. La empatía es reconocimiento e identificación con el otro.

Ponerse en el lugar del semejante sin apropiarse de él y ser capaz de compartir su experiencia emocional. Es un puente que comunica y que nos defiende del desamparo al que tantas veces nos relega el mundo de hoy. Es un tejido que más allá de nuestras particularidades nos reúne o integra en una trama común. Es equivalente a un argumento incluyente, que brinda identidad y pertenencia.

Las relaciones humanas que trascienden lo superficial o coyuntural tienen en ella la condición para el encuentro.

La intemperie se hace tolerable cuando es reconocida por la sensibilidad del otro. Nos une fuertemente, sin llevarnos a esa fusión alienante que nos hace perder nuestra propia

subjetividad. Algunas líneas que escribe Jeremy Rifkin, un reconocido pensador acerca de las problemáticas sociales y políticas de nuestro tiempo en su libro *El sueño europeo* son ilustrativas: “Sentir empatía es traspasar y experimentar, del modo más profundo, la esencia misma del otro” [...] “Hoy, la sociedad del riesgo global se ha convertido en una especie de aula gigantesca para la difusión de la empatía. Las comunicaciones y los transportes modernos nos permiten cotidianamente ser testigos de la fragilidad, la vulnerabilidad y el sufrimiento de nuestros semejantes, así como el de los demás seres vivos y el de la tierra que habitamos” [...] “Nos guste o no, todo el mundo es vulnerable y está sometido a riesgos. Las amenazas son globales, y nadie puede quedar realmente aislado de las consecuencias. En un mundo de riesgos la cooperación deja de ser un lujo y se convierte en una necesidad para la supervivencia” (p. 360).

2. Vida y cultura cotidiana

*El mayor placer es beber agua cuando se tiene sed
y comer pan cuando se tiene hambre.*

EPICURO

EL LUGAR DEL AMIGO

LA FELICIDAD Y SU RELACIÓN CON LA AMISTAD

“La amistad no pide nada a cambio, salvo mantenimiento”.

GEORGES BRASSENS

Hay una noción íntimamente ligada a la de felicidad. Me estoy refiriendo a la amistad.

El vínculo amistoso —con sus diferentes intensidades y matices— expresa la capacidad del ser humano de relacionarse de un modo creativo y generoso, y básicamente desinteresado, con su semejante. Es un lazo que nos otorga identidad y sentido. Nos rescata sin duda de esa inefable soledad a la que está anclado el destino de los hombres.

Un amigo es un testigo de nuestro existir, y forma parte de ese micromundo en el que nos alojamos e intentamos encontrar nuestra razón de ser. Es su palabra la que nos ayuda a soportar los inevitables sufrimientos y pérdidas que debemos atravesar. Está situada en el territorio del amor, y más allá de cualquier conflictiva inherente a la condición humana, brinda esa confianza de un color tan particular. Es en la intimidad donde nos encontramos con el amigo, pero es también ese vínculo el que la construye y

protege, más allá de la uniformización que borra lo singular y específico.

La sociedad de la amistad

“La felicidad es resignarse a ver a los demás también felices.”

BERTRAND RUSSELL

La amistad no se reduce sólo a los lazos interpersonales individuales, sino que —como han señalado muchos autores a lo largo del tiempo— conforma la trama solidaria que sostiene a lo grupal y lo comunitario y favorece su desarrollo.

Algunos etólogos aluden a una amistad cooperativa como producto de una fuerza instintiva o natural que tendría por intención tejer alianzas que nos protejan y nos hagan sentir más seguros. Se establecería entonces cierta armonía y una eficacia dinámica que la acercan al binomio de felicidad-seguridad.

El amigo se elige, lo cual es un aspecto básico, y es aquel a quien se busca cuando queremos compartir una alegría o una tristeza privada. Un paciente, aludiendo a su gran amigo, lo definió como “el hermano elegido”. Agregó: “Nuestros desacuerdos no nos separan, sino que esas diferencias reafirman la verdad de nuestra relación”.

Algunos filósofos la han vinculado con los Derechos del Hombre al hablar de amistad cívica, definida como el intercambio respetuoso y solidario de los ciudadanos. Por eso se eslabona con las ideas de libertad y democracia, y de nuevo nos encontramos en el mismo itinerario por el que transita la felicidad. Es por estas razones que la sociedad de la amistad, como equivalente a la alguna vez mencionada “sociedad de la ternura”, potencia la imaginación, los proyectos transformadores, y es plural por antonomasia en la medida que integra diferencias.

En el mundo de la política actual, estaría vinculada a esa oferta (hecha principalmente por mujeres) de un proyecto que presentifique humanidad, calidez, compasión, confianza, etc. Una demanda que anhela, y más aun necesita, una sociedad de amigos.

Existen códigos, contraseñas, rituales característicos que están presentes en el encuentro y que dejan huellas imborrables en cada uno. Por eso tiene reservado un lugar de privilegio en nuestra memoria. Y una pérdida eventual hace que sean justamente sus recuerdos aquellos que llenen la grieta resultante.

Vemos que de nuevo se articulan y abrazan amistad, identidad y felicidad. El semejante, el otro, vuelve a ser el protagonista.

Una persona que no ha podido construir vínculos amistosos siente un tipo de carencia muy particular y padece una sensación de debilidad y desamparo. La amistad es consecuencia de la apertura, el desprendimiento, la búsqueda de la aceptación de alguien distinto de uno. Rompe la cápsula narcisista. Es sosiego y comunicación. Ternura y diálogo. Testimonio de la capacidad de dar, recibir y transformar del ser humano, características paradigmáticas de su condición de tal.

Vivimos en un tiempo donde cierta distorsión de la individualidad la convierte en más extraña o donde ha quedado empobrecida. Esto provoca aislamiento, y consecuentemente miedo, debilidad y finalmente violencia. Tenemos que ejercitar nuestra potencialidad para ser y tener amigos.

Las relaciones amistosas son las que permiten hacer de las soledades elegidas lugares serenos y fértiles que testimonian la condición de sujeto libre y creativo. Lo contrario convierte a esa soledad, que ya es otra, en un refugio frente a fantasías persecutorias, y lo que para el primero es un amigo, para éste es un extraño, desconocido y, en último término, peligroso.

“¿Me preguntas qué progreso he realizado?
He comenzado a ser amigo de mí mismo.”

CARTA VI DE SÉNECA A LUCILIO

LA FELICIDAD DE ALCANZAR UNA META



“He sospechado alguna vez que la única cosa sin misterio es la felicidad, porque se justifica por sí sola.”

JORGE LUIS BORGES

El estado de felicidad que por momentos culmina en esa cima o plenitud breve y transitoria resulta de la conjunción de una elevación de la autoestima, de un deber cumplido, de un objetivo vital alcanzado y de una alegría compartida.

Para que esto se dé se requieren ciertas condiciones, que incluyen toda la tenacidad y el esfuerzo que seamos capaces de alcanzar, un objetivo como meta que otorgue nuevos contenidos a la vida de uno, y que ese aporte devuelva, a modo de retroalimentación (*feed-back*) —al entorno próximo o a la comunidad en general— el apoyo colectivo recibido.

Es en esas situaciones cuando una persona percibe una consonancia entre las distintas partes de sí mismo y el mundo, donde confluye el derecho a un descanso merecido y una confianza en el porvenir. Se vive un optimismo inteligente, que podríamos definir como

aquel que anula la magia y apuesta a un compromiso entusiasta, imaginativo y lúcido de un modo protagónico.

No se ignoran potenciales frustraciones, sino que se está dispuesto a enfrentarlas.

Tampoco se trata de apelar a la ingenuidad o a la ilusión, pero sí de ofertar un interés genuino por el mundo en el que nos toca vivir. Los valores que se defienden reconocen la fuerza que brindan la crítica sincera, la pregunta incómoda y el lazo solidario.

Empezamos a ser actores de un relato del que también somos autores.

Perseguimos una vivencia que no nos encierra narcisísticamente, sino que nos vuelve permeables, nos abre puertas, acepta incógnitas, o en términos tal vez más espirituales, reconoce la línea detrás de la cual habita el misterio. Éste, como han sostenido algunos pensadores, asoma en el límite con lo desconocido, lo religioso, lo místico y lo trascendente. Estos pasajes de felicidad cobran el color de un premio, la melodía de una fiesta, la emoción de un encuentro esperado.

En otro plano, y lo planteo como hipótesis, he pensado estos momentos de dicha como aquellos de una reconciliación con nuestros propios ideales. Como un mano a mano personal con las normas y los valores. Dando una nueva vuelta de tuerca, como el resultado de un trabajo reparatorio de nuestras culpas universales, de nuestros impulsos destructivos y de nuestras tentaciones ingobernables. Es un acuerdo dentro de la complejidad de nuestro ser. A la que no desconoce.

Permítanme ejemplificar los párrafos anteriores, aun cuando sea parcialmente, con una historia personal que es testimonio de lo que intento teorizar. Como ya les conté, en 1973, bajo condiciones que en nada podía yo modificar, sufrí un tremendo accidente automovilístico que me dejó en coma durante algunos días y me obligó, con posterioridad, a intervenciones quirúrgicas de alto riesgo y a una rehabilitación paulatina que no ahorró dolores y tristezas. La presencia amorosa de mi familia y de mis amigos más próximos me permitió sobrevivir y curarme, algo que hubiera sido casi imposible sin ellos.

Yo debía comenzar, luego de aquel 8 de marzo en que tuvo lugar el accidente, el último año de mi carrera de Medicina, y la primera materia que debía cursar, vaya

humorada, era Cirugía, la que obviamente no pude estudiar en el lapso convenido. Necesité ponerme una meta que otorgara un sentido a mi vida en ese año cargado de quirófanos, remedios, miedos y esperanzas. Me propuse, más allá de las prohibiciones que el equipo médico a mi alrededor me había impuesto, no sólo seguir estudiando, sino recibirme dando libres las materias que no había podido hacer, en la fecha que estaba estipulada.

Mis padres dudaron, pero me lo permitieron, sensibles, creo, a lo que para mí aparecía como fundamental para vivir. También lo hicieron algunos amigos muy íntimos. A todos les parecía una aventura loca, pero que me debía ser concedida, y yo sentía, por otra parte, dicho desafío como una revancha frente al apuro con que la muerte había querido visitarme.

A lo largo de ese año árido y espinoso, fui dando los exámenes y, por suerte, aprobándolos. Hasta que llegó la fecha en que debía dar en condición de libre esa materia que no había podido cursar: Cirugía. Con la que para ese entonces ya tenía una familiaridad corporal. Esa mañana del 28 de diciembre de 1973 me dirigí solo, pero internamente acompañado, al Hospital Fernández, que sería tal vez el escenario donde sucedería lo inimaginable: recibirme de médico, que significaba en realidad estar vivo, intelectualmente apto, y que cerraba una historia que nueve meses antes había acariciado la tragedia.

Había pedido a los míos que, por cábala, no estuvieran presentes durante el examen. Yo les informaría el resultado inmediatamente lo tuviera. Estuvieron de acuerdo. En realidad, dijeron estarlo. Cuando el tercer profesor terminó de tomarme la última parte del examen y poniendo un nueve me dijo: “Bien, suficiente, lo felicito doctor”, mucho de eso que he descrito antes como felicidad plena comenzó a vibrar.

Cuando abrí la puerta y salí del ámbito donde había transcurrido el examen, dispuesto a buscar un teléfono para informar a mi familia, encontré a mi padre de pie, con el rostro sin duda ansioso, pero pretendiendo simular naturalidad (como era habitual en él). No tuvo tiempo de concluir la pregunta “¿Y? ¿Cómo te fue...?” porque di un salto y lo abracé mientras decía llorando: “Soy médico, papá”.

OPTIMISMO, PESIMISMO, EXPECTATIVA CATASTRÓFICA

Y SU RELACIÓN CON LA FELICIDAD

“¿Para qué filosofar cuando se puede cantar?”

GEORGES BRASSENS

El optimismo es un estado de ánimo que no sólo se asocia a la felicidad porque crea condiciones que la favorecen, y porque de la evaluación que se hace de los acontecimientos la refuerza. Me refiero a un optimismo lúcido (no ingenuo o negador), ligado al entusiasmo, al empuje y a la esperanza, pero sin perder discernimiento, la noción de los límites, la planificación y la racionalidad. Implica confiar en uno mismo, y también en el entorno, despojarse de miedos irracionales al fracaso, subrayar y enfatizar lo positivo y medir los riesgos para saber que hay que asumirlos si se quiere emprender algo nuevo.

Un aspecto fundamental es la ausencia de culpa neurótica frente a las aspiraciones y ambiciones personales, lo que permite ir en su búsqueda y disfrutar su logro. El temor ansioso al castigo superyoico funciona como prohibidor al instalar peligros imaginarios que llevan a la pasividad y la inacción.

El optimista lúcido se apoya en su inteligencia y desoye las ilusiones omnipotentes. Evidentemente ha recibido en su historia alta valoración de su núcleo interno y respeto por sus juegos (de niño) y proyectos. Esto construye una autoestima elevada y un placer en dar y compartir. Por otro lado, se contagia y potencia creando un clima de seguridad que abre las puertas de la imaginación y el talento. Además no sólo disfruta, sino que aprende y corrige. La autocrítica no es vivida como dañina, sino aprovechada para mejorar.

El pesimista, en cambio, está invadido de prejuicios que ponen siempre el acento en las dificultades que tornan imposibles los proyectos. Vive un sentimiento de impotencia que espera de afuera algún refuerzo mágico. Se paraliza y sus frustraciones lo llevan a una baja de su autoestima, que se acompaña de infelicidad y a veces de envidia. Siente rabia y culpa por ello, lo que lo estanca aun más. Abandona y es abandonado, y termina por adjudicar al destino lo que es de su propia cosecha. Hubo en su historia un argumento de pérdidas y seguramente gozó de poca disponibilidad y valoración.

La expectativa catastrófica es un estado de ansiedad crónica que convierte a la cotidianidad en un transcurrir angustioso y depresivo. No siente riesgos, sino peligros intimidantes, y las amenazas de todo tipo de modo constante obstaculizan cualquier emprendimiento. Su estado lo lleva a aislarse y desde esta soledad sintomática aumenta su vivencia de debilidad y vulnerabilidad. A veces, de un modo inconsciente, provoca lo que lo acecha en su fantasía para disminuir su principal sufrimiento, que más que el hecho temido en sí mismo es la expectativa ansiosa.

La felicidad es vivida como imposible, casi una utopía. Lo más que pide es que disminuya el dolor psíquico y el sufrir. Son personas que ven su campo de acción muy reducido, y este empobrecimiento aumenta su sentimiento de infelicidad. Sus lazos interpersonales reflejan una dependencia que intenta aplacar la inseguridad, pero que coarta su capacidad de dar y proveer, lo cual los hace sentirse más solos.

Es frecuente ver estos tres tipos de carácter en nuestra sociedad, lo que no permiten trabajar con ellos para ratificar o rectificar y abrir perspectivas o alternativas mejores.

TIEMPO LIBRE

IMAGINACIÓN Y SORPRESA

“La felicidad es el deber más subestimado.”

ROBERT LOUIS STEVENSON

Vivimos en un mundo que proclama al tiempo libre no sólo como necesario, sino incluso como imprescindible. Se supone que es en ese espacio donde puede crecer la noción de uno mismo, disfrutar de una soledad creativa, compartir intimidades, descubrir aspectos de la relación de uno con las cosas en los cuales no había reparado hasta el momento, es decir, ampliar nuestro mundo interno.

Pero lo que parece tan claro, lineal o sencillo, no se traduce en la práctica en conductas coherentes con esas afirmaciones. Nuestra vida social nos muestra muchas veces lo contrario. Ese espacio abierto y sereno, que en la mejor tradición de algunos filósofos llamamos ocio, se convierte, para otros, en un caos incierto que torna la introspección en angustia y que exige con urgencia fabricar divertimentos, o mejor, pasatiempos, que rápidamente nos reaseguren.

La libertad, que es asociable a la idea de felicidad que estamos tratando, se correlaciona con la capacidad de elegir, que como sabemos implica renuncia, alternativas

posibles, afirmación de una decisión y coraje para experimentarla. El ocio, en la medida en que se aleja de la presión exterior, profundiza la mirada dentro y fuera de uno mismo y enriquece nuestro horizonte. Pero a su vez exige soportar lo incierto y lo imprevisible.

El tiempo libre al que hacemos referencia está lejos de una chatura apacible o de un alejamiento de la experiencia que nos toca vivir. Ni tampoco es descanso luego de haber concluido el camino planeado, sino que es una mirada activa que, despojada de prejuicios y mandatos, intenta percibir algo más o diferente a lo ya logrado. El ocio no es una actividad concreta, sino un estado del alma. No es un hueco para ser llenado, sino un vector que atraviesa desafiante las convenciones. Se enlaza con la imaginación y la sorpresa, las que, como muchas veces veremos en este libro, asociamos a la idea de felicidad.

En ese ámbito se incomoda al poder, dado justamente el poder inasible que encierra; se cuestiona, reformula, inventa, o al menos es el espacio donde latén las condiciones que pueden hacer lo nuevo posible. Irrita al petrificado soberano. Serenidad y desorden (contradicción esencial, que la sabiduría transforma en una emoción superadora que hace al estado de felicidad), y no una obediencia escondida detrás del bullicio, cuando éste es sólo apariencia. Es allí donde la identidad cobra por momentos una fuerza diferente, o mejor donde la identidad finalmente gobierna. Es un lugar de autoría. También, aunque una mirada superficial pueda decir lo contrario, se puede hacer palpable el encuentro, que aun cuando sea como expectativa, está siempre presente.

Libre desde uno, desata las riendas que nos fijan a las representaciones que han perdido su nutrimento vital, y que preservan, o mejor custodian, lo congelado. El ocio, tanto en nuestra interioridad como en el mundo externo, tiene una cuota importante de marginalidad y placer.

Aun cuando esté implícito en las líneas anteriores, quiero subrayar la relación del ocio con el conocimiento marcando su carácter transformador e innovador. Es diversidad, pero no se zambulle en un caos anárquico y confuso, sino que, en alianza con la razón, propone, crea y realiza.

No puedo dejar de asociar a la libertad desafiante del ocio algunos comentarios que hacía el inefable Georges Bataille con respecto a la palabra poética. Me refiero a cuando

señalaba, como manifestación disruptiva e inédita, lo inabarcable de la subjetividad a través exclusivamente de la razón. El autor hace alusión a la organicidad de las palabras, incluso a su misma musicalidad, cuando las propone no sólo como un estímulo inteligible, sino también como un signo que impacte en los sentidos y en la emoción.

EMBLEMAS ACTUALES DE LA FELICIDAD



“Hijo mío, la felicidad está hecha de pequeñas cosas:
un pequeño yate, una pequeña mansión,
una pequeña fortuna.”

GROUCHO MARX

“La felicidad es una buena cuenta bancaria, un buen cocinero y una buena
digestión.”

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Si bien la felicidad no es un punto sino un trayecto, un aprendizaje y no un acto de generación espontánea, una riqueza personal en constante movimiento y no un premio de lotería esporádico, un cúmulo de experiencias que tejen una trama consistente y a la vez didáctica y no un invento ocasional, también es cierto que se trata de un descubrimiento y armado personal y no de la incorporación de un tratado ajeno. Somos nosotros los que debemos armar una estructura subjetiva auténtica y una conciencia capaz de percibir la densidad de nuestro vivir.

El mundo consumista que hoy nos rodea pretende vendernos una felicidad ya confeccionada según sus propias reglas, que no repara en individualidades ni en singularidades personales. Son cápsulas donde los valores que propone alternan en distintas dosis y pueden ser ingeridas por todos. Una felicidad homogeneizante, pero que encandila y no ilumina, lo que denuncia su carácter falaz. Su alto “rating”, o en términos comerciales su alta rentabilidad, no sólo proviene de cómo ofrece lo que ofrece, sino del peligro de exclusión que implica su rechazo. Se llega entonces a una paradoja notable: ser uno es ser igual a los otros, elegir es imitar lo que otros adquirieron, y pertenecer es eludir una mirada crítica así como inhibir la propia imaginación. De ahí que cada logro exitoso, o si preferimos cada éxito logrado, se lleva un trofeo vacío, con la consiguiente insatisfacción y alienación que esto provoca.

La solución inadecuada que muchos persiguen ante esta evidencia se traduce en buscar más de lo mismo y no en un cambio cualitativo, por lo que sólo logrará, en el mejor de los casos, un aumento de los premios de plástico, a los que nunca conseguirá hacer suyos porque su deseo ha estado ausente en su búsqueda.

El aplauso social disimula esta escenografía alienante, y eleva transitoriamente la autoestima del *winner*, quien se convierte en símbolo de la felicidad. Una pregunta surge de un modo inevitable: ¿el mercado tiene algo que vender e inventó la felicidad como artículo? ¿O en este momento los hombres tienden a creer y a aspirar a ella como algo importante, y a partir de ahí se despliega el gran “*happiness business*”?

Me inclino por la segunda opción, no cabe duda de que también se ha convertido en un buen negocio. Regla básica: si se quiere vender un producto, hay que adornarlo de atributos tentadores. Dotarlo de una amplitud y una ambigüedad que lo hagan irrefutable y comercializable. Desfilan por la pasarela narcisista la juventud vigorosa, una salud que acaricia la inmortalidad, una belleza indiscutible y un poder económico que compra hasta lo que no existe. Brilla en las marquesinas, abarcando en gran parte todos estos valores, la figura del poder. La felicidad es poder y el poder da felicidad.

Y para ejercerlo en el mundo del Marketing, hay que crear las marcas codiciadas que todos desean y sólo los elegidos poseen. El culto de la imagen, instrumento clave de este

tiempo, debe proponer los modelos a imitar y consumir. No se puede guardar cualquier producto en el ropero, debe ser esa música, determinada ropa, aquellas zapatillas. No se trata de poder seleccionar, sino de poder tener. El ser ha quedado ya lejos.

Vemos que es un modelo que excita la voracidad, fomenta la ilusión y conduce inexorablemente —he aquí el problema— a una soledad angustiante. Observo a mucha gente que en estos momentos asociados al desamparo y la desprotección recurre a soluciones en el fondo desesperadas. El objetivo es escapar de la vulnerabilidad y la depresión que asoman y que los aterra. Se suele apelar a recursos euforizantes, que los alejen de una intimidad que no han sabido poblar, o generar situaciones límite —una aventura amorosa transgresiva, divorcio, mudanza, cambio laboral sorpresivo, etc.— que justifiquen su estado emocional

No hay que pensar que las fallas de este enorme invento carecen de consecuencias. La frustración aparece, de un modo claro u opacado, y con ella la impotencia y su corolario: el miedo y la violencia. ¿Me han engañado? —se pregunta alguno— ¿O soy incapaz de alcanzarla? Como escuchamos a veces, hay quienes dicen que no tienen condiciones para vivir en este tiempo. Es una sensación de ajenidad, con la consiguiente desvalorización, marginación y depresión.

FELICIDAD, PAREJA Y SEXO

“El placer es el principio y el fin de la vida feliz.”

EPICURO

Para muchos, y durante mucho tiempo, proponerse la felicidad como la meta consciente a la que se quería llegar resultaba indebido. Apelo a la amplitud de esta palabra porque quiero incluir en ella varias significaciones asociadas, como ser prohibido, frívolo, superficial, egoísta, ingenuo, y podría seguir la lista con varias más. Que una de las pretensiones fundamentales fuera ser feliz era “políticamente incorrecto”, poco serio, carente de profundidad, casi banal. El sentido, el verdadero sentido, tenía que estar situado en otro lado. Y si bien múltiples pensadores y filósofos han señalado y jerarquizado su búsqueda como lo que late realmente detrás de toda conducta de los hombres, su aceptación era prejuiciosamente resistida.

Esta ideología (porque de eso se trata) marcaba el tinte de los discursos, provinieran de donde proviniesen. Se desvalorizaban entonces muchos de los afectos que habitualmente formaban parte del cortejo de la representación del individuo feliz, como ser la alegría, la excitación, lo embriagador, la risa sonora y ventral, en último término, la fiesta. De existir, debía ser acotada, medida, transitoria, que es distinto de la sabiduría que surge del

enlace entre el corazón y la razón, que lleva a una representación nueva e inédita.

El placer se asociaba al desborde, a éste con la locura, para llegar finalmente a los campos del demonio.

La decencia y la cautela enarbolaban la medida, el disimulo y la sonrisa pudorosa.

Frente al gemido gozoso, la vergüenza. Frente al abrazo vehemente, una tibia caricia. El resultado: la insatisfacción o el aburrimiento de la pareja.

Estas pautas culturales y sociales fueron jaqueadas en las postrimerías de la modernidad y finalmente destronadas. Muchos movimientos sociales y culturales son testimonio de esto. Pero la llamada posmodernidad, si bien es ajena a las variables dogmáticas que la precedieron, ha confeccionado con su equipaje conceptual la trama de relaciones donde se inscriben las modalidades de la vida de pareja de mucha gente. Más allá de lo renovador y positivo, muchos de los síntomas que padecen hoy esas relaciones tienen en el fondo a esta cosmovisión como una de sus causas. Porque el discurso parecía claro, pero era ambiguo: una mujer y un hombre se unen amorosamente para ser felices, pero los valores y las indicaciones “de viaje” que se les hacen no parecen conducir a ese puerto. O aquello que el poder social imperante rotula como felicidad no encuentra un eco verdadero en la intimidad de los protagonistas. O esta última se desvanece.

Muchas de las consultas que he recibido a lo largo de mis treinta y tres años de psicoanalista han tenido que ver con problemas, sufrimientos, trastornos en la relación de pareja. Es frecuente escuchar frases como la siguiente: “No termino de sentirme bien con él o con ella, me siento solo o sola, estamos juntos, pero en el fondo cada uno hace ‘la suya’. Tenemos vida sexual, pero el placer disminuyó hace mucho”, y alguno arriesga: “...si es que alguna vez lo hubo”. En otras ocasiones uno escucha: “No sé si cambié o cambié, pero ya no tenemos nada que ver. Le tengo cariño, pero no nos divertimos”. O sino: “Está todo en orden, pero no sé para qué, porque siento que dentro de mí me quedé vacío” .

Podría seguir con muchísimos ejemplos que sé que seguramente ustedes podrán intuir, pero creo que no es necesario. ¿Qué impide a dos seres humanos que conformen un proyecto amoroso alcanzar una vivencia de felicidad? ¿O por qué este vínculo

privilegiado deviene malestar y sufrimiento? Hagamos un recorrido, aun cuando sea en forma sintética, a lo largo de las etapas que se viven en la trayectoria de una pareja.

Siempre me ha gustado el cuadro planteado por el sociólogo italiano Francesco Alberoni en su libro *Enamoramiento y amor*. Allí nos sugiere tres etapas, a las que define como “la era de los dioses” o el enamoramiento, “la era de los héroes” o la institucionalización del amor, y “la era de los hombres” o la amenaza de la rutina, como sinónimo de empobrecimiento y aletargamiento. Tomaré para mi exposición algunas de esas ideas.

La fascinación del enamoramiento.

Una locura envolvente

“El delirio de los amantes es la felicidad suprema.”

ERASMO

El encuentro inicial, con la atracción de la mirada, deriva algunas veces en ese estado que conocimos con el nombre de enamoramiento. Éste no se limita a un aumento de la tensión o a ciertas formas superficiales de entusiasmo, sino que se trata de una vivencia de plenitud continua, que sentimos nos ubica de un modo diferente en el mundo. Algunos le atribuyen una condición hipnótica, con lo que aluden a la dependencia en que queda el sujeto enamorado frente a la imagen y los estímulos provenientes de su objeto elegido. Una captura que se vive con júbilo; una locura envolvente.

Como vemos, respira un tono mágico y extremo. Se ha depositado en el otro la maravillosidad de los deseos infantiles. La idealización borra defectos, desconoce grietas y nos incluye en un trayecto donde cualquier conflicto humano queda abolido. El otro encarna la perfección, y más allá de que el objeto, en su carácter de ídolo, nos ha dejado expuestos y frágiles, la retribución amorosa que nos prodiga nos alcanza. Evita quedar disuelto en el vacío.

A partir de esa relación, se redefine nuestro mundo externo e interno. Cambia el orden de jerarquías y se resignifican muchos de los vínculos previos. Esta situación muchas veces provoca en el entorno desconcierto, sorpresa e incluso celos y enojo. Aquel que nos pertenecía se ha desprendido y ha elegido a otra persona. Nos ha abandonado.

En el estado de enamoramiento, se redescubre y potencia el placer sexual. Compartir es entregar generosamente, y dar se convierte en una fiesta enriquecedora. El tiempo y las distancias dejan de ser lo que eran. Predomina la pasión, donde la exaltación anula cualquier límite y donde los dos son uno.

La era de los héroes

Pero esta primera etapa de la expansión gozosa tiene una duración limitada; el mundo, ocupado por un solo coprotagonista, incorpora nuevos pobladores y, con ellos, nuevas relaciones y contratos. Lo absoluto, incluso lo sacro, hasta en un sentido profundo lo sacrificial, se institucionaliza. La metáfora, la alusión, el símbolo, en último término, la palabra, dirigen la escena. Es la etapa que Alberoni denomina “la era de los héroes”. Fundacional, es cierto, pero sobre la Tierra. Los protagonistas, desprendimiento mediante, recuperan su individualidad y por lo tanto su libertad.

Los protagonistas de ese encuentro inicial deben ser los arquitectos del espacio en el que desean convivir. Es la hora del amor, que no puede prosperar si no es a través de un trabajo creativo de aceptación del otro en su diferencia, y a partir de allí de la realización de uno como sujeto, incompleto, mortal y finito.

Cuando se desvanece la omnipotencia no surge el vacío, sino la potencia de lo posible, que es aquella que hace factible el cambio y el crecimiento. La ilusión simbiótica (pulsión de muerte) y su corolario alienante quedan sustituidos por el acuerdo vital y la pulsión de vida.

El mitólogo Joseph Campbell alude a este período cuando hace referencia a la trascendencia —humana, no mística ni religiosa—, que le permite al hombre ir más allá de sí mismo sin disolver su individualidad. Es aquí donde yo ubicaría la articulación entre amor y felicidad. Se teje una trama argumental que da sentido y proyección a la vida de cada uno, y que le confiere al sujeto la capacidad de elegir, imaginar y por lo tanto reinventar. Punto de intersección entre la confianza y la amistad. No se desconoce el conflicto, sino que se lo transita y enfrenta. Una relación amorosa que definimos como feliz vive el instante, pero mira al horizonte, aspira al mañana.

La era de los hombres

Son muchas las veces que esta segunda etapa de institucionalización no conserva la dinámica creativa necesaria para ser pujante y vital. El secreto cómplice característico de la intimidad queda sumergido en el silencio. Es cuando desde una posición pasiva se pretende que los logros surjan espontáneamente, ignorando que la labor activa específica es la que se hace preciso realizar para conseguirlos. No se acompañan en sus respectivos caminos y no perciben los cambios subjetivos de cada uno, con lo cual se transforman en desconocidos y la relación pierde densidad e interés. Detrás de la apariencia, la rutina.

Una pareja debe trabajar (en su sentido psicológico) sus distintas vicisitudes. Tiene que dialogar (transitarse recíprocamente), jugar, estar atento al mundo del otro. Participar de sus cambios, pero sin ocuparlo invasivamente, sin forzar a constituir esa mítica media naranja, que en realidad no sólo conspira sino que disfrazadamente termina con lo verdadero del vínculo. Son dos y por eso es una pareja. El movimiento que aspira al “somos uno” tiene siempre un costado que fracasa. Es que no termina de colmarse, esa carencia mantiene vivo el deseo, la curiosidad y el impulso renovador de la relación.

Es importante que puedan confiarse fantasías y animarse a pruebas y ensayos. Darse permiso a gozar y a compartir aprendizajes. Son estas cosas las que brindan solidez y preparan para enfrentar frustraciones y eventuales desencuentros.

UNA RELACIÓN CONOCIDA Y MISTERIOSA

SEXUALIDAD Y FELICIDAD

No voy a referirme, dada su amplitud, a las múltiples variables que tiene la noción de sexo como representante de la sexualidad humana, ni tampoco voy a desarrollar su función de cohesión, preservación, reproducción, referente normativo, a los cuales obviamente no quito un valor sustancial. Voy a mencionar, en cambio, su aspecto marginal, sensible, con el que mantenemos una relación conocida y misteriosa a la vez. Responde al social, al que pertenece, pero también lo desafía y subvierte.

Excitación, tensión y una intimidad donde se juega ese cuerpo imposible de ser leído en textos de anatomía. Una relación sexual donde cada uno busca al otro y quedan ambos descubiertos. Es preparación y desborde. Instante. Conjuga lo eterno y lo mortal, el suspiro y la embriaguez.

Animarse a jugar, inventar, descubrir, subvertir convenciones en su vida sexual le permite a un ser humano un estado de felicidad y de alegría. Desterrar la vergüenza, que inhibe y somete. Aceptar la sorpresa en sí mismo lo descentra, pero lo hace sentir más pleno y más auténtico.

Gozar y hacer gozar conforman una escena intransferible. Forma parte de un conjunto donde resuena la risa, el gemido, la potencia y lo infinito. La caricia, que rasguña; la mirada, que nos mira cada vez por primera vez; los movimientos improvisados; la exaltación, que deja afuera al pudor; un placer que tiene su propio tiempo.

El sexo está en nosotros, pero somos tales porque somos sexo. La prohibición arbitraria nos expropia de algo fundamental a nosotros mismo y coarta nuestro derecho a ser felices.

En el sexo, como antes en el amor, la felicidad resulta de una aspiración de totalidad que se alcanza transitoriamente y que luego una parte se pierde manteniendo la satisfacción, pero también una carencia que motoriza el deseo.

LA FELICIDAD Y SU RELACIÓN CON EL TRABAJO



“No vivimos nunca sino que esperamos vivir, y disponiéndonos siempre a ser felices es inevitable que no lo seamos nunca.”

BLAISE PASCAL

La actividad diaria o la tarea cotidiana, como prefiramos llamarla, que una persona desarrolla ocupa gran parte de su día y de su vida, consume mucha de su energía y de su tiempo, y de acuerdo con las pautas socio-políticoeconómicas del momento y el lugar en el que viva, la ubican en un determinado segmento social, con los atributos correspondientes.

El trabajo suele ser pensado muchas veces como aquello que se oferta, que se produce, que se realiza hacia afuera de uno mismo. Es una apreciación que subraya una dirección, un sentido unidireccional, donde lo que se recibe queda reducido a la retribución económica, aquella que permite a esa persona satisfacer sus necesidades, que responden al orden de la autoconservación. ¿Podemos suponer que una labor realizada con esfuerzo suministre felicidad? ¿Es suficiente o hace falta algo más? ¿Qué ingrediente debe estar presente para que sea una experiencia de un orden cualitativo enriquecedor y no una carga tan imprescindible como irremediable?

Un trabajo feliz

Debemos intentar que se despegue el trabajo de esa etimología que lo vincula con la “tortura”, que deriva en un lenguaje más actual, con el concepto de mandato u opresión alienante. Debe ser un ejercicio integrado lo más armónicamente posible a nuestro propio argumento, para aspirar a ser protagonistas de un vivir libre y creativo. Es indispensable que esté asociado a la capacidad de interesarse por lo que hacemos, de incluirlo en una intencionalidad que tenga que ver con nuestro sentido de la vida y con el reconocimiento de nuestros semejantes como factor fundamental de nuestra condición de humanos. Sin un para qué ni un para quién, que implican lo que algunos llaman “amor por la vida”, es muy difícil valorar y disfrutar lo que uno realiza.

Sobre esta base, tan obvia como infrecuente, el *homo laborans* no sólo puede aparecer como un vector productivo, sino también como el artífice de su realización personal a lo largo del ejercicio potente de su capacidad. No hay un hombre ya construido que, como una herramienta, practique un acto, sino como aquel que va construyéndose constantemente en la práctica aludida. Esto abre las puertas a la curiosidad, inquieta e inquebrantable, al interrogante, a la vocación.

Un trabajo feliz es aquel que elegimos, que entendemos, que hacemos propio. Esto implica que un trabajo que no lo fue en un inicio puede convertirse a través del individuo en algo personal y que comprometa su subjetividad. Entonces podemos jugar, proponer cambios, corregir y crear un espacio donde la relación con el otro sea la piedra fundamental de nuestra concepción de la vida. Y es por eso que una parte del bienestar que sentimos tiene que ver con compartir y con trascender nuestra individualidad.

No perder de vista lo lúdico, ensayar y despojarlo de exigencias desmedidas, que terminan teniendo un rol inhibitorio.

Un trabajo feliz —como apareció una vez en boca de un paciente— es aquel que “me cansa, pero no me aburre; que me exige despertando mi entusiasmo”. Y recuerdo las últimas palabras que me parecieron más que elocuentes: “que me hace pensar y sentir que la vida no sería lo mismo si yo no fuera quien soy haciendo lo que hago”.

El trabajo alienado

Cuando el trabajo oprime y aliena, secuestra nuestra humanidad por muchas horas y canjea nuestra imaginación —siempre imprevisible— por una repetición adormecedora. La insatisfacción resultante de una cotidianidad de este orden deriva en un sentimiento de frustración que pone en primer plano la tristeza, la rabia y la soledad. Así como en su variable satisfactoria y enriquecedora, esforzarse en hacer lo que a uno le gusta potencia las ganas de dar y nos hace más permeables al placer, su opuesto nos aísla de nosotros y de nuestro prójimo, y llega incluso a borrar el disfrute de nuestra agenda personal.

Vale la pena destacar diversas concepciones que alguna gente, incluso ciertas sociedades, tienen olvidadas: la noción de la serie deseo-proyecto-voluntad-trabajo-esfuerzo-paciencia-satisfacción.

El Trabajo (con mayúscula) entendido de este modo hace que sean muchos los trabajos (con minúscula) que un hombre pueda desarrollar en su vida y sentirse bien. Porque aquellas funciones que hacen a una persona y a sus gustos pueden encontrar su lugar en diferentes áreas y de distinto modo. Lo fundamental es quién y cómo lo hace, más que dónde y con qué. La expresión auténtica de uno mismo es lo que confiere a la “obra” su carácter de verdadera y placentera. Un sujeto investiga (no olvidemos esta palabra) y escribe en distintos idiomas su texto original.

Un mundo feliz

Ulrich Bech, sociólogo con mucho predicamento hoy en los países centrales, ha realizado una serie de estudios para comprender las nuevas modalidades presentes en el mundo laboral, donde es recibido y circula el individuo en cuestión. Muchas de sus expresiones son muy sugestivas, tales como “los nómades laborales”, o bien “multiactividad nómada”, “inseguridad endémica”, “riesgo cuantificable y peligro incuantificable”, “utopía neoliberal como forma de analfabetismo democrático”, “visionario no ficticio” y muchas más.

Recordemos que durante mucho tiempo, y en parte todavía hoy, la seguridad era una condición para la felicidad, o también era feliz quien se sentía seguro. Según los nuevos parámetros —donde la aceleración y la velocidad disuelven o reformulan al menos el sentido de pertenencia, y donde la estabilidad es desbancada por la contingencia, así como la previsibilidad lo es por la incertidumbre—, el riesgo como estímulo se convierte en peligro amenazante e inhibitorio.

En *Un nuevo mundo feliz* dice Bech: “Estamos asistiendo a la irrupción de lo precario, discontinuo, impreciso e informal en ese fortín que es la sociedad del pleno empleo en Occidente. Con otras palabras: la multiplicidad, complejidad e inseguridad en el trabajo, así como el modo de vida del sur en general, se están extendiendo a los centros neurálgicos del mundo occidental” (p. 9). “El trabajo se torna precario; los cimientos del Estado asistencial se vienen abajo; las biografías personales se tornan frágiles; la pobreza de la vejez se programa anticipadamente; de las arcas vacías municipales no se puede sacar dinero para financiar el volumen cada vez más hinchado de la asistencia pública” (p. 11). “Consecuencia, cuantas más relaciones laborales se ‘desregularizan’ y ‘flexibilizan’ más rápidamente se transforma la sociedad laboral en una sociedad de riesgo, un riesgo que no es calculable ni para el modo de vida de cada individuo ni para el Estado y la esfera política; más urgente resulta asimismo estudiar la economía política del riesgo desde el punto de vista de sus consecuencias contradictorias para la economía, la política y la sociedad. En todo caso, hay una cosa bien clara: la inseguridad endémica será el rasgo distintivo que caracterice en el futuro el modo de vida de la mayoría de los humanos, ¡incluso de las capas medias, aparentemente bien situadas!” (p. *Ibíd.*).

El desafío queda entonces planteado de un modo evidente, y es cómo manejaremos la angustia que este campo laboral produce y cómo intentaremos crear las condiciones para vivir mejor, o, si prefieren, de un modo más feliz. Es aquí donde vuelven a presentarse varias de las reformulaciones que vienen haciéndose bajo el título de posmodernas. Me refiero a una recuperación o intensificación de la subjetividad de cada individuo dando sentido más rico y amplio a la noción de ciudadano, y éste, desde su lugar, transitando los retos que el mundo de hoy y sus crisis (ecológicas, sociales, culturales, económicas) le impongan.

No cabe duda de que no podremos ya hablar de la sociedad del trabajo como lo hacíamos en plena modernidad, pero ¿cuál es el sentido y el valor que va a tener? ¿Lo confinaremos a espacios físicos y temporales cada vez más reducidos, o de lo que se trata es de recrearlo insertándolo en un nuevo argumento sociocultural?

El debate no olvida una de las preguntas centrales: ¿cómo se forma un conjunto, en último término una comunidad, en un mundo que priorice al individuo? Algunos responden con conceptos como individualismo responsable, y otros, más categóricos, definen a esta sospecha como absurda dentro del nuevo panorama planteado.

LA FELICIDAD VA AL CINE

La felicidad ha sido un tema que el cine trató en múltiples oportunidades y diversas formas, y con distinta calidad. Algunas ratificando las pautas y valores del sistema de vida vigente. Otras desafiando y cuestionando. Ni que hablar de las moralejas y mensajes subliminales pasibles de ser leídos detrás de ciertos finales felices. Que quede claro quiénes son los buenos, los malos, qué es correcto y qué no, en síntesis: cómo debemos vivir. Pero hubo artistas que felizmente se atrevieron a indagar. Recordemos a Fellini, Scola, Bergman, Truffaut, Ford Coppola, Woody Allen, Almodóvar, Anderson, Kurosawa y tantos otros.

Dado que es imposible el análisis de todos ellos, voy a elegir el film *Crímenes y pecados*, de Woody Allen, para compartir algunas reflexiones acerca del problema de la felicidad en la actualidad.

En realidad, en este fresco impecable que nos ofrece este talentosísimo director, se subrayan aquellas grietas, síntomas y carencias que inhiben el acceso a una pretendida felicidad. Allen pinta en estas escenas las costumbres características de esta posmodernidad que no nos dejan relacionarnos y conocernos de un modo auténtico o, más fuerte aun, que desdibujan nuestra capacidad de amar.

En esta película un famoso odontólogo, respetado socialmente, se ve acosado por su amante, quien le exige que cumpla con la promesa de separarse de su mujer e irse a vivir

juntos. Las dudas y los miedos lo asaltan, cosa que provoca una insistencia cada vez más irascible de la mujer, que sintiéndose burlada comienza a perseguirlo telefónicamente e intenta ponerse en contacto con la esposa. La angustia entonces lo invade, teme perder lo conquistado hasta entonces, y de ahí en más el problema es cómo liberarse de ella sin que esto le acarree un costo significativo. Finalmente, después de algunas resistencias hipócritas acepta que su hermano, ligado a la mafia, la elimine. Nadie develará jamás esta trama. La tranquilidad volverá a la cotidianidad del personaje. El problema desapareció, pero nos preguntamos a lo largo de la película, ¿dónde queda alojada la culpa, la responsabilidad, la normatividad o incluso la verdad?

A lo largo del film no dejamos de preguntarnos dónde ha quedado el semejante, dónde quedan los límites de lo tolerable, que conciencia moral define nuestros ideales.

Cuando la impunidad atraviesa nuestro mundo, el lazo social se corta y la desconfianza nos aísla y deshumaniza. Si la dignidad elige la coartada transgresiva para ocultar las propias faltas y todo conserva su aparente equilibrio, nos hemos quedado sin valores representativos del interés y amor por la vida. Si la banalidad transforma al impulso destructivo y tanático en una anécdota, la diferencia entre el bien y el mal queda borrada y nosotros sujetos abandonados a una intemperie cruel más allá de los disfraces. Pero aclaremos que ella se presenta en nuestro tiempo bajo el signo de la indiferencia, de lo superfluo, de lo olvidable. Por eso, en la película, un personaje emblemático que es el viejo filósofo termina rindiéndose. El anhelo de felicidad cede paso a la decepción. La empatía, aquella que permite compartir mundos ajenos, nos exilia en reductos solitarios que expropian al hombre su sentido.

Por eso Woody Allen se pregunta, entre nostálgico y escéptico, si las relaciones humanas profundas y verdaderas volverán a cobrar fuerzas o han desaparecido definitivamente. Si asumir nuestra conducta aceptando dar respuestas de ella y afrontando los riesgos forma todavía parte de las alternativas que podemos elegir. Esperemos que Eros se resista a despedirse. A quien aspire a ser feliz le resultará imprescindible.

FELICIDAD Y RELIGIÓN

“La felicidad está determinada más por el estado mental que por los acontecimientos.”

DALAI LAMA

La religión no es ajena al tema de la felicidad. A partir de ciertas lecturas, consideramos que las creencias religiosas son un intento de respuesta a las grandes angustias del hombre. Las eternas incógnitas en torno a nuestro origen, nuestro destino y principalmente el misterio de la muerte necesitarán siempre de dogmas, mitos o delirios colectivos que ofrezcan la verdad tranquilizadora.

El desamparo, la ignorancia y la soledad llevaron a buscar sistemas que reunieran, cohesionaran y construyeran una trama social o comunitaria que diera al ser humano una pertenencia y sobre todo un sentido o argumento aprehensible. El hombre no alcanzó la totalidad del conocimiento ni pudo develar los secretos del mundo, pero sí puede tener fe. Es decir, creer en la existencia de Dios y en que su omnipotencia divina no requiera pruebas científicas o fundamentos racionales que la legitimen.

Algunos replican las críticas simplemente ratificando su fe, lo que no exige, dicen, una lógica positivista para sostenerla. Otros, con una pretensión intelectual más profunda,

afirman que el conocimiento científico y el religioso o divino no pueden ser analizados con los mismos instrumentos. Pertenecen, aseguran, a dos terrenos epistemológicos diferentes e irreversiblemente ajenos uno del otro.

¿Por qué se apela al pensamiento mágico, a lo absoluto, a lo universal, eterno e irrefutable? Por miedo. ¿A qué? A vivir aceptando espacios todavía incontrolables, a tolerar que la muerte que nos espera al final del camino no se transforme en una vida en el Más Allá, en el Paraíso aquel que nos ofrecerá una felicidad imperecedera.

El relato bíblico refiere que la perfección estuvo en manos del hombre antes de la caída. El ser humano, finito e imperfecto, puede y debe recuperar el lugar perdido, el Paraíso divino, el Jardín Feliz, para ser dueño de la inmortalidad original.

Pero esto tiene un precio y un costo para nada despreciable. La fe, que desconoce cualquier embate de la racionalidad, debe ser la guía trascendente en la conducta que todos deben observar para protagonizar la Redención. El que no lo hace será un pecador, y como castigo quedará excluido de la Salvación. Aquella que permite la felicidad serena, apacible, concedida por el poder sobrenatural de Dios para que sea compartido por todos aquellos que han cumplido los preceptos impartidos.

Para algunos teólogos y personajes bíblicos, las tareas de cualquier nivel que el hombre realice en su vida terrenal son superficiales y transitorias. Para otros, en cambio, tanto las actividades artísticas como las científicas y técnicas son maneras en que el hombre busca superarse y acercarse a Dios y reconquistar el ámbito privilegiado del que disfrutaba feliz antes de la caída.

En su libro *La religión de la tecnología*, David F. Noble expone la frecuente presencia de una espiritualidad religiosa entre los investigadores–inventores–científicos. Su labor marcaría los caminos hacia la perfección, que tiene en la sacralidad divina su última escala.

Es cierto que muchos pensadores, de distintas disciplinas humanistas, así como numerosos hombres de ciencia, no sólo se han declarado agnósticos o ateos, sino que varios le han atribuido al dogma religioso manejado por las instituciones correspondientes un carácter sometedor y que conspira contra la libertad e imaginación indispensables para

que los mortales, los de carne y hueso, puedan acariciar la trascendencia y la grandeza humanas. Para que el miedo a lo desconocido deje de buscar atajos que enmascaren la verdad parcial, transitoria, dinámica propia de nuestro crecimiento y desarrollo.

Las soluciones que apelan al Más Allá, al mañana eterno, a lo sobrenatural, para consolar, aplacar o conquistar están impregnadas de violencia. Los que no puedan resignar sus fantasías todopoderosas, producto de una incapacidad narcisista de admitir sus propios límites, descargan la agresión típica del fanatismo.

En la actualidad tenemos, desafortunadamente, numerosos ejemplos de esto. Pero también hay aspectos (y sus mismos detractores lo admiten) útiles y positivos que las órdenes religiosas trajeron consigo. El freno a la aspiración infinita, la presencia de alguien por arriba de todos los hombres, es una indicación de humildad, de noción del semejante, de conjunto. Por otro lado, y lo asocio con el trabajo del filósofo español Eugenio Trías al respecto, lo religioso esboza una zona de misterio detrás de un límite que nunca podrá ser atravesado del todo. Hay textos y libros interesantísimos alrededor de su relación con el poder, con la verdad, con la psicopatología, con la trascendencia mitológica, con las opciones éticas y morales.

Pero no quiero cerrar esta breve reflexión sin mencionar la espiritualidad que puede estar presente en un sujeto laico ajeno a la formación religiosa. Me refiero a la presencia de una ética y de una moral que pone en práctica el reconocimiento del otro o del semejante como condición para la vida, que vive la oferta que puede ofrecer como un enriquecimiento personal, que admite y valora las diferencias que se alejan de su propia concepción del universo y, a modo de síntesis, que elige el interés y el amor por la vida a como timón de su existencia.

La historia nos ha mostrado en repetidas oportunidades la compatibilidad entre este espíritu y el agnosticismo o ateísmo, así como tantas veces hemos podido observar, detrás del proselitismo religioso, actos de violencia y de barbarie.

Personalmente, creo en el esfuerzo por conformar una sociedad ligada a los valores vitales y positivos presentes en la humanidad, pero que, conscientes de las grietas

que alojan a nuestros impulsos destructivos, no conceden a ninguna divinidad ajena a nosotros mismos la tarea de ayudarnos a ser y vivir más felices.

LA FELICIDAD ES SÓLO PARA LOS MORTALES



“Una de las ventajas de no ser feliz es que se puede desear la felicidad.”

MIGUEL DE UNAMUNO

Freud, en *El malestar en la cultura*, introduce la idea —trabajada por otro lado, desde distintos puntos de vista, por otros pensadores— de la oposición hombre-naturaleza versus hombre-cultura. Pero recordemos que dentro de la idea de naturaleza no sólo incluye Freud el mundo externo y sus amenazas, sino también los impulsos ingobernables del mundo interno. Por lo tanto, el orden y las restricciones que exige la vida comunitaria a los seres humanos necesitan del control y el dominio de una parte de sí mismos. El principio de realidad es el que nos protege de la anarquía del principio del placer, dando a la restricción un sentido preservador, haciendo posible una realización del placer que no signifique autodestrucción. En otros términos, dice Freud: nivel de constancia y no de Nirvana. Más adelante describiré la pulsión de muerte, a la que aludí indirectamente con la fantasía de plenitud permanente. Todo uno, sólo uno, sin otro que en su reclamo también marque mis carencias y, por lo tanto, mi deseo. O sea, vacío, muerte.

El sujeto no viene dado, sino que se construye. El deseo subvierte al instinto. La alteridad y sus consecuencias terminan con el gobierno absoluto de la conciencia. De eso

se trata nuestra condición de humanos.

Pienso que el hombre al que conocemos es sólo aquel que transita y es transitado por la palabra, construido desde el lenguaje y significado desde sus relaciones primarias. Por consiguiente, y lo considero un punto clave, la felicidad es un concepto básico de la cultura. Entonces entran las variables que puedan alimentarla: amor, conocimiento, aprendizaje, imaginación, sensualidad, solidaridad.

Estos elementos fundamentales pueden llegar a hacer posible o tolerable nuestra esencial vulnerabilidad, en cuyo pináculo se aloja nuestra condición de mortales. O sin eufemismos, la muerte. Si no podemos admitirla, surge el enemigo principal de este anhelo de ser feliz: me refiero al “poder” enfermo y enfermante. Más precisamente, a la búsqueda de su concentración infinita, eterna e intransferible. Se trata, desde la fantasía mágica, de una fuerza que no sólo enfrente, sino que también derrote a la muerte, para entonces hacerse dueña de la felicidad, a la que en realidad, a través de esta fantasía mágica, entierra. Impide, como cita María Zambrano en *El hombre y lo divino*, la “muerte viviente”.

Es que en ese terreno queda inevitablemente desvirtuada. La pretensión narcisista impide aquella que sólo es alcanzable por los que han aceptado su condición de carentes, incompletos, deseantes.

LA ACEPTACIÓN DE LO INEVITABLE

LA FELICIDAD Y SU RELACIÓN CON LA MUERTE

“La felicidad es un sueño, pero el sufrimiento es real.”

VOLTAIRE

Vivimos en un mundo que intenta, de distintas formas, negar la realidad de la muerte. Un libro del historiador francés Philippe Ariès, *Morir en Occidente*, relata cómo las costumbres en torno al morir, la relación con el hombre próximo a fallecer y la muerte en sí misma han sufrido cambios cualitativos fundamentales. En la Edad Media y hasta el siglo pasado, y aun unos años más tarde, una persona pasaba los últimos días de su enfermedad en su lecho, preparándose para una ceremonia de despedida. “Entre 1930 y 1950”, dice el autor, se produce “el desplazamiento del lugar de la muerte.” Así, el último respiro tendrá lugar en un centro hospitalario, que variará de categoría según las posibilidades económicas de cada uno, solos o rodeados por médicos impersonales, que aconsejarán a sus parientes permanecer afuera de la habitación. Una técnica fría, casi un trámite burocrático: “Se muere en el hospital porque éste se ha convertido en el sitio donde se brindan cuidados que ya no pueden darse en la casa. Antaño era el asilo de los miserables, de los peregrinos; primero se convirtió en un centro médico donde se cura y

se lucha contra la muerte. Sigue teniendo esa función curativa, pero también se comienza a pensar determinado tipo de hospital como el lugar privilegiado de la muerte. Se muere en el hospital porque los médicos no lograron curar al paciente. Se va o se irá al hospital no ya para curarse, sino precisamente para morir. Los sociólogos norteamericanos comprobaron que en la actualidad existen dos tipos de enfermos terminales: los más arcaicos, inmigrantes aún apegados a las tradiciones de la muerte que se esfuerzan por salir del hospital y morir en su casa, *more majorum*, y por otro lado los más comprometidos con la modernidad, que van a morir al hospital porque ha llegado a ser inconveniente morir en su casa [...] La muerte fue desintegrada, fragmentada en una serie de pequeñas etapas de las que finalmente no se sabe cuál es la muerte verdadera: aquella en la que se ha perdido la conciencia, o bien aquella en la que se ha perdido el aliento [...] Todas estas pequeñas muertes silenciosas reemplazaron y borraron la gran acción dramática de la muerte, y nadie tiene ya la fuerza o la paciencia de esperar durante semanas un momento que perdió gran parte de su sentido” (pp. 73-75).

Los médicos se han convertido en los dueños de la vida del paciente, quien al transformarse en moribundo pareciera perder sus derechos y tener que seguir un camino prefijado donde —cortados sus lazos con su entorno familiar— se convierte en un ser tan extraño al mundo, que se hace lógico que ya no siga residiendo en él. La propiedad de la vida del sujeto está en manos del profesional competente, o sea del médico. Será él quien mediará el tránsito entre el paciente moribundo y la muerte. A él se le ha otorgado el Saber acerca del momento final. La despedida no estará a cargo de la familia ni tendrá lugar en su hogar o en un ámbito familiar. La sala del hospital, anónima, fría y aséptica, alojará al enfermo y la relación con sus íntimos estará regulada por las normas burocráticas vigentes. La muerte ha perdido su significado, es decir, y aunque parezca paradójico, ha quedado excluida de la vida.

Si bien morir y estar muerto han sido dos categorías diferentes y se ha trabajado mucho al respecto, hoy en día parecen quedar superpuestas. Y como representantes de aquello que debe ser desmentido, deben permanecer ajenas a la vida. Estas reflexiones conducen a afirmar que los códigos culturales de la sociedad de hoy se desentienden o atacan la expresión de emociones que sean intensamente dolorosas o tristes, por lo tanto los clásicos rituales velatorios que convocaban a compartir la tristeza por la pérdida sufrida deben ser modificados. La existencia debe transcurrir en un clima de felicidad, y todo lo que parezca enturbiar esa felicidad, de acuerdo con los decretos presentes, debe

ser abolido. La expresión del dolor debe ser discreta, y la pena debe transitarse evitando escenas llamativas. De un modo contenido.

Una nueva estética del duelo, que no convierte esa experiencia en algo más profundo o mejor. Más aun, muchas veces se interrumpen elaboraciones que permitan transformar la pérdida en recuerdo y posibiliten lanzarse a nuevas relaciones. Por el contrario, permanecen como residuos traumáticos que después derivan en diferentes expresiones sintomáticas.

Para terminar, quiero mencionarles otra de las múltiples ideas en juego presentes en este texto vinculadas con la preservación de la felicidad como un bastión intocable.

Se trata, como nos dice Ariès, de conferirle a todo el orden mortuorio un carácter transgresivo, pecaminoso, como antes era la sexualidad, por lo que debe ser censurado.

Más terminante aun: prohibido. “Rápidamente aparece una causalidad inmediata: la necesidad de la felicidad, el deber moral y la obligación social de contribuir a la felicidad colectiva evitando todo motivo de tristeza o malestar, conservando la apariencia de sentirse siempre feliz, incluso en lo profundo del desamparo. Al mostrar alguna señal de tristeza, se peca contra la felicidad, se la cuestiona, y la sociedad corre entonces el riesgo de perder su razón de ser”. (p. 78)

Como observan, y como quedará ratificado en el párrafo siguiente, se trata de una falacia, de una pseudofelicidad que se sostiene a partir de negaciones, desmentidas y distorsiones ilusorias. Del otro lado de la vereda se encuentra aquella auténtica que acepta la verdad, se alimenta de ella, la integra y convierte la experiencia del sufrimiento en sabiduría y comprensión.

Asumirla y meditar sobre ella

“La felicidad es aceptar los cambios con filosofía.”

JAMES STEWART

Son muchas las observaciones alrededor de esta temática que podemos encontrar en ese y en otros textos, pero la intención fundamental parece ser siempre la misma: afirmar que la muerte no tiene nada que ver con nosotros. Esto provoca naturalmente efectos sobre los duelos y los recuerdos que alojamos de aquellos que han partido. Es un proceso que no terminamos de resolver ya que la elaboración de aquéllos exige un tiempo y un ritmo, y pretender abreviarlo a una velocidad excesiva es, paradójicamente, impedir su resolución. Dado que sabemos que la aflicción es un trabajo que tiene como objetivo desahucarse de ataduras caducas para quedar disponible a nuevos vínculos gratificantes, esta aspiración mágica de aceptar y transitar una pérdida como un hecho fugaz en el fondo no hace más que negarla y nos ancla en el vacío.

Se pretende que la vida debe transcurrir potenciando la ilusión de inmortalidad disfrazada de juventud eterna y otros pseudovalores promocionados en la actualidad (como por ejemplo la fama, el éxito, el dinero, etc.) y evitando tomar conciencia de que ella tiene un final, pero que justamente éste le otorga un sentido, aun cuando nos parezca una paradoja.

La diferencia del planteo es fundamental: (a) la muerte es una miseria que convierte a la vida en un absurdo, (b) la muerte es un acontecimiento dramático, pero la aceptación de su inevitabilidad otorga a la vida un orden de verdad y una lógica que superan los deseos individuales. Es en función del primer planteo que Occidente parece haber organizado hoy nuestro transcurrir. La mencionada ilusión nos exige creer en lo imposible y no elaborar, del mejor modo posible, lo que somos.

Estamos evidentemente muy lejos de aquellos filósofos (Platón, Epicuro, Séneca) que aconsejaban asumir y meditar sobre la muerte para de este modo alcanzar esa sabiduría que nos acercara a la felicidad. No olvidemos esa expresión socrática que aludía a la filosofía como un ejercicio acerca de la muerte, o también Cicerón, quien refiere que la vida de un filósofo es “un comentario de la muerte”.

Como vemos, en la actualidad se está intentando desterrar aquella dimensión, cuya comprensión, según otros, le otorga un sentido profundo a la vida. Forma parte de ella, está instalada en su narrativa. Esta desmentida nos expropia una parte de nuestro ser al reducir la amplitud de nuestra identidad y nuestra libertad.

El conocer aleja los miedos, y el coraje de buscar la verdad tiene como premio la

alegría. Asumir la muerte como el misterio que nos aguarda (sin distorsiones imaginarias que tengan por fin controlarla y aplacarla) es clave para asumir nuestra condición humana. No es la fantasía de invulnerabilidad omnipotente aquella que nos permite gozar la vida, sino por el contrario el reconocimiento de nuestra incompletud y fragilidad esencial. Es allí donde es posible el encuentro con los demás.

Por eso, amar y ser amado exige una permeabilidad que está muy lejos de la perfección y lo absoluto. Lo divino no anhela ni busca al otro, porque no hay nada distinto de él, así como tampoco busca la verdad, dado que lo es. En cambio, la sabiduría que un hombre puede alcanzar en su condición de mortal disuelve los miedos que cierran las puertas al conocimiento y habilita el deseo de felicidad.

SEGUNDA PARTE

DIVERSAS MIRADAS EN TORNO A LA FELICIDAD POSIBLE

3. La felicidad según el psicoanálisis

*“Si renunciáramos a la cultura,
seríamos mucho más felices.”*

SIGMUND FREUD

A fines del siglo XIX florecieron algunas de las revoluciones científicas y humanísticas que transformarían radicalmente la visión del hombre. Freud fue contemporáneo de Einstein, quien con su teoría de la relatividad modificó la noción de tiempo y con ella la Física del momento. También se nutrió de la revolución científica que implicó la teoría darwiniana de la evolución de las especies. Y si bien el psicoanálisis fue parte importante de lo nuevo, de lo estructuralmente transformador, fue también el resultado de un tiempo histórico signado por grandes cambios en el pensamiento del hombre.

La teoría psicoanalítica era cuestionada y enfrentaba una manera de pensar hasta ese entonces vigente, pero fue también, y en último término, el desenlace de un cambio que estaba produciéndose, de un modo menos visible, en todas las cuestiones atinentes al conocimiento.

Como todo individuo que fractura saberes congelados, Freud fue combatido y muchas veces se lo apartó de los espacios donde convergían los oficialmente llamados “investigadores”. ¿Por qué? Porque su teoría, que ponía en un plano manifiesto la sexualidad infantil, el complejo de Edipo, lo inconsciente, la represión, provocaba un descentramiento del hombre en su condición de rector de su vida, y esta angustia llevaba a defensas como la descalificación, no solamente de la teoría, sino también de Freud como persona.

Freud se consideraba a sí mismo un científico y pretendía que sus investigaciones recorrieran los caminos que toda investigación científica está obligada a recorrer.

Desde un enfoque filosófico, sería heredero de Iluminismo del siglo XVIII. Algunos lo llaman “el último filósofo”, *le dernier philosophe*, adscribiéndolo a un movimiento intelectual (Voltaire, Rousseau) que confiaba únicamente en el poder de la razón y que excluyó el absolutismo, y Freud se sentía un heredero de este Iluminismo.

Freud renegaba tanto de una teoría genética u organicista como de la descalificación ética y moral de los pacientes histéricos. Y en lugar de tratarlos como mentirosos o simuladores, empezó a escucharlos. Éste es uno de los puntos fundamentales del trabajo psicoanalítico: la escucha. Pero se trata de una escucha diferente, donde no solamente nos quedamos con el sentido manifiesto, con el texto lineal que el paciente enuncia, sino que tratamos de ir más allá de lo que dice, de la superficie. Esta escucha privilegiada fue la herramienta sustancial con la que Freud comenzó a descubrir ese mundo latente, oculto, el significado inconsciente, y observó que ese mundo se vinculaba de un modo determinante con la sintomatología manifiesta.

Escuchar al paciente es para Freud escuchar esa otra melodía que está detrás de las palabras: la palabra escuchada, la palabra enunciada, la palabra constitutiva del sujeto, la palabra.

Por tanto, el sufrimiento y el dolor de esas personas, y el desconcierto y la ineptitud de las teorías hasta entonces vigentes se vieron superados por una nueva posibilidad. Esta escucha comenzó a mover toda una serie de conjeturas y descubrimientos que terminaron convirtiendo al psicoanálisis en una propuesta técnica, metodológica, y en una teoría psicológica acerca del hombre y sus padecimientos.

El desarrollo posterior del psicoanálisis llevó a que el trabajo de Freud no se limitara solamente a la problemática psicopatológica, sino que permitió una completa investigación acerca del funcionamiento del psiquismo, y también dio lugar a todos los trabajos del psicoanálisis aplicado, y otros ligados a la Antropología y a la Filosofía.

Hoy en día, cuando revisamos la noción de “psicoanálisis” y buscamos alguna formulación que sintetice parte de lo desarrollado, leemos que está definido como una técnica terapéutica, un método de investigación y una teoría psicológica. Con esta teoría el psicoanálisis ilumina o abarca, no solamente el sector de la psicopatología, sino

también áreas que tienen que ver con los comportamientos colectivos y sociales, y con determinadas concepciones antropológicas y filosóficas.

Esta teoría refuta una noción completa, única, acabada del hombre, según la cual él sabe todo de sí, y propone un sujeto determinado en gran parte desde un área que él mismo desconoce —su mundo inconsciente—, de un sujeto que es el resultado de múltiples transacciones y vicisitudes que lo convierten, en gran parte, en resultante de situaciones y palabras de otros.

El psicoanálisis le propone al hombre que se convierta en descubridor de la trama de situaciones de la que es efecto y logre transformarse en el constructor de su propio universo, o por lo menos en conocedor del universo del cual es protagonista. El sujeto nace con un rol asignado y dentro de un argumento que se le ha anticipado; parte del análisis consistirá en ir descubriéndolo, para que pueda dejar de ser sólo actor y devenir coautor. Lo importante no es la asociación conciencia-saber como el centro de la vida del hombre, sino ese espacio inconsciente que tiene que ver con el desconocimiento y con la incompletud, y que es determinante de su conducta. En ese sentido, se opone al *cogito, ergo sum*, “pienso, luego existo” cartesiano, que define a la modernidad.

Previamente se entendía al hombre como un individuo monolítico, monocromático, con una conciencia rectora de su conducta y un saber que se apoyaba exclusivamente en la razón y la conciencia. Por el contrario, el psicoanálisis supone un sujeto dividido, plurideterminado, con una historia y una biografía —no sólo propia e individual sino también del mito familiar que lo antecede— que marca lugares, posiciones y mandatos.

El bienestar que se busca instalar está ligado a una mejor relación con el mundo en el que el sujeto se mueve y con la realidad en la que está inserto, así como a la realización en tres áreas específicas: la laboral, los intereses personales y el mundo del amor en sus manifestaciones de ternura y erotismo. En última instancia, alude a la libertad de elegir y a la posibilidad del sujeto de ser dueño de su propia historia, en la medida en que puede apropiarse de ella desmantelando mandatos que imponían conductas que no eran las propias.

La felicidad humana es el resultado de la decisión de emprender un viaje que le permita lograr una mayor libertad y un mayor alcance de creatividad y placer. Esto en movimiento constante y admitiendo una cuota de sufrimiento, que parece ser un acompañante inevitable de la vida de todo ser humano.

La clave es convertir el sufrimiento en sabiduría, y dotar al sujeto de una posición respecto de sí y del mundo atravesada por el descubrir, el saber, el conocer.

¿Cuál es una de las formas más frecuentes en que la conducta del hombre expresa dicho sufrimiento? A través de los síntomas neuróticos. ¿Cómo los conceptualizamos? Como aquello que es incomprensible, incoherente y repetitivo más allá de la voluntad consciente del paciente. Hay un malestar que lo desconcierta, que lo ubica como protagonista de conductas que siente ajenas a su voluntad y a su “verdadero yo”, y suscita la pregunta acerca del para qué, a qué se deben aquellas conductas (intencionalidad) que, aun cuando las siente ridículas e innecesarias, lo atrapan.

La meta final a la que debe tender todo individuo que se dedique durante gran parte de su vida a analizarse o a hacer una terapia es poder llegar, como última etapa, como estación final del recorrido, a escribir su propia autobiografía, su narración, su relato.

Uno de los grandes aportes de Jung, el discípulo disidente de Freud, fue haber enfocado los síntomas de sus pacientes de modo que el objetivo no fuera sólo establecer la génesis de un síntoma en general, sino determinar su carácter precursor con respecto a algo que habría de suceder luego. La idea es que el paciente consiga no sólo comprender su vida pasada y pueda contarla, es decir elaborar un relato, sino que deshaga su síntoma hasta transformarlo en una narración de su pasado y en un esbozo del futuro que tiene en mente. La finalidad del análisis es crear sujetos con autonomía y con la posibilidad de interdependencia.

El psicoanálisis es una disciplina que conjuga el arte y la ciencia, y cuya efectividad y eficacia terapéutica han quedado corroboradas. Y es también la posibilidad de ir descubriendo juntos, analista y paciente, aquello que ha motivado una conflictiva.

Erich Fromm destaca algunas consideraciones interesantes de Freud con respecto a la relación analítica. Según señala, para Freud ésta debe desarrollarse en un clima de verdad

y confianza, un ambiente ajeno a la hipocresía y a la mentira, donde el sujeto advierta que puede hablar francamente, para poder solucionar sus conflictos y saber más de sí mismo. El analista intenta vislumbrar algo que realmente tenga que ver con lo que está dentro suyo.

Freud es un precursor, abre un campo que luego se extendió y modificó. Freud mismo fue debatiendo, formulando y reformulando continuamente sus propias ideas, lo cual de algún modo testimonia su condición de individuo emparentado con el pensamiento científico, entendiéndolo como un conocimiento específico, transitorio, múltiple y sin un carácter de creencia dogmática sino pasible de ser refutado como todo conocimiento científico. Un conocimiento que se pretende tal no permanece congelado sino que se reformula continuamente.

Uno de los descubrimientos fundamentales del psicoanálisis es el inconsciente. Hoy, este espacio psíquico forma parte de los referentes básicos, no sólo de psicoanalistas, sino también de estudiosos de otras disciplinas, y es universalmente considerado como tal en nuestra cultura. Pero en Viena de aquel entonces, no fue aceptado tan fácil ni tan rápidamente.

Freud fue el primero en hablar de determinaciones inconscientes, de ciertas representaciones, impulsos o deseos intolerables para la conciencia —para una conciencia determinada desde la cultura, la educación, la moral de entonces— que se alojaban en un espacio ajeno a ella. A ese espacio lo denominó “inconsciente”.

Ya antes de Freud médicos y psicólogos (bastante discutidos muchos de ellos) que habían hablado de doble conciencia, o de un estado ajeno a la conciencia, pero ninguno efectuó la sistematización que hizo Freud en torno a la noción de inconsciente.

Hasta ese entonces se pensaba que la identidad de un individuo era su conciencia. Me refiero, como dije anteriormente, al sujeto comprendido desde la filosofía cartesiana, desde el *cogito, ergo sum*, el “pienso, luego existo”, donde todo remitía a un conocimiento consciente. Antes se tomaba a la conciencia como la depositaria de la

identidad, del conocimiento y de la razón de ser de las cosas.

Freud comprende que para descubrir los significados inconscientes de los actos psíquicos es necesario trabajar especialmente con ciertos actos que se prestan a ese operativo de desciframiento. ¿Cuáles son, se pregunta Freud, las cosas que más fácilmente permiten un proceso de decodificación?

Confecciona una especie de lista y las llama “formaciones del inconsciente”. Se trata de puntos donde se abre una brecha en la coherencia del discurso manifiesto, donde una nota desentona con el resto de la melodía.

Estas formaciones no son inconscientes. Todo lo contrario, son conscientes, pero constituyen los puntos de *décollage*, de despegue, para que el proceso de decodificación se oriente hacia lo inconsciente. Una de las más importantes formaciones son los sueños. Los sueños son conscientes, por eso los recordamos y los contamos a nuestro psicoanalista; traduciendo los sueños, llegamos al inconsciente.

Las formaciones que menciona Freud son: los actos fallidos, los chistes (todos los chistes que hacemos tienen un significado además de hacernos reír), los juegos y la creación artística, los sueños, la transferencia, los síntomas neuróticos, los delirios psicóticos. De ellas nos ocuparemos enseguida.

Estimula el juego y la creación. Crear es un proceso de dar ser a algo nuevo.

Consiste en un movimiento que no es puramente individual, sino que incluye el encuentro con otro polo que denominamos “mundo”, entendiéndolo como la trama de relaciones significativas y determinantes en que una persona se ubica. Crear es una actividad que no pertenece exclusivamente a genios elegidos o artistas iluminados sino, como enseña la teoría psicoanalítica, es una expresión posible de todo sujeto.

Dar, ofertar, generar felicidad. Algunas veces el sentimiento de culpa conspira contra el logro de esta búsqueda. Requiere una afiliación simbólica con un creador reconocido, con un padre cuyo orden debe ser incorporado para luego ser refutado. Sin esta relación que implica filiación y cierto modo de superación posterior, no hay sujeto y, por lo tanto, no hay espacio creativo.

La creatividad necesita soportar el caos inicial para forzar un sentido al silencio.

Implica entonces una lucha dentro de la persona entre el pensamiento consciente, el orden racional ya estructurado y la intuición por nacer. Esta oposición, este conflicto, genera la emergencia de afectos encontrados, como la culpa por destruir la conformación de representaciones previas, el sentimiento de transgresión por desarmar el mundo congelado depositado en el yo. (Picasso solía decir: “Todo acto creativo necesita o va anticipado de un proceso de destrucción”.) Observamos también la ansiedad frente a la soledad, la que luego puede convertirse en el bastión donde ser, pensarse y ofrecer. Soledad, libertad, identidad y felicidad están imbricadas. La alegría y gratificación frente a la belleza y armonía de lo nuevo forman parte de la labor creativa.

Henri Poincaré, un célebre matemático del siglo XIX que desde su óptica trabajó mucho este tema, caracterizaba la inspiración como el primer tiempo del trabajo psíquico creativo. Anzieu, que investigó en ese sentido, sostenía que el trabajo psíquico creativo era uno de los tres trabajos psíquicos fundamentales. El hablaba del sueño, el duelo y, por último, el trabajo creativo, que reconoce un momento de inspiración, de intuición, cuya irrupción dura unos pocos segundos; luego la armazón de la trama, que puede durar varias semanas, y finalmente la realización completa de la obra, que puede llevar varios años.

La intuición ligada a la inspiración, ese primer momento del trabajo psíquico creativo, es un estado repentino, súbito, que enfrenta contenidos anteriores; es breve, conciso, adquiere una experiencia de certeza inmediata y se da en un descanso de la alternancia trabajo-relajación. Se produce en un espacio intermedio donde irrumpe esa intuición de modo repentino como primer paso de todo lo que será la futura obra creada, el acto creativo.

“¿Qué provoca que surja una combinatoria y no otra?”, se preguntaba Poincaré. No es ni su precisión ni su utilidad concreta, sino en cambio —y es interesante anotarlo— su armonía, su belleza, su forma. Lo que hace que una determinada combinatoria de elementos conmueva a la conciencia es su aspecto estético. Los conceptos de belleza y armonía son un punto central en lo que es, en filosofía, la búsqueda de la verdad. También, pensamos de la felicidad.

Esto nos acerca a la noción de “éxtasis”, que etimológicamente significa “separarse de”. Por lo tanto, en el acto creativo, en ese momento suprarracional —donde se

conjugan lo dionisiaco y lo apolíneo—, se conjugan del mismo modo la forma, la pasión, el orden y la vitalidad.

Distintos, por momentos opuestos, capaces de ser conjugados en una órbita de dimensión superior. De nuevo nuestra temática.

Entre los objetivos del tratamiento psicoanalítico, lo creativo tiene un lugar principal.

Cuando pensamos en términos de cura, tenemos que pensar en acompañamiento afectivo, contención emocional, confrontación de ideas, propuestas de preguntas y enfoques diferentes, enriquecimiento de la problemática del paciente y oferta de alternativas. Hay que tener en cuenta también la disolución de falsos enlaces y estructuras sintomáticas que empalidecen la vida cotidiana del sujeto.

La cura psicoanalítica tiene que ver con la mejoría de la salud. No solamente es la prevención a través de una serie de normas y de situaciones educacionales para evitar ciertas patologías; no sólo es reparar lo que está herido y disolver lo que está presente de un modo negativo. La cura en psicoanálisis está vinculada además con algo del orden de la mejoría de la salud, entendiendo por salud las posibilidades de enriquecer, a través de alternativas, las situaciones de bienestar y productividad, de progreso, cambio, transformación, enriquecimiento. Felicidad.

Una noción de salud que instala de otro modo el mañana dentro de la mirada del sujeto. De ahí que el psicoanálisis tenga tanto que ver con el “proyecto”, que etimológicamente significa “lanzamiento hacia” (*pro iaceo*).

El psicoanálisis aparece como un método para producir un cambio psíquico, cambio del cual ambos, psicoanalista y paciente, puedan declararse satisfechos en virtud de que se han logrado ciertos resultados, que no tienen por qué ser los mismos para todo el mundo pero que apuntan a un denominador común: la felicidad, una felicidad relativa posible, es decir, humana.



Los siguientes párrafos que he elegido de Sigmund Freud, fundador del psicoanálisis, son piezas fundamentales dentro de su obra. El estudio que se ha hecho a lo largo de los años posteriores a su publicación ha permitido redescubrirlos permanentemente. Lo

individual y lo social, el deseo y la ley, la construcción de un orden y la encrucijada del ser humano hacen a estos textos merecedores de un estudio dedicado.

“La vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes. (‘Eso no anda sin construcciones auxiliares’, nos ha dicho Theodor Fontane.) Los hay, quizá, de tres clases: poderosas distracciones, que nos hagan valuar en poco nuestra miseria; satisfacciones sustitutivas, que la reduzcan, y sustancias embriagadoras que nos vuelvan insensibles a ellas. Algo de este tipo es indispensable. A las distracciones apunta Voltaire cuando, en su *Cándido*, deja resonando el consejo de cultivar cada cual su jardín; una tal distracción es también la actividad científica. Las satisfacciones sustitutivas, como las que ofrece el arte, son ilusiones respecto de la realidad, mas no por ello menos efectivas psíquicamente, merced al papel que la fantasía se ha conquistado en la vida anímica. Las sustancias embriagadoras influyen sobre nuestro cuerpo, alteran su quimismo. No es sencillo indicar el puesto de la religión dentro de esta serie.” (p. 75)

“¿Qué es lo que los seres humanos mismos dejan discernir, por su conducta, como fin y propósito de su vida? ¿Qué es lo que exigen de ella, lo que en ella quieren alcanzar? No es difícil acertar con la respuesta: quieren alcanzar la dicha, conseguir la felicidad y mantenerla. Esta aspiración tiene dos costados, una meta positiva y una negativa: por una parte, quieren la ausencia de dolor y de displacer; por la otra, vivenciar intensos sentimientos de placer. En su estricto sentido literal, ‘dicha’ se refiere no sólo a lo segundo. En armonía con esta bipartición de las metas, la actividad de los seres humanos se despliega siguiendo dos direcciones según que busque realizar, de manera predominante o aun exclusiva, una u otra de aquellas.” (p. 76)

“Lo que en sentido estricto se llama ‘felicidad’ corresponde a la satisfacción más bien repentina de necesidades retenidas, con alto grado de estasis, y por su propia naturaleza sólo es posible como un fenómeno episódico. Si una situación anhelada por el principio de placer perdura, en ningún caso se obtiene más que un sentimiento de ligero bienestar; estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste, y muy poco el estado. Ya nuestra constitución, pues, limita nuestras posibilidades de dicha. Mucho menos difícil es que llegemos a experimentar desdicha. Desde tres lados amenaza el sufrimiento; desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y a la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos.

”Hay por cierto otro camino, un camino mejor: como miembro de la comunidad, y con ayuda de la técnica guiada por la ciencia, pasar a la ofensiva contra la naturaleza y someterla a la voluntad del hombre. Entonces se trabaja con todos para la dicha de todos. Empero, los métodos más interesantes de precaver el sufrimiento son los que procuran influir sobre el propio organismo. Es que al fin todo sufrimiento es sólo sensación, no subsiste sino mientras lo sentimos, y sólo lo sentimos a consecuencia de ciertos dispositivos de nuestro organismo.

”El método más tosco, pero también el más eficaz, para obtener ese influjo es el químico: la intoxicación. No creo que nadie haya penetrado su mecanismo, pero el hecho es que existen sustancias extrañas al cuerpo cuya presencia en la sangre y los tejidos nos procura sensaciones directamente placenteras, pero a la vez alteran de tal modo las condiciones de nuestra vida sensitiva que nos vuelven incapaces de recibir mociones de displacer.” (pp. 77-78)

“Otra técnica para la defensa contra el sufrimiento se vale de los desplazamientos libidinales que nuestro aparato anímico consiente, y por los cuales su función gana tanto en flexibilidad. He aquí la tarea a resolver: es preciso trasladar las metas pulsionales de tal suerte que no puedan ser alcanzadas por la denegación del mundo exterior. Para ello, la sublimación de las pulsiones presta su auxilio. Se lo consigue sobre todo cuando uno se las arregla para elevar suficientemente la ganancia de placer que proviene de las fuentes de un trabajo psíquico e intelectual. Pero el destino puede mostrarse adverso. Satisfacciones como la alegría del artista en el acto de crear, de corporizar los productos de su fantasía, o como la que procura al investigador la solución de problemas y el conocimiento de la verdad, poseen una cualidad particular que, por cierto, algún día podremos caracterizar metapsicológicamente. Por ahora sólo podemos decir, figuradamente, que nos aparece ‘más finas y superiores’, pero su intensidad está amortiguada por comparación a las que produce saciar mociones pulsionales más groseras, primarias; no conmueven nuestra corporeidad.” (p. 79)

“Me estoy refiriendo, desde luego, a aquella orientación de la vida que sitúa al amor en el punto central, que espera toda satisfacción del hecho de amar y ser-amado. Una actitud psíquica de esta índole está al alcance de todos nosotros; una de las formas de manifestación del amor, el amor sexual, nos ha procurado la experiencia más intensa de sensación placentera avasalladora, dándonos así el arquetipo para nuestra aspiración a la dicha. Nada más natural que obstinarnos en buscar la dicha por el mismo camino siguiendo el mismo en el cual una vez la hallamos. El lado débil de esta técnica de vida es manifiesto; si no fuera por él, a ningún ser humano se le habría ocurrido cambiar por otro este camino hacia la dicha. Nunca estamos menos protegidos contra las cuitas que cuando amamos; nunca más desdichados y desvalidos que cuando

hemos perdido al objeto amado o a su amor. Pero la técnica de vida fundada en el valor de felicidad del amor no se agota con esto: queda aún mucho por decir.

”Aquí puede situarse el interesante caso en que la felicidad en la vida se busca sobre todo en el goce de la belleza, dondequiera que ella se muestre a nuestros sentidos y a nuestro juicio: la belleza de formas y gestos humanos, de objetos naturales y paisajes, de creaciones artísticas y aun científicas. Esta actitud estética hacia la meta vital ofrece escasa protección contra la posibilidad de sufrir, pero puede resarcir de muchas cosas. El goce de la belleza se acompaña de una sensación particular, de suave efecto embriagador.” (pp. 81-82)

“Como último rasgo de una cultura, pero sin duda no el menos importante, apreciaremos el modo en que se reglan los vínculos recíprocos entre los seres humanos: los vínculos sociales, que ellos entablan como vecinos, como dispensadores de ayuda, como objeto sexual de otra persona, como miembros de una familia o de un Estado. Es particularmente difícil librarse de determinadas demandas ideales en estos asuntos, y asir lo que es cultural en ellos. Acaso se pueda empezar consignando que el elemento cultural está dado con el primer intento de regular estos vínculos sociales. De faltar ese intento, tales vínculos quedarían sometidos a la arbitrariedad del individuo, vale decir, el de mayor fuerza física los resolvería en el sentido de sus intereses y mociones pulsionales. Y nada cambiaría si este individuo se topara con otro aun más fuerte que él. La convivencia humana sólo se vuelve posible cuando se aglutina una mayoría más fuerte que los individuos aislados y cohesionada frente a éstos. Ahora el poder de esta comunidad se contrapone, como ‘derecho, al poder del individuo, que es condenado como’ violencia bruta. Esta situación del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo.” (pp. 93-94)

4. Qué dijeron los pensadores

*“La tranquilidad de espíritu
no es sino la felicidad.”*

DEMÓCRITO

En el apartado que desarrollaré a continuación, tengo la intención de transitar y dialogar con las reflexiones y propuestas de diversos pensadores pertenecientes a distintos ámbitos que han trabajado e investigado el concepto de felicidad. Obviamente esto implica dotar de valor e interés al tema en cuestión y reconocerle un lugar destacado en la cultura.

A lo largo del camino, notaremos de qué modo la felicidad ha estado en el centro de la ocupación y la preocupación de ellos, y cómo, lejos de considerarla una frivolidad, la ligan por el contrario a la sabiduría, a la verdad, a la alegría, al amor, a la beatitud y a la virtud.

Por otro lado, algunos de ellos, aun cuando puedan pertenecer a distintos tiempos históricos, la incluyen en una determinada visión social y política. A título de ejemplo, pensemos en puntos comunes entre el Platón de la *República*, un notable representante del epicureísmo como fue Lucrecio y el inasible filósofo de la Ilustración que fue Jean-Jacques Rousseau, cuando hacen referencia a la relación entre progreso, tecnología, ordenamiento social y degradación de la moral y los valores del individuo.

En el trabajo que desarrollan todos ellos, y me atrevería a decir también en las afirmaciones que enuncian algunos referentes paradigmáticos de la religión, vemos presente el valor de la racionalidad (en algunas escuelas más que en otras), la deducción y la decisión de enfrentarse a aquella verdad patrimonio del ser humano que incluye siempre lo frágil, lo imprevisible y lo revisable. Queda testimoniada la eficacia del pensamiento activo, la conciliación de lo teórico con lo práctico, y la ética como condición irremplazable de un proyecto que se pretenda feliz.

Qué lejos están de la decoración vacía, así como de la tentación mágica, y aquí aparecen, algunas veces de un modo explícito, los conceptos de límite y de misterio. El hombre pensante, que supera el miedo de descubrir, que se corre de la aspiración del poder por el poder (recordemos a Hobbes), está en condiciones de sentir placer, de disfrutar con el otro, de alegrarse y, finalmente, de amar. Estamos frente al hombre

creativo, potente y, digámoslo una vez más, feliz.

CONOCIMIENTO DE UNO MISMO Y FELICIDAD



A modo de anotación introductoria, quiero compartir con ustedes un concepto presente en varios de los pensadores que vamos a ver y que tiene una íntima conexión con el enfoque que quiero darle a nuestro tema: la felicidad. Me refiero a una lectura de la noción de verdad a la cual los griegos denominaban “parresía”. Me baso para el desarrollo de estas ideas en el excelente texto de Michel Foucault *Discurso y verdad en la antigua Grecia*, donde él la incluye en toda otra serie de consideraciones. La verdad ligada no sólo a un conocimiento objetivo dirigido al otro, sino básicamente a uno mismo. Por eso brinda identidad, se vincula con el arte de la vida, y como señala Foucault al cuidado de sí mismo. Esta formulación clave significa que al existir uno elige. El que busca su verdad, y es más, busca ser verdadero, pone en marcha la libertad de pensar, de hablar, de criticar, de autocriticarse. Pero no es sólo la libertad de hablar (logos) con franqueza (significado etimológico de “parresía”), sino de vivir de acuerdo con la verdad.

En realidad se trata de existir en armonía entre lo que se dice y lo que se hace. Como vemos, y esto lo he subrayado en los capítulos anteriores, es la armonía la que lleva a conquistar una vida plena y feliz a través de una práctica en la cual el sujeto se relaciona consigo mismo y, al conocerse verdaderamente, puede cambiar, crecer, mejorar.

Ahora bien, no es un trabajo que pueda realizarse de un modo solitario; necesita presencia-asistencia de un interlocutor que habiendo dado pruebas de ser verdadero,

pueda officiar de partero (mayéutica socrática). Ésta es la que llamamos la educación transformadora. La que apunta al enlace entre logos y bios (vida). No hace falta marcar la vinculación de estas ideas con aquellas que enuncia Freud y con las metas de un tratamiento psicoanalítico. El lugar marginal, periférico, desde donde el analista ayuda a que en el paciente despierten nuevos interrogantes. A partir de aquí comenzará a refundar su identidad y su condición de sujeto dibujando una construcción de su historia personal que ofrezca una plataforma desde donde proyectarse más auténticamente y por lo tanto de un modo feliz.

Pero volvamos a la parresía, al hablante verdadero que dice la verdad porque la encarna. Que formula un ejercicio crítico que lo pone en peligro dado que cuestiona al que tiene el poder. Apela a un estilo dialogal, breve, conciso, preciso, que rechaza los largos discursos de la retórica.

Devenir un sujeto armónico exige condiciones éticas y morales tanto para conocer como para comunicar a otros. Exige no ser falso con uno mismo, dejar la charlatanería de lado y decir todo lo que se tiene en mente. Aristóteles, en su *Ética nicomaquea*, lo llama “el hombre magnánimo”, dueño de un valor racional que afronta el peligro, pero no lo busca, y que se protege del encandilamiento que generan los hipócritas y los aduladores.

La pluma de Platón nos muestra a Sócrates en algunos de sus diálogos ejerciendo su relación pedagógica con aquellos discípulos que lo eligen para poder cambiar, modificar el sentido de su vida, su relación con el semejante y, atravesando las resistencias narcisistas, encontrar una armonía valerosa al modo dórico, que es muy distinto del conocido ritual confesionario. Para alcanzar esto, propone toda una serie de técnicas ya pautadas que en los momentos críticos generarán los cambios buscados.

La relación entre verdad, conocimiento de sí y armonía, con la esfera política, es también objeto de interés de la Grecia de aquel entonces. La cuestión de la democracia, el buen ciudadano, el respeto por las leyes y las normas y el guardián de la moral aparece tratado en la *Apología*, *Las Leyes* y la *República*.

SÓCRATES INTERROGA A LA FELICIDAD

Les propongo comenzar el viaje poniendo nuestra mirada sobre uno de los personajes fundamentales de la historia del pensamiento occidental. Me refiero a Sócrates, el tantas veces citado, y que curiosamente no dejó ningún texto escrito. Protagonista emblemático de la Atenas del siglo V a. C., es sinónimo de una verdadera revolución, transformación y reformulación del mundo de las ideas. Su herramienta principal fue la pregunta, el interrogante al cual se le encomendaba una acción cuestionadora, dismanteladora de pseudosaberes y prejuicios y descubridora, como consecuencia, de nuevos horizontes.

Su método, denominado mayéutica por simbolizar el parto y el nacimiento, lo desarrolla con distintos alumnos, la mayoría de ellos jóvenes, a lo largo de informales paseos o caminatas. Empieza a ejercer esta tarea cuando contaba aproximadamente con cuarenta años, de un modo casi gratuito, a diferencia de los sofistas. Y no es difícil imaginar la incomodidad y la irritación que provocaba en la estructura de poder conservadora que luego de la derrota contra Esparta gobernaba la ciudad.

De Sócrates se han dicho muchas más cosas de aquellas que se pueden dar por ciertas, y aparece caracterizado en distintos textos con particularidades diferentes. Pensemos, a título de ejemplo nada más, en la caricatura que de él hace Aristófanes en su comedia *Las nubes*.

Pero volviendo a las enseñanzas que de él extraemos, hay que destacar, porque está intrañablemente ligado a la noción de felicidad, la valentía, humildad y perseverancia con que insistía en su búsqueda de la verdad. Él jerarquizaba a esta última de un modo particular, porque era un eslabón indispensable hacia el descubrimiento y el encuentro con uno mismo, que es la base sobre la que construimos el sentido de nuestra vida. Pero el itinerario exige un esfuerzo y tiene un precio. Debemos aceptar el debate con nuestra conciencia moral, que de un modo crítico nos exigirá siempre respuestas aceptables, siendo una de ellas sin duda admitir nuestra ignorancia y reconocer nuestros límites. Por eso la noción de verdad se asocia con la renuncia a pretensiones omnipotentes o con delegar cómodamente nuestro destino a la voluntad de los dioses. El héroe socrático no es un predestinado al estilo de los personajes de la épica homérica ni de la trágica de Esquilo, sino que es un mortal potente que, con irreverencia y honestidad, explora los misterios del alma y de las creaciones del hombre. Es allí donde encontramos la sabiduría, o mejor aun es de ese modo que intentamos volvernos sabios.

Naturalmente, y vuelvo al comienzo, esta propuesta asustaba a muchos que la consideraban una amenaza para su lugar de privilegio. ¿Quién es este anciano vestido con una modestia plebeya y una fealdad no disimulable, para cuestionar nuestro modo de vida y nuestra visión del universo?, se preguntaban. Respondían enseguida que no era otra cosa que el culpable de corromper a los jóvenes atenienses y ofender a los dioses. Estas acusaciones y varias más como el intento de aprovecharse de los alumnos, de mentirles para su beneficio personal, de quedarse con su dinero, fueron lúcidamente rebatidas por Sócrates en el juicio que le inician y que Platón nos relata en su famosa apología. En dicho texto aclara que su intento, a través del diálogo inquisidor y acompañado de la ayuda del dios, es que aquel que da una afirmación por cierta pueda demostrarla y ratificarla y, si no, abandonarla.

Es conmovedor cómo en el relato de Platón, presionado por las falsas acusaciones, aclara enfáticamente que no es su absolución lo que busca sino enseñar aquello que es cierto; que no es a sí mismo al que intenta proteger evitando la condena a muerte, de la que finalmente será víctima, sino al desamparo en que quedan ellos cuando propagan la calumnia y la infamia permaneciendo sumidos en la peor de las ignorancias, que es aquella de la falsa verdad. Será imposible aspirar a la felicidad en un mundo opacado por la vergüenza y el engaño, pues quedará desterrada esa llave fundamental para conseguirla que es la virtud. Esa misma que lo lleva a rechazar la posibilidad de escaparse de la

prisión luego de su condena definitiva. Es coraje por supuesto, pero es también la necesidad de coherencia entre lo que se piensa, dice y hace si se quiere alcanzar y preservar la armonía interior que alberga un hombre feliz.

A modo de síntesis, observamos en Sócrates la pregunta vehiculizando el conocimiento, con el cual se puede aspirar a una sabiduría, pero humana, y no divina o propia de los dioses. Por eso, el pensamiento socrático es búsqueda, exploración, y lleva, hay que subrayarlo, a un enriquecimiento no sólo respecto del mundo externo, sino, y esto es crucial para nuestro tema, a un crecimiento interior.

El camino que sigue el padre de la mayéutica exige ciertas virtudes: valentía, humildad, placer por descubrir, y lo que es esencial porque nuevamente está unido a la noción de felicidad, la entrañable ligazón, indispensable, entre esta última y la verdad.

LA FELICIDAD SEGÚN PLATÓN

SU RELACIÓN CON LA VIRTUD, LA JUSTICIA Y LA BONDAD

La biografía, la palabra y el perfil de Sócrates llegan a nosotros a través de la obra de ese otro nombre fundamental de la filosofía que es su discípulo Platón. Muchos dicen que en boca de Sócrates aparecen, por otro lado, los propios pensamientos de su alumno, y obviamente en la forma como es presentada su enseñanza también quedan plasmadas sus reflexiones. Por eso creo importante dedicar aunque sea unas pocas líneas a su vida y en lo que hace a la relación que él establecía entre la felicidad, la virtud y la bondad.

Platón, sin duda representante fundacional de la filosofía occidental, nació en Atenas en 428 a. C. Se sabe que pertenecía a una familia acomodada de aquel entonces. Vivió en la época de mayor esplendor de la polis ateniense y desde un comienzo estuvo en contacto con figuras ilustres del pensamiento.

Fue sustancial en su desarrollo como filósofo y pensador la relación que estableció desde joven con Sócrates, el padre de la mayéutica. El infame juicio que recibió su maestro pasados los 80 años, en 347 a. C., fue una de las razones por las cuales no ingresó, o mejor se retiró rápidamente de la política.

Luego de un viaje por Sicilia, ya en su Atenas natal, fundó la Academia como lugar de enseñanza, cerca del pueblo de Colono, donde había nacido el célebre trágico Sófocles. Como corresponde a un discípulo de Sócrates, hizo del diálogo su método pedagógico.

Las clases que Platón daba en persona en su ámbito, a diferencia de lo que sucedió con los diálogos, no se publicaban. En su largo transitar fue llamado varias veces como asesor de ciertos hombres de Estado, y esbozó sus ideas en torno al Estado ideal, la calidad de los gobernantes y la exigencia alrededor de la verdad, la virtud y la justicia como condición para una vida individual y social que se pretendiera feliz. Cosa inusual, conservamos del filósofo casi todas sus obras, que como sabemos fueron fuente de inspiración de muchas corrientes posteriores.

Para Platón, el hombre debe perseguir, más allá de todo, la idea del bien, sobre el que debe poder explayarse el filósofo y significarlo en forma acorde con la verdad, la ética y el conocimiento. Se esmeró en refutar aquellas ideas que consideraba falsas y en ahondar la indagación sobre su verdadera naturaleza. Como nos dice en su texto, el conocimiento es posible de ser alcanzado, y así como debe tratarse de lo real, debe también ser infalible.

Platón siempre jerarquizó la importancia que debía dársele al semejante, y subrayó que el comportamiento de un sujeto no podía soslayar a los otros como meta y como destino. En eso radicaba algo de lo que podríamos llamar en él la solidaridad y la felicidad, que forman, por otro lado, elementos esenciales de la trama de ese Estado ideal que pretende ser un lugar justo y feliz.

ARISTÓTELES

LA FELICIDAD, DEL CIELO A LA TIERRA

Nació en Estagira, en el reino de Macedonia, en 384 a. C., proveniente de una familia acomodada donde su padre era médico de la corte. Comenzó su formación filosófica a la edad de diecisiete años en la Academia de Platón, con quien estudió por más de veinte años hasta la muerte de éste. Se casó con Pitias, hija de su amigo Hermias, con quien había estudiado en la Academia. Fue durante esos años que escribió su libro *Historia de los animales*, tan cuestionado y burlado por los cínicos, sus constantes adversarios. Tras la muerte de su mujer fue invitado por el rey Filipo a Macedonia para convertirse en el maestro de su hijo, aquel que llegaría a ser Alejandro Magno. Recordemos que Filipo, luego de numerosas guerras, se había convertido en amo de toda la región, incluida por supuesto Atenas.

Fue el fundador de su propia escuela en el Liceo, en Atenas, donde daba clases abiertas a la población. Allí creó una importante biblioteca. Se lo puede considerar también el fundador de la lógica, a la que convirtió en una de las herramientas principales de su investigación y estudio. También desarrolló sus teorías en torno a la ciencia, a la que dividió en tres tipos: teórica, práctica y productiva. Contribuyó además con textos sobre la moral y la virtud.

Fue en la *Ética nicomaquea*, una de sus obras sustanciales, donde versa sobre temas

que ya había tratado Platón en la *República*, con muchas de cuyas ideas coincidía. Trabajó sobre la articulación entre la virtud, la moral, el bien y la felicidad. Les propongo enlazar esto con las cuatro virtudes que postula Platón: sabiduría, valor, templanza y justicia. No olvidemos que la virtud representante de lo mejor del hombre es aquella que lo hace feliz. La *República* es generosa en estos conceptos, donde anota que la virtud es la salud del alma, aquella encargada de poner en marcha los ejercicios de la razón, como deliberar y el cuidado de la persona. También para Aristóteles, el hombre debe trabajar en sintonía con la virtud para llegar a ese bien sobre el que descansa la felicidad.

Jerarquiza a la felicidad como una primera posibilidad al hacerla provenir de los dones que los dioses pueden adjudicar a los hombres. Nos preguntamos si el ser humano desempeña un papel exclusivamente pasivo, o si son sus méritos, ligados a lo que en Aristóteles sería la virtud, lo que lo hace merecedor de ellos, siendo de este modo un protagonista también activo.

Esto último podríamos enlazarlo con esa otra variable que puede hacer al hombre feliz y es aquella que se construye a través de un esfuerzo de aprendizaje y trabajo.

Aquí la felicidad, si bien preserva un color divino, lo es más en términos metafóricos que concretos. En realidad, al bajar del Olimpo a la tierra, Aristóteles responsabiliza al hombre de las alternativas de su destino. Nos cambia el orden de los factores: no se trata de los dioses, seres supremos, que son dueños de la felicidad como atributo, sino que es esta última un bien supremo que convierte a los mortales, sin perder esta condición, en seres superiores.

Vale la pena relacionar esta visión del hombre con los cambios que tienen lugar en la tragedia clásica griega desde la versión “sacra” de Esquilo hasta aquella más humanizada de su último representante, Eurípides.

Dice Aristóteles en *Ética nicomaquea*: “De lo cual se suscita la cuestión de si la felicidad es cosa de aprendizaje o de costumbre, o resultado de algún otro ejercicio, o bien si nos viene por algún hado divino o por la fortuna. Y a la verdad, si hay algún regalo de los dioses a los hombres, con razón se tendrá a la felicidad como don divino, y tanto más cuanto que es el más excelente de los bienes humanos. Mas quizás este punto tenga su lugar más propio en otro género de investigaciones. Parece, con todo, que aun

admitiendo que no nos la envíen los dioses, sino que pueda adquirirse por la virtud, o por cierto estudio o ejercicio, la felicidad es una de las cosas más divinas, puesto que el premio y fin de la virtud es, con toda evidencia, algo supremo y divino y bienaventurado” (p. 12).

Él prosigue aludiendo a la dicha como uno de los componentes de la felicidad, pero acentúa aun más la importancia de la razón porque es ésta la que le otorga al hombre la capacidad de decidir el desarrollo de la virtud como fin u objetivo. Detrás de esta elección subyace, en el paisaje aristotélico, la noción de libertad.

Para cerrar este capítulo, y naturalmente desde una lectura propia, aun cuando muchos sostengan que Aristóteles conceptualiza a la felicidad de un modo ambiguo, confuso o incluso vacío, hay algunos puntos importantes y sustanciales. El primero es aquel que ubica al hombre como el hacedor del camino que puede conducirlo a la felicidad; esto la hace posible al conferirle un carácter terrenal que la expropia de las manos exclusivas de los dioses. Además, acorde con su revolucionario momento histórico, la virtud, la razón y el conocimiento adquieren un papel central.

Como siempre, en los textos del autor se presentan el debate y la complejidad. Así como también se hacen visibles rasgos de la concepción divina del mundo frente a la versión racional que propone el pensamiento griego. Pero lo que marcaría como un dato significativo, cuando tras muchas desmitificaciones Aristóteles propone a la felicidad como posible, es la potencia del hombre en su condición de mortal. No es ajena a las discusiones actuales la problemática en torno a la relación entre lo racional y lo emocional. Como veremos enseguida, habrá muchos defensores de una y otra posición, que sintonizarán con distintos momentos históricos y culturales.

A pesar de ubicar a Platón como un hombre fundamental y singular, tanto que llegó a proclamarlo como el más feliz de los mortales, tuvo también para con él una posición crítica y personal en muchas áreas. Algunos comentarios posteriores los han ubicado a ellos y a sus escuelas en polos opuestos. Uno el idealista: las ideas, la totalidad, aquello que —neoplatonismo mediante— influirá el pensamiento cristiano posterior. El otro, si bien en algunas partes de su obra más aferrado a lo humano, lo terrenal y lo finito.

Pero volviendo sobre nuestro tema, encontramos que Aristóteles jerarquiza la virtud para alcanzar lo que estaría ubicado en el punto máximo de lo humano: la felicidad. Es por eso que los textos de su *Ética* ofrecen, con énfasis, sustanciosas reflexiones que articulan, por un lado, la felicidad con la sabiduría, pero por otro camino transitan el buen sentido y la prudencia.

DE LA IRONÍA A LA PROVOCACIÓN

DIÓGENES Y LOS CÍNICOS

Los cínicos, con Antístenes y Diógenes de Sínope, su representante más conocido, constituyen una corriente audaz, contestataria, provocativa que apela al humor, la teatralización y la marginalidad para expresar su concepción de la vida y el hombre así como del sentido y lugar que le cabe a la filosofía. Tienen mucho que decir alrededor de nuestro tema y en varios aspectos conservan una actualidad y vigencia llamativas. Pretenden —y Diógenes es emblemático en este sentido— poner a la filosofía en un camino de búsqueda práctica para alcanzar la felicidad terrenal a través de la conquista de la propia libertad y autonomía. No estar supeditado a la voluntad de otros ni de ideas que pretendan imponerse para uniformizar y arrasar la propia subjetividad. ¡Bien actual, evidentemente!

Es interesante señalar, y Foucault lo hace en su excelente ensayo sobre la parresía en la antigua Grecia, que mucho de la prédica cínica en torno a la austeridad, la libertar y la renuncia tiene un punto de contacto con lo que serán luego las doctrinas cristianas.

Etimológicamente, el término “cínico” proviene de *cynos*, que en griego significa “perro”. Recordemos que a Aristóteles, personaje estelar entre ellos, lo llamaba simplemente “el perro”. Estos filósofos exaltaban a ese animal impertinente y desenfadado, al que nada lo detenía o amedrentaba.

Hércules era su dios preferido y elegido, y según la leyenda, en una oportunidad el poderoso olímpico se había visto burlado por un perro blanco, que con total naturalidad se tragó la comida que tenía él a su lado ya preparada para la ingesta. Este comportamiento transgresivo y de saprensivo convertía al can en un ejemplar admirable.

Las costumbres diarias que exhibían estos personajes en la plaza de la ciudad o donde se les ocurriera no seguían evidentemente las reglas de etiqueta convencionales. Comían en público a cualquier hora, con las manos, y sólo llevaban como utensilio un vaso para beber, aunque a veces, también de él prescindían. Las actitudes escandalosas formaban parte de su repertorio preferido. A través de ellas testimoniaban, frente a la gente reunida, cuanto más mejor, con total libertad. Esta última, junto con la autosuficiencia —nos vuelve a marcar Foucault—, constituían las condiciones ineludibles para alcanzar la felicidad. La propia vida la decide uno mismo más allá de cualquier mandato social.

Las necesidades o deseos sexuales eran satisfechas con la misma naturalidad, o como dirían sus detractores, con desvergüenza e impudicia. Poco les preocupaban a los cínicos estas acusaciones, los estimulaban y potenciaban. Podían practicar sexo si se daba la ocasión con una mujer, pero en caso contrario apelaban a la masturbación, que, sostenían, era un recurso rápido y útil. Sus viviendas eran modestas y austeras. El ejemplo extremo era Diógenes, que prefería un tonel de madera en la vía pública donde descansaba, observaba muchas veces burlescamente a los “bien educados” y se dedicaba a practicar lo que se le antojara. Una túnica constituía todo su guardarropa, y disfrutaba de su barba y otras pilosidades. No era lo que hoy denominaríamos un consumista voraz.

La consigna era clara: independencia, sabiduría, sencillez, preservación y satisfacción de las propias preferencias, y total despreocupación por la crítica de la sociedad conservadora o, como dirían ellos, sumisa y alienada.

Es muy interesante e ilustrativo el trabajo que Michael Onfray realiza sobre esta corriente. Él destaca en su libro *Cinismos* cómo la estrategia consistía en evitar tanto un sufrimiento inútil como una frustración innecesaria, que hoy diríamos masoquista. Por el contrario, desarrollaban la imaginación, el deseo y la palabra poética, que, sabemos, inventa y descentra. Desde esta perspectiva, plantean una nueva relación con el cuerpo al que entrenaban, cuidando de complacerlo en vez de postergarlo.

La búsqueda sin demora de la realización placentera recuerda alguna de nuestras claves actuales, así como también la pluralidad y la variedad. Ni qué decir de la prioridad asignada a la propia subjetividad, que proponía un sujeto potente, libre de culpas estériles, singular, leal y que desarrollara su condición lúdica y su derecho a gozar.

Recordemos la famosa anécdota de Alejandro Magno, dueño del mundo por aquel entonces, quien encuentra a Diógenes dentro de su tonel, en plena plaza pública, como era habitual. El encuentro tuvo lugar en Corinto y el diálogo pretende desentrañar falsas verdades y supuestos engañosos.

Cuenta Dión de Prusa en su cuarto discurso que cuando Alejandro, de un modo altivo, desde su lugar real, lo saludó, Diógenes, con una mirada a la manera de los leones, le solicitó que se corriera para no tapar el sol que lo calentaba. Dice Dión que Alejandro no sólo no se enojó, sino que le agradó el coraje y la valentía del filósofo “porque los hombres valientes sienten amor por los que tienen coraje, mientras que los cobardes desconfían de los valientes y los odian como enemigos, y además, tienen amor y acogen a los villanos. Por eso, para los valientes, la verdad y la franqueza (parresía) son las más agradables de todas las virtudes”. (En el libro *Discurso y verdad en la antigua Grecia*, Foucault elige este diálogo para su análisis.)

Su deseo y sus metas no pertenecen a nadie más que a él. Entendemos entonces por qué Platón definió como un Sócrates loco o furioso. En realidad los cínicos son radicalmente autónomos, autosuficientes, y proponen no tanto una teoría sino una forma de vivir y sentir que lleve a la felicidad.

Son muchas las formas en que supuestamente murió: unos aseguran que por una indigestión, otros por la mordedura de un perro y hay quienes dicen que conteniendo el aliento hasta perecer. Como vemos, nunca aceptó perder su originalidad.

LA RAZÓN APASIONADA



Me tienta asociar algunas de las afirmaciones de los cínicos, así como su conducta provocativa, burlona, disruptiva, con algunos movimientos que tuvieron lugar en Occidente mucho tiempo después. He seleccionado con este fin la Revolución Francesa y el 68. Comencemos por el primero.

La Bastilla era una fiesta

La búsqueda de la felicidad, como vimos e iremos viendo en estas páginas, se expresó de distintos modos a lo largo de la historia. Tuvo también personajes emblemáticos, períodos culturales, encrucijadas simbólicas y, como lo que vamos a desarrollar aquí, un gran acontecimiento histórico. Me estoy refiriendo a la Revolución Francesa, que tuvo lugar en el siglo XVIII, al que se denominó, por las profundas transformaciones que propuso, el siglo de la Ilustración.

Si bien son muchos los episodios históricos a los que se les asigna una mayor o menor trascendencia cuestionadora, es la Revolución Francesa la que se presenta indudablemente como el paradigma del cambio. Tal vez el otro momento histórico que conserva como el aquí tratado un lugar privilegiado, legendario y casi mítico respecto a la fundación del sujeto en el mundo, sea la tan transitada Grecia de Pericles. Naturalmente,

bajo este nombre incluimos la reformulación estructural de las nociones de hombre, conocimiento, sociedad y poder. Repito, no es sólo uno, sino el imaginario colectivo de diferentes segmentos culturales y sociales aquel que alberga esta idea respecto de esos tiempos históricos.

Tiempo de filósofos, pensadores en búsqueda de la verdad y desafiantes de los consensos preestablecidos. Protagonistas de una realidad que expira y otra que anhela emerger. Junto a ellos, y conformando una trama creativa vigorosa, respiran los poetas, los artistas, los arquitectos y los escultores. El Partenón, que exhibe los bajorrelieves de Fidias; Diógenes desafiando a los burgueses en la Polis; Sófocles haciendo vibrar la acústica del anfiteatro de Epidauros cuando Edipo grita, desesperado, su trágico descubrimiento.

Los hombres de la Ilustración, y para nosotros seguramente de un modo más nítido y actual, pretendieron y anunciaron un cambio de rumbo del mundo en que vivían. Al igual que en la Atenas socrática, la Francia de los enciclopedistas conjugó la razón con la utopía. Tal vez, aunque suene extraño, la lógica con la pasión. Sería imposible leer *El contrato social* de Rousseau o analizar la fuerza disruptiva que tuvo su *Emilio* sin tener en cuenta esto. Fueron efectivamente las ideas, las reflexiones y las palabras de personajes representativos de ese entonces que llegaban a los oídos de tantos parisinos incitándolos a un porvenir diferente. A un futuro mejor. A un mañana feliz.

Una monarquía decadente cuestionada, una corrupción y opresión incontrolable, un tiempo político que languidecía, desértico de propuestas, al que había finalmente que desterrar.

Cuando leemos los relatos históricos y literarios que aluden a esa época nos contagiamos de entusiasmo y de admiración. Era no sólo un cambio de propuestas económicas y políticas, sino que las relaciones entre los hombres, sus costumbres, su intimidad compartida, su derecho a disentir y su decisión de llevar a la práctica lo que teóricamente formulaban debían construir un nuevo mundo.

Salvando las distancias, a veces no tan largas, asociamos mucho de esto con algunos de los enunciados de Mayo del 68, donde muchos de los medios de difusión de aquel entonces aludían metafóricamente a una nueva toma de la Bastilla.

Voltaire, Condorcet, Diderot y aquellos otros enfrentaron lo dogmático, lo inmutable, lo divino, y todo aquello que a través de formulaciones mágicas amenazaba el derecho del sujeto a preguntar. A preguntar por qué y para qué. A pedir fundamentos, pruebas y verificaciones. Es ése el camino que a través del conocimiento vivo conducía a la autonomía individual y a la emancipación social. Tenía por supuesto como corolario inaugurar una felicidad que tienta a adjetivarse como inteligente, dinámica y novedosa.

Estas tres palabras (como sucedió después con los eslóganes y los graffitis del 68, por ejemplo) estaban presentes en las conversaciones mundanas, impresas en las páginas de los libros y pintadas en las paredes de la ciudad: libertad, igualdad y fraternidad.

Era un proyecto de transformación universal que tenía al hombre como su arquitecto y protagonista principal. La meta que aparecía en el horizonte entronizaba a éste como el depositario de este esfuerzo y trabajo. No debía renunciar a la imaginación, pero menos aun postergar su racionalidad. Sumando a estas dos la voluntad, se destronaría a aquellas instituciones y formas de poder que alienaban y homogeneizaban de un modo idiotizante. Cada sujeto adquiriría su propia identidad, y sólo desde esta singularidad es pensable, volviendo a nuestro tema, la felicidad.

Es obvio que la religión y la Iglesia, en sus manifestaciones más conservadoras (los revolucionarios del siglo XVIII se preguntarían si existía otra), eran enemigos principales. Las doctrinas religiosas marginaban al sujeto, lo convertían en un objeto pasivo destinado a obedecer mandatos sagrados. El pensamiento mágico anestésico intoxicaba la capacidad de crear y amar libremente. O dicho de otro modo, de aquel deseo que en su pujanza nos define como humanos.

Pero como ha pasado con tantos movimientos a lo largo del tiempo, toda esta trama tuvo sus grietas, sus desbordes, sus identificaciones con lo que pretendían disolver. Esto sucedió también allí. Las variables se convirtieron en totalidades extremas, que cuando ocuparon todo el paisaje, encerraron e involucionaron. Lo absoluto tomó el timón y aparecieron las sombras del fanatismo. El combate fue incierto y la ventralidad dionisiaca de la risa se convirtió en un grito violento.

Me parece útil compartir algunos datos biográficos de ciertos intelectuales centrales de ese momento, cuyas ideas, asociadas siempre a la praxis y a la acción, generaron y fomentaron el cambio de mentalidad del que todavía somos herederos. ¿O será que, ya bautizados “posmodernos”, hemos renegado de ellas? Más adelante debatiremos este interrogante. Comenzaré con Voltaire.

Fue un autor que transitó, de un modo incisivo y atractivo, disciplinas que iban desde la filosofía hasta la política, pasando por la historia y la comedia. Era agudo, mordaz, con la curiosidad típica del innovador. Como todo aquel que enseña, también quería aprender. Y como todo aquel que defiende ideales con convicción, tuvo que enfrentarse a adversarios y enemigos.

Desgranó sus críticas e ironías a aquellas formulaciones que, detrás de su apariencia seria y verdadera, escondían la ignorancia y la superstición, que como decía él en muchas de sus páginas, llevan al sometimiento y la dependencia.

Pero Voltaire aceptaba y valoraba al hombre como era, con sus imperfecciones y límites humanos. Insistía para que a través de la razón, llave clave a lo largo de todo su pensamiento, aspirara a ser autor de su historia. Piensen ustedes en los puntos comunes que aparecen en desarrollos filosóficos y psicoanalíticos posteriores.

Pero la aceptación de la complejidad del sujeto no lo llevó a olvidar el lugar que reclamaba para la ética y la virtud. Y retomando una noción de los filósofos clásicos, pedía una armónica dosis de estos ingredientes. Porque era ésa, decía, la condición de la felicidad, a la que asignó durante toda su obra una posición de importancia. Es más, en uno de sus libros, *El siglo de Luis XIV*, propone cuatro edades felices en nuestra historia. Dice textualmente: “Esas cuatro edades felices son aquellas en que las artes fueron perfeccionadas, y que, al marcar épocas de la grandeza del espíritu humano, son el ejemplo de la posteridad [...] El primero de esos siglos a los que la verdadera gloria está ligada es el de Filipo y Alejandro, o el de Pericles, los Demóstenes, los Aristóteles, los Platón, los Apeles, los Fidias, los Praxiteles; y este honor estuvo contenido en los límites de Grecia, el resto de la tierra entonces conocida era bárbara [...] La segunda edad es la de César y de Augusto, designada también con los nombre de Lucrecio, Cicerón, Tito Livio, Virigilio, Horacio, Ovidio, Varrón y Vitruvio [...] La tercera es la que siguió a la toma de Constantinopla por Mahomet II [...] Los Médicis llamaron a Florencia a los sabios que los turcos echaban de Grecia; era el tiempo de la gloria de Italia. Las bellas artes habían ya retomado nueva vida; los italianos las honraron dándoles el nombre de virtud, como los primeros griegos las habían caracterizado con el de sabiduría. Todo tendía a la perfección”. Marcelo N. Abadi, *Voltaire, su pensamiento histórico*, pp. 34-35.

Leer a Voltaire provoca un optimismo lúcido; mejor aun, lo exige. Si bien el final de su vida estuvo teñido de cierto escepticismo, su obra como globalidad transmite una profunda confianza en el hombre, pero advirtiendo que los cambios no llegarán por generación espontánea, sino que necesitará de su compromiso y su coraje.

Algunos de sus otros libros, como *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*, *Cándido*, *Diccionario filosófico*, lo muestran como un nítido representante de la Ilustración o el Siglo de las Luces.



El otro pensador y personaje de ese movimiento es Jean-Jacques Rousseau. Hombre complejo, polémico y que ha despertado los sentimientos más encontrados entre aquellos que lo rodeaban. Sus textos transitan temas distintos, siendo la filosofía sólo uno de ellos y no el principal.

Su vida privada es motivo de muchas críticas, y escribe en *Las confesiones* que en su mundo intelectual y afectivo no parecen pertenecer a la misma persona. Hace alusión también a momentos místicos que recuerdan verdaderas conversiones. En realidad Rousseau fue protagonista de muchos de sus escritos, así como sus ideas y su estilo fueron muy diferentes de los de sus contemporáneos, sean éstos por ejemplo Voltaire o Diderot.

Una de las ideas que más se repite en la obra de Rousseau es aquella que aparece en su libro *Emilio*, donde afirma que el niño nace bueno y en su devenir hombre se corrompe, o sea es nuestra sociedad la que lo corrompe. El salvaje, por el contrario, es naturalmente bueno.

De su vida amorosa y de su condición de padre se ha dicho mucho, y no justamente de lo mejor, pero no es aquí donde vamos a desarrollar ese tema. Otro de sus libros más influyentes ha sido *El contrato social*, muchas veces citado en trabajos posteriores.

El 2 de julio de 1778 muere Rousseau, paradójicamente muy poco tiempo después que su amigo, adversario y crítico François-Marie Arouet le Jeune Voltaire.

La felicidad del 68

Pasemos ahora a 1968, año sin duda clave, emblemático y transformador. Recién hoy, cuarenta años después, nos damos cuenta no sólo de la audacia y la profundidad de sus propuestas, sino también del efecto que ha tenido posteriormente en nuestra sociedad.

El primer aspecto del 68 al que quiero hacer referencia es el Mayo Francés, que se ha convertido en sinónimo de rebeldía frente a la sociedad burguesa y de anhelo de cambio y de transformación psicosocial respecto del orden conformista y opulento. Comienza por un conflicto en la Universidad de Nanterre. Pero no se detiene allí; nutrido de una fuerza hasta entonces impensada y empujado básicamente por la juventud, se extiende luego a todo París. Un estudiante singular y carismático llamado Daniel Cohn-Bendit se convierte en su líder.

Por un mes y medio la capital francesa no deja de sorprender al mundo entero. ¿Estamos frente a una revolución con un nuevo argumento que pone el acento en la formulación de nuevos lazos sociales y nuevas relaciones generacionales? Se proclama la creación de una nueva intimidad que también albergue la libertad sexual, los derechos de la mujer, la imaginación de una juventud que se siente expropiada de aquellas palabras que podrían ser propias.

Personajes singulares, jóvenes iracundos y pensantes, afiches cargados de humor e insolencia y una condensación de enojo y alegría que dibujaban un perfil, para muchos, inquietante. “La imaginación al poder”, leíamos en las paredes pintadas. “Hagamos el amor y no la guerra”, exclamaba algún afiche. “Soplando en el viento”, cantaba Bob Dylan. Dice Octavio Paz en su libro *Tiempo nublado*: “El movimiento de los jóvenes admirable por más de un concepto osciló entre la religión y la revolución, el erotismo y la utopía. De pronto, con la misma rapidez con que había aparecido se disipó. La rebelión juvenil surgió cuando nadie la esperaba y desapareció de la misma manera”.

Trataré más adelante de compartir algunas reflexiones acerca de esta incógnita. Como soporte teórico a este movimiento, que podía ser confundido como un desborde o revuelta juvenil, aparece la palabra y la figura de un prestigioso filósofo, Herbert Marcuse, que salta de la serenidad académica a una popularidad avasallante. Es autor, entre otros libros, de *El fin de la utopía*, *La sociedad carnívora*, *Eros y civilización* y *El hombre unidimensional*.

La aspiración era un hombre y una sociedad que, como decía Marcuse en *El fin de la utopía*, pudiera encontrar “el reino de la libertad en el reino de la necesidad”. Es en ese mismo texto donde propone una transformación posible y afirma “todas las fuerzas materiales e intelectuales necesarias para la realización de una sociedad libre están presentes”.

Pero ¿quién era este pensador de cuyas ideas se habían alimentado los estudiantes parisinos y alemanes, con Daniel Cohn-Bendit (*Dany el Rojo*) a la cabeza? Digamos algunas palabras acerca de su biografía.

Nació en Berlín en 1898. Estudió en esta ciudad y también en Friburgo, donde se doctoró en 1923. Frecuentó como profesor diversas universidades. Quedó asociado al concepto de nueva izquierda, donde intentaba superar algunas propuestas de la izquierda clásica que consideraba anacrónicas, e incluyó lo subjetivo y lo psicológico dentro del marco de lo macrosocial destacando un nuevo ángulo.

En algunas de sus charlas, así como en sus páginas, intentó articular a Sigmund Freud con Karl Marx cuidándose siempre de no hacerlo de un modo simplista ni esquemático. Se destacan en su obra ideas fuertes, como aquella de romper con lo establecido, no quedar engolosinado con lo aparentemente positivo desconociendo su carácter opresivo y alienante y apostando nítidamente a la diferencia.

Tuvieron gran repercusión las conferencias que dictó en la Universidad Libre de Berlín en 1967, frente a estudiantes y profesores. La meta de la felicidad no sólo como derecho, sino también como una necesidad indispensable late en sus propuestas culturales y sociopolíticas.

Fue una época en donde la sociedad se expandía, convertía al consumo en una gimnasia cada vez más intensa y, como diría el profesor Marcuse más tarde: la opulencia ocultaba la pasividad y la alienación. Es a ese modelo que responde y cuestiona con nuevas modalidades la revuelta del 68. Se pretende la utopía, aquella que sueña con una revolución cultural y moral que en manos de la generación joven disuelva los poderes congelados y funde un nuevo sistema. Desafió de muchas formas diferentes el estilo de vida imperante en ese entonces, buscando que las costumbres que regían las relaciones sociales desaparecieran. Lo que llevaba algunas veces a conductas y expresiones que respiraban un impulso destructivo o violento, que paradójicamente era lo que querían

desterrar de esta sociedad a la que definían como manipuladora y opresora. Sólo una nueva tabla de valores fundada sobre otras premisas y condiciones permitiría la emergencia de un mundo feliz. Una felicidad que desoyera las tentaciones ilusorias de un proyecto materialista y consumista.

Aunque hoy algunas de las formulaciones no resisten ciertos análisis críticos o hayan sido superadas o definidas como contradictorias, y por algunos hasta como infantiles, no puedo pasar por alto lo revolucionaria y contagiosa que era la aspiración de un sujeto libre, sexuado, con permiso para disfrutar y gozar, dueño de una imaginación enriquecedora, que tuviera como una de sus metas no negociables ser feliz.

Por eso es inaprehensible para las formulaciones teóricas previas la irrupción de este movimiento. Por eso, en su forma manifiesta fue disuelto. Y también por eso, en su verdad latente impregnó y cambió gran parte de nuestro comportamiento, aunque a veces no se lo vincule explícitamente a la relación del ciudadano con sus instituciones. Vaya propuesta política y económico social: alcanzar la felicidad.

Pienso que aquello que llevó a que muchas de estas concepciones fueran superadas, más allá de la vigencia que tienen en la sociedad de hoy, es que uno de los caminos que tomó en ciertas partes del mundo allá por los años setenta fue el de la lucha sangrienta y sacrificial. Se hace necesario recuperar muchos de los aciertos de ese entonces para que, despojados de la desesperación mortífera que lo fagocitó y distorsionó, puedan recibir una lectura crítica genuina que les otorgue el lugar adecuado.



Un diálogo personal con Daniel Cohn-Bendit, líder estudiantil de Mayo del 68

Un encuentro particularmente significativo para mí fue el que tuve en Frankfurt en 1993 con Daniel Cohn-Bendit, personaje fundamental de aquel Mayo del 68 Francés. La entrevista que me concedió y que grabé en parte para la televisión de mi país, duró alrededor de hora y media y se desarrolló en la sede del partido Verde (ecológico)

alemán.

Siempre había sentido curiosidad por la evolución del pensamiento de aquel hombre joven, pelirrojo, audaz e inteligente, que había conmovido a jóvenes de mi generación (en realidad, a Occidente entero) con ese movimiento que no terminó siendo en ese momento políticamente la revolución pretendida, pero que, como vimos años más tarde, revolucionó costumbres, modalidades institucionales y los privilegios del poder. Fue una revuelta anárquica y exuberante, por momentos confusa y destructiva, pero también imaginativa y creativa. Por otro lado, subrayemos que no se registró en los enfrentamientos de ese mes ningún muerto. Detrás de la protesta, del hartazgo, de la pretensión de un cambio que no reconociera herencias positivas (algunas veces equivocadas, otras utópicas e infantiles), se aspiraba a la construcción de un mundo que alojara a un hombre que pudiera alcanzar la felicidad.

Fueron varios los temas que tratamos, y él era un hombre informado, culto e inteligente. No estaba interesado en hablar de aquel Mayo del 68 al que yo pretendía llevarlo. Eso fue antes; éste era otro mundo, otro tiempo y la mirada estaba dirigida al presente y al porvenir. Ya no defendía la destrucción total de lo anterior. La historia recibida tenía muchas cosas para aprender y actualizar. Los cambios deben hacerse dentro de la libertad de los sistemas democráticos; si queremos, ubicándonos en los márgenes para empujar y modificar, pero no en los extremos excluyentes. La reforma constante es innovación, creación, diferencia.

Pero hubo una pregunta ligada a esa juventud de Mayo del 68 en comparación con la juventud actual que bordea el tema de nuestro trabajo. ¿Cuál es la diferencia entre aquella juventud y la de hoy? Respondió algo realmente significativo; ambas generaciones quieren un mundo dotado de los ideales valorados, pero los de aquel entonces no sólo querían habitarlo sino también ser los arquitectos de él. Diferencia cualitativa fundamental. Un hombre feliz diseña y construye su espacio. Un hombre feliz autónomo y libre integra ese espacio dentro del mapa que comparte con sus semejantes haciendo oír su voz, pero escuchando aquella de los otros.

La felicidad no sólo es defender lo hecho por uno, sino metabolizarlo, aprender, corregir y reformular.



Veamos otro aspecto del 68, que tiene su centro en los Estados Unidos, y alguno de sus focos principales en los campus universitarios de ese país. Es allí donde la juventud quiere guardar la bandera que flamea en los campos de batalla para enarbolar aquella de la paz, la libertad individual, la sexualidad y la ternura. Éstos eran sus términos, y éste su lenguaje. Toman allí relieve movimientos pacifistas que conjugan corrientes muy diversas, pero que hastiados ya de Vietnam, la amenaza nuclear, los arsenales interminables, aspiran a una melodía que reúna, integre y pueda sentirse feliz.

Indudablemente, la corriente del movimiento *hippy*, así como el paradigmático encuentro en *Woodstock*, se articularon con esto. La rudeza, la ambición, la producción permanente y los triunfos militares que formaban parte de los atributos de una cierta identidad norteamericana no alcanzaban a incluir a una nueva generación que había sido espectadora del asesinato de un presidente que los representaba (John Kennedy) y de un líder como Martin Luther King, quien ofreció su vida para hacer realidad su sueño de fraternidad. Un movimiento cultural contestatario, en el que participaba gente de distintas áreas, gritó su hartazgo y se corrió de las filas consensuadas. Tenían que crear algo distinto, generoso, sensible. Ser felices con el otro a quien se reconocería y aceptaría como fuera. La transformación que tuvo lugar repercutió a su vez en muchísimos otros países. Felicidad y humanización debían ir de la mano.

Otro acontecimiento sustancialmente significativo para analizar de este paradigmático 1968 que estamos tratando es lo que se conoció y perdura en la historia como la Primavera de Praga. Fue un período breve, intenso, en el que brotaron muchos de los componentes que a lo largo de estas páginas hemos definido como ingredientes de la felicidad buscada. Efectivamente duró desde enero hasta agosto de 1968, y aunque reconoce un período de gestación previa mucho menos visible, allí se conjugaron el anhelo de libertad, la conciencia de su imprescindibilidad para alcanzar una existencia humana, el entusiasmo creativo, el derecho a pensar y a opinar y la posibilidad de conformar grupos sostenidos por la confianza, el debate y la alternativa. En último término, tomando parcialmente las palabras de Dubcek, conformar una sociedad con rostro humano. La opresión que padecían los ciudadanos bajo un gobierno totalitario convertía la vida en un tránsito gris, monótono, dependiente y sometido, que la expropiaba de los ingredientes básicos para un proyecto personal y social feliz.

Como vemos, cuando en el desarrollo de la historia se quiso pintar el paisaje de la felicidad, en la paleta siempre estuvieron presentes palabras y conceptos semejantes. Pero quiero subrayar que lo feliz es siempre, como vemos, el rescate y la potenciación de lo auténtico.

Más allá del análisis que la compleja situación política merece, lo que aquí quiero destacar es la alegría y la fuerza contagiosa que provocaba el despertar de la imaginación tanto tiempo ahogada, el permiso a opinar y a disentir, la dicha de haber desterrado la mirada amenazante de un poder anclado sobre el miedo y la alienación. Grupo, conjunto, oferta, identidad. Nada que ver con la mansedumbre comatosa de la masa.

Con una efervescencia que despertaba simpatía y adhesiones en todo el mundo democrático, se empezaron a escuchar las voces de estudiantes, obreros, intelectuales y artistas, proponiendo y exigiendo reformas estructurales que garantizaran el nuevo tiempo sociopolítico y cultural. En ese sentido, vale la pena recordar el manifiesto de las dos mil palabras del escritor L. Vaculik, así como también algunas declaraciones del dramaturgo y posterior dirigente político B. Havel, cuando en una entrevista en un diario francés sostuvo que aspiraba a una democracia auténtica y a enfrentar un partido que levantara una barrera entre el hombre y la realidad.

Detrás de éstas y muchas afirmaciones que tenían lugar en ese tiempo lo que se percibía era la necesidad del sujeto de ser él mismo, de aceptarse en su complejidad y alteridad, de desear y buscar, integrándose y no homogeneizándose en un proyecto personal que lo tuviera como arquitecto y protagonista. La felicidad, como vemos, es una manera de vivir aliada al interés y al amor por el otro y por uno mismo.

Las fuerzas militares del Pacto de Varsovia invadieron el país y amordazaron los espíritus libertarios presentes en la Primavera de Praga. Lo que no pudieron enterrar fueron los valores en juego, que luego de varios años de silencio volvieron a aparecer, esta vez para quedarse.

PENSAR DESPUÉS DEL MURO

LOS POSMODERNOS

Con este nombre intentamos abarcar un período socio- histórico que tendría comienzo con la caída del Muro de Berlín en 1989, y que reconoce una serie de coordenadas culturales y por lo tanto de comportamientos nuevos y diferentes. Hay quienes se resisten a aceptar a la posmodernidad como una corriente definida y específica, señalando que se trata más bien de propuestas desparejas e inconsistentes que pretenden declarar a la modernidad como una cosmovisión superada. Es más, sus detractores les desconocen una legítima originalidad y les pronostican una permanencia breve en el escenario de las ideas. Como veremos, será un tema a debatir.

En *La era del vacío*, Gilles Lipovetsky señala que una de las características fundamentales es la importancia y la jerarquización de lo que conocemos como individualismo. El sujeto es la pieza central en el tablero que el filósofo francés nos propone. Le da a la subjetividad una densidad que había perdido en aquellas teorizaciones o dogmas que la ubicaban en un lugar secundario frente a los intereses grupales o macrosociales.

Hoy no son los preceptos religiosos, sostenidos por una fe que no requiere explicaciones y que sólo exige cumplimiento obediente so pena de castigo lo que gobierna al ser humano. La ecuación pecado-culpa-castigo deja de ser aquella que reglamenta la

conducta de los hombres a través del pensamiento mágico.

Se ha terminado, a su vez, la supeditación a las grandes teorías racionales que en la modernidad definieron el sentido y fin de la historia y el lugar que debía ocupar el ser humano. Las ideologías político-sociales que otorgaban pertenencia y protegían de la exclusión han perdido esa fuerza que las hacían motor de tantas acciones colectivas. La masa, producto de una homogeneización anonimizante, no constituye la trama donde la verdad pueda ser buscada.

Aparece, en cambio y hay que diferenciarlo del tan vapuleado narcisismo, lo que denomina individualismo responsable, porque no se desentiende de la ética sino que, nos dice, la refunda según nuevos parámetros. El acento se deposita en la posibilidad de un individuo libre de plasmar su propia realización, ajeno a presiones arcaicas y culpas neuróticas propias de sociedades donde el control ahoga la fantasía creativa, el placer y la felicidad como una meta posible y, sobre todo, alcanzable.

Recuerdo, en las intensas conversaciones que mantuvimos con Lipovetsky, su voluntad de no quedar atrapado en una versión pesimista y desesperanzada de la actualidad. Más allá de las fallas o defectos que toda estructura creada y habitada por el hombre inevitablemente tiene, vivimos en un mundo con mayores posibilidades, más recursos y mejores resultados. Sabía también que muchos le criticaban esa posición, a la que categorizaban como un optimismo ingenuo.

La sociedad posmoderna, señalan algunos de sus representantes, ha reducido las formas de relación autoritaria y prepotente dando espacio a variables personales que juegan con lo transitorio, informal, plural y donde el derecho a disfrutar no debe ser escondido. Esto influye en los vínculos laborales, en las relaciones de pareja, en los encuentros eróticos y en un punto importante, que es la dedicación a uno mismo.

Lo rígido, monocromático y uniforme deja lugar a lo diferente y particular. De lo que se trata es de construir un proyecto integrativo que, dentro del conjunto, no desconozca estas variables. Insiste el autor en que el hedonismo no es

necesariamente pecaminoso, y que las estrategias de seducción no son frivolidades despreciables y peligrosas.

Es un tiempo donde lo psicológico y lo espiritual están en primera línea, todas las manifestaciones artísticas respiran una búsqueda de novedad constante y se mueven a nuevas velocidades. Los discursos políticos necesitan de un nuevo lenguaje si pretenden ser escuchados, y tener claras las nuevas construcciones y estilos que el mundo mediático y su espectacularización imponen.

Quiero ahora señalarles detrás de esta visión positiva los aspectos sintomáticos que estos nuevos diseños generan. Hay que estar atento a no caer detrás de ese supuesto individualismo responsable, a no quedar encerrado en un aislamiento narcisista que empobrece y debilita. Que el vértigo y el cambio permanente no nos impidan reconocer a nuestro semejante y transitar nuestra interioridad, porque cuando esto sucede, y lo vemos muy a menudo, todo queda en la superficie y la apariencia. Que la permanencia, en un mismo trabajo sea cada vez más breve afecta muchas veces la lealtad y la pertenencia dando como resultado angustia, depresión, somatizaciones e inseguridad; muchas veces la respuesta a esta última es la violencia. Y si bien el espectáculo cautiva y difunde, también puede confundir y alejar. La ficción y la realidad a veces pierden la nitidez de sus bordes, y la consecuencia es el desconcierto y la desorientación.

Otro personaje del pensamiento posmoderno es el filósofo italiano Gianni Vattimo. Una de sus expresiones más famosas es aquella del pensamiento débil (*pensiero debole*). Nuestra sociedad, nos dice, ya no sostiene una historia unitaria. La totalidad se ha convertido en un mosaico donde no todas las aristas de las piezas coinciden. Lo múltiple y fragmentario sustituyen a lo único y absoluto. Esto lo lleva a cuestionar, como a muchos otros pensadores actuales, la noción/idea de un fin último preestablecido y la noción de progreso como intrínsecamente ligado al devenir del destino del hombre. No olvidemos que la versión clásica del concepto de historia ha sido desautorizada por la posmodernidad.

Toma un lugar relevante dentro de los desarrollos de Vattimo el papel que cumplen los medios de comunicación (gráfico, radial o televisivo). Son ellos, en su expansión y diversidad, los que deshacen la solidez de los poderes previos. La comunicación mediática propia de lo que él llama la sociedad transparente (otra de sus expresiones más

conocidas) termina con los relatos monolíticos e incuestionables. La representación, la palabra, la idea, se mueven en otros circuitos. Lo real, lo verdadero y lo concreto se confunden con lo ficcional y lo virtual. Los dialectos, dice Vattimo, redefinen estilos y estéticas, y la pluralidad desautoriza versiones únicas apoyando en cambio el juego de las interpretaciones. El sujeto que propone en el pensamiento débil, un sujeto con escasa densidad, *light*, pasajero, efímero.

Recuerdo, en una entrevista que le hice hace algunos años, lo atractivo de sus formulaciones y la habilidad con que enlazaba conceptos diversos como “disolución de la historia”, “sociedad de la comunicación”, “multiplicidad democrática”, “efecto de transparencia producido por los *mass media*”, etcétera.

Pasemos por último a Jean Baudrillard, otra figura “popular” de este movimiento y dueño de un discurso y un estilo por lo menos sugestivo. Son varias las ideas que se leen en sus libros. Pero una de las que más resonancia ha tenido es aquella de que vivimos en un mundo virtual. La realidad no existe, o como dice a veces, lo real ha muerto. De algún modo emparentado con la sociedad como espectáculo, él nos habla de la sociedad del simulacro. ¿Cómo alcanzar en este tiempo la identidad? ¿Dentro de qué espacio se aloja lo verdadero en un mundo que ha desterrado el acontecimiento? ¿Dónde queda la historia? ¿Qué estabilidad tenemos cuando la historia se desvanece y los referentes se esfuman?

Baudrillard con sus formulaciones provocativas nos deja a veces en una zona de perplejidad donde cuestiona, es cierto, nuestros modos de pensamiento, pero pienso que tal vez nos desafía a nuevos lugares desde donde tejer un sentido significativo y potente.

¿PODRÍA SÉNECA HABER VIVIDO EN NUESTRA ÉPOCA?

Se trata de un filósofo mucho más interesante y curiosamente actual de lo que se suele recordar. Nació en España cuando ésta se encontraba bajo el dominio del Imperio Romano alrededor del año 5 a. C. en una familia acomodada. Sus estudios transitaron la declamación, la retórica y la filosofía.

Tiene no sólo una labor intelectual significativa, donde tal vez su texto más interesante sea *Cartas a Lucilio*, sino que también es un protagonista activo en la vida política de la Roma de aquel entonces, donde se radicó por consejo de su madre.

Fue lo que hoy llamaríamos un asesor o consejero privilegiado de los hombres de poder de turno, o de aquellos que pudieran contratar sus servicios (¿les recuerda algo?), siendo Nerón, desde el inicio de su gobierno a los dieciocho años, un discípulo suyo.

Hay que aclarar que no fue este díscolo emperador el primero de sus alumnos célebres. Había estado, luego de la muerte de Calígula, a quien conoció, al lado del nuevo emperador Claudio, quien en un momento acusa a Séneca de adulterio y lo obliga a dejar Roma. Fue recién después de varios años que la maquiavélica Agripina, madre de Nerón y esposa de Claudio, logra que este último perdone a Séneca y que, de regreso en Roma, se ocupe de la tutoría de su hijo.

Los años de gobierno de Nerón fueron despóticos, promiscuos y sanguinarios. Traiciones, incestos y matricidio estaban a la orden del día. Los delirios paranoicos del imprevisible tirano se cobraban la libertad y la vida misma de muchos. Nerón no reconocía la ley: la hacía y deshacía a su antojo y para su propio beneficio.

Una pregunta que surge habitualmente es cómo hacía un pensador culto, sereno y que prodigaba la tolerancia y el amor por la vida para convivir con un monstruo semejante. Sus enemigos lo tildaban de mentiroso, mercenario y acomodaticio. La defensa que él hacía de su posición y el supuesto duro trabajo que realizaba para que el desborde no fuera aun mayor no convencieron a muchos.

Lo que fue una posición favorable a sus intereses materiales (evidentemente se enriqueció mucho durante este período) fue también la causa de su desgracia. Nerón decidió un día declararlo traidor y exigirle su suicidio. Séneca, consciente de que se trataba de una orden, no de una sugerencia, obedece resignadamente. Su despedida de la vida, acompañado de su mujer, que desesperadamente proclama su voluntad de seguirlo, pero no lo logra, es un ejemplo de lo que proponían sus enseñanzas.

Toda su obra, y eso lo acerca a la temática que aquí tratamos, respira un interés por lo subjetivo, la serenidad, la paz interior y una sabiduría que asista para una vida mejor. Intenta que en la práctica cotidiana se hagan presentes los valores y las virtudes. No rechaza el bienestar material, pero tampoco lo ubica en el lugar codiciado. De todos modos, y esto suscitaba muchas críticas y sospechas, Séneca acumuló una importante fortuna, que le permitía una vida social profusa y gozar de un bienestar que a veces rozaba el lujo. Si bien él relativizaba estos comentarios, se encargó de legitimar el derecho a un buen pasar.

Proponía la prudencia y la mesura. Como lo demuestra al final de su vida atrapado por el poder delirante del emperador de turno, conserva su temple y se distancia del pánico y del escándalo.

Dice Séneca en *Sobre la felicidad*: “El hombre feliz es aquel para quien nada es bueno ni malo, [...] que practica el bien, que se contenta con la virtud, que no se deja elevar ni abatir por la fortuna...” (p. 49). “La vida feliz tiene, por tanto, su fundamento inmutable en un juicio recto y seguro. Pues el alma es pura y libre de todo mal cuando ha evitado no sólo los desgarrones, sino también los arañazos, dispuesta a mantenerse siempre donde se ha detenido y a defender su posición contra los furros y los embates de la fortuna... Pues por lo que se refiere al placer, aun cuando se difunda por todas

partes en torno nuestro y se insinúe por todas las vías, y halague el ánimo con sus caricias y acumule unas tras otras para seducirnos total o parcialmente, ¿qué mortal a quien quede algún vestigio de ser hombre querría sentir su cosquilleo día y noche y abandonar el alma para consagrarse al cuerpo?” (p. 52).

Séneca propuso una filosofía aplicable al hombre común para que pudiera serle útil y lo ayudara a vivir mejor. Para acercarlo a la felicidad. Tenta asociarlo a las famosas técnicas filosóficas que tienen gran difusión hoy en día y se proponen como un instrumento terapéutico.

Renunciaba a una erudición que lo limitara a una pequeña elite, para convertir sus enseñanzas en algo accesible, pero también atractivo y fructífero. Desarrolló una serie de técnicas para instrumentar con sus alumnos o clientes, que debían ser puestas en práctica de un modo pautado.

Había preguntas que develar, conductas que evaluar, y se pretendía ofrecer resultados concretos y medibles. Conocimiento, experiencia, aprendizaje. Vivir mejor, estar mejor, ser mejor. Parecen definir la felicidad posible, según el estoico.

Séneca fue un hombre fino y culto, que disfrutó del ocio, pero que también se ocupó y preocupó del dolor del prójimo. Su ejercicio dialogal, más allá de las diferencias, reconoce una cierta influencia socrática. Entereza —y se pone como ejemplo— para aceptar lo inevitable. Como la muerte. La misma que tardó en vencerlo cuando éste resistió a sus venas sangrantes y a la cicuta.

Muchos de los ejercicios que Séneca enseñaba aparecen escritos en su libro *Sobre la ira* o en *La tranquilidad de las almas*. Allí se busca purificar el alma (relacionar con cristianismo), pero no con un fin reprobatorio, sino para aprender a vivir mejor en el mañana. En el segundo libro mencionado vuelven a manifestarse las que hoy llamaríamos técnicas clínicas para ayudar a su protagonista Sereno a orientar mejor su existencia. Algunos aseguran que son las *Cartas a Lucilio*, su discípulo, aquellas que transmiten de un modo más rico su pensamiento.

MISCELÁNEAS FELICES

“Asegurar la felicidad propia es un deber —al menos indirecto—, pues el que no está contento con su estado, el que se ve apremiado por muchos cuidados, sin tener satisfechas sus necesidades, pudiera fácilmente ser víctima de la tentación de infringir sus deberes. Pero, aun sin referirnos aquí al deber, ya tienen los hombres todos por sí mismos una poderosísima e íntima inclinación hacia la felicidad, porque justamente en esta idea se reúnen en suma total todas las inclinaciones. Pero el precepto de la felicidad está las más veces constituido de tal suerte que perjudica grandemente a algunas inclinaciones, y, sin embargo, el hombre no puede hacerse un concepto seguro y determinado de esa suma de la satisfacción de todas ellas, bajo el nombre de felicidad; por lo cual no es de admirar que una inclinación única, bien determinada en cuanto a lo que ordena y al tiempo en que cabe satisfacerse, pueda vencer una idea tan vacilante, y algunos hombres —por ejemplo, uno que sufra de la gota— puedan preferir saborear lo que les agrada y sufrir lo que sea preciso, porque, según su apreciación, no van a perder el goce del momento presente por atenerse a las esperanzas, acaso infundadas, de una felicidad que debe hallarse en la salud. Pero aun en este caso, aunque la universal tendencia a la felicidad no determine su voluntad, aunque la salud no entre para él tan necesariamente en los términos de su apreciación, queda, sin embargo, aquí, como en todos los demás casos, una ley a saber: la de procurar cada cual su propia felicidad, no por inclinación, sino por deber, y sólo entonces tiene su conducta un verdadero valor moral.” Immanuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, pp. 36 y ss.

“La fe en algo es un motivo de felicidad para gran número de gentes. No pienso tan sólo en los

revolucionarios, socialistas y nacionalistas de las naciones oprimidas, sino en convicciones más insignificantes. [...] La felicidad fundamental depende, sobre todo, de lo que pudiéramos llamar un interés amistoso por las personas y las cosas. [...] El interés amistoso por las personas es una variante del cariño, pero no del cariño que quiere poseer y busca siempre una correspondencia categórica. Este último es, con frecuencia, un motivo de desgracia. Lo que contribuye a la felicidad es observar a la gente y encontrar placer en sus rasgos individuales, procurar ayudar en sus intereses a las personas con quienes nos ponemos en contacto, sin el deseo de influir en ellas ni de asegurarnos su entusiasta admiración. La persona cuya actitud hacia los demás sea genuinamente de este tipo será una fuente de felicidad y un recipiente de recíproca simpatía. Sus relaciones con los demás, serias o ligeras, satisfarán sus conveniencias y sus afectos, no le amargará la ingratitud, porque apenas sufre de ella, y no se entera cuando existe. [...] La gente desea que la quieran, no que la soporten con resignación paciente. El querer a muchas personas espontáneamente y sin esfuerzo es, tal vez, la mayor fuente de felicidad personal.” Bertrand Russell, *La conquista de la felicidad*, p. 92.

“El verdadero regalar tenía su nota feliz en la imaginación de la felicidad del obsequiado. Significaba elegir, emplear tiempo, salirse de las propias preferencias, pensar al otro como sujeto: todo lo contrario del olvido. Apenas es ya alguien capaz de eso. En el caso más favorable se regalan lo que desearían para sí mismos, aunque con algunos detalles de menor calidad. La decadencia del regalar se refleja en el triste invento de los artículos de regalo, ya creados contando con que no se sabe qué regalar, porque en el fondo no se quiere. Tales mercancías son carentes de relación, como sus compradores. Eran género muerto ya desde el primer día. [...] Si uno es o no feliz, puede saberlo escuchando al vientre. Al desgraciado, él le recuerda la fragilidad de su casa y le arranca del sueño ligero tanto como del ensueño vivaz. Y al dichoso le canta la canción de su bienestar: su impetuoso soplo le comunica que ya no tiene ningún poder sobre él. [...] Aun el hombre más infeliz es capaz de conocer las debilidades del más sobresaliente, y el más estúpido los errores del más inteligente.” Theodor Adorno, *Minima Moralia*.

SER O NO SER



A continuación les presento un viaje dialogal que hicimos con mi padre buscando enlazar la felicidad con el intento de lograr una cierta autenticidad personal.

José: Como ya te confesé, me encantaban esos programas de “Conversando con Mauricio Abadi”. Recuerdo tus “entrevistas” a Moisés, Kafka, Freud... Muchos grandes personajes de nuestra cultura aparecían con vos en un diálogo informativo pero sencillo, y a veces tenía la impresión de que no hubiera pasado el tiempo... Podía pensar que no existían, que estaban muertos, pero en el juego que vos proponías ellos estaban allí; no se hablaba sobre ellos, sino que ellos hablaban. El pasado y el presente se fundían.

Mauricio: En realidad, yo no pienso que el tiempo de estos personajes haya pasado. Creo que ocupan un lugar eterno, siempre presente. Cuando leemos a Shakespeare, a Cervantes, a Dante o a Platón, ¿tenemos acaso la sensación de que pertenecen a su cultura? No, los sentimos o, mejor dicho, actuales.

José: Dijiste algo que me preocupa: que estos personajes —Shakespeare, Sócrates, Cervantes, Platón, Kafka— son eternos. ¿Y los demás? Porque todos vamos a morir, y si ellos son inmortales, ¿qué pasa con el resto de la gente?

Mauricio: ¿Suponés que yo soy eterno?

José: Si tengo que ser franco, debo admitir que pensaba en mí.

Mauricio: Sin chiste, creo que las palabras adecuadas no son “inmortales” ni “eternos”, sino...

José: ¿Actuales?

Mauricio: Quizá, pero tampoco...

José: No entiendo...

Mauricio: Voy a hacer que te lo explique Hesíodo, el gran poeta griego. Él abre *Los trabajos y los días* con unos versos que llaman mucho la atención, porque clasifican a los seres humanos en dos grandes grupos: uno incluye a personas que piensan, sienten y actúan; el otro, a tubos intestinales: por un lado entra la comida y por el otro salen los excrementos. El primer grupo contiene a la gente que es...

José: ¿En el sentido existencial del verbo “ser”?

Mauricio: Sí. Los integrantes de ese conjunto humano son, no necesitan ningún adjetivo que los califique. El segundo grupo contiene a la gente que no es. Creo que lo importante en la vida es poder llegar a ser. No ser famoso, ni rico, ni inteligente, ni culto, ni creativo: simplemente, llegar a ser. Cuando me muera, quiero que vos y tu hermana puedan pensar no que fui bueno, inteligente o compañero, sino que fui, que durante algún tiempo —no demasiado, no quiero molestar a nadie— poblé este planeta y que dejé una influencia.

José: La idea de Hesíodo me resulta atractiva por la idea de ser, pero desde otro punto de vista —corregíme si me equivoco— me parece una terrible división de la humanidad entre los privilegiados y los demás. Me parece una teoría elitista

Mauricio: Ay, ay, ay. Desde que empecé a hablarte de los versos de Hesíodo tuve el temor de que me dijeras esto mismo...

José: ¿Pero a vos no te parece elitista?

Mauricio: Hesíodo no aludía a lo que hoy se podría llamar despectivamente la plebe, ni a la gente que no tuvo la fortuna de contar con una formación intelectual. No. Hesíodo decía que hay seres humanos que durante su vida se preguntan por el ser...

José: ¿Qué preguntas, por ejemplo?

Mauricio: Preguntas que tal vez no tienen respuesta, que son simplemente un juego, diríamos nosotros; preguntas que crean un ámbito de cultura en el cual podemos encontrarnos y dialogar de una manera diferente a lo que podríamos hacer si nos limitáramos al marco de la naturaleza.

José: Cuando decías que en el futuro querías ser recordado como alguien que fue, como alguien que existió y está presente en la vida de las personas que quedaron y sobre las que influyó, me hiciste preguntarme si la condición del ser está íntimamente ligada a poder ser memoria del otro. ¿Qué pensás?

Mauricio: Me conmueve que lo digas con tanta claridad. Tu pensamiento coincide con una frase hermosísima de San Agustín, a quien siempre he admirado mucho (no como santo, ya que no soy creyente, sino como gran escritor): “Las personas a las que hemos amado y perdido no están más donde estaban, pero están donde nosotros estamos”. Es muy parecido a tu idea de que no vamos a morir mientras haya una memoria que pueda evocarnos.

José: Y esa memoria tiene como origen que uno haya sido; la condición de ser memoria de otro es haber sido.

Mauricio: Haber sido en el sentido de no haber existido meramente como un tubo intestinal que realiza un ciclo metabólico, sino haber hecho cosas que influyeran en el entorno y las personas con las que se convivió.

José: Lo biológico nos sostiene y en parte nos determina, pero lo humano está en otra parte, en la palabra y en la memoria, que también es la palabra.

Mauricio: ¿Qué es un ser humano? Es la memoria de una historia. Este individuo que esta aquí, sentado, con el saco mal abrochado y que dentro de un rato pasará por otros ámbitos no es otra cosa que la memoria de una historia y —permíteme este agregado— el deseo de un proyecto. Pero ese proyecto, aunque supuestamente apunte a un futuro, está elaborado desde un pasado, desde el crisol de un pasado.

José: Una vez más, desde la memoria.

Mauricio: En consecuencia, somos memoria. Lo único que tenemos que pedirle a Dios, al destino o a quien sea es que nuestras memorias puedan conjugarse de modo tal que al mirarnos nos reconozcamos. A veces me pregunto qué haría si de repente apareciera mi padre desde el más allá y tuviera la posibilidad de verlo y de hablarle.

José: Ya jugamos a eso...

Mauricio: Sí. Creo que le diría simplemente “¡hola!”, y en ese saludo estaría todo: el conocernos y el reconocernos. En realidad, no hace falta nada más.

José: Lo que acabás de decir es muy importante para que se entienda que la memoria no es pasado sino presente y condición de todo proyecto.

Mauricio: Te lo digo de otro modo: la memoria es un invento. Si te digo “el otro día

me paseaba con una amiga y hablábamos de Fulano” estoy inventando una situación — aquí y ahora, en este momento presente— a partir de las impresiones pasadas que me quedaron: una persona, un paseo, un lugar, un diálogo. Cuando evoco ese pasado lo reconstruyo, vuelvo a armarlo, doy sentido a las piezas sueltas del rompecabezas que se encuentran en mi cabeza y que no son memoria hasta el momento en que las ordeno y creo una figura con sentido. La memoria es un cuento chino, un invento actual.

José: Entonces la memoria no se ocupa sólo de los que no están más (porque murieron o están en otro lado), sino también de los que fueron, los que están. Por ejemplo, ¿qué te acordás de la infancia de tus hijos?

Mauricio: Bueno... recuerdo que ellos trataban de fabricarse una personalidad...

José: No, no. Quiero una respuesta de verdad. ¿Qué imágenes tenés de la infancia de Claudia y mía? Si pensás en los tiempos cuando tus hijos eran chicos, ¿qué imágenes cruzan tu cabeza?

Mauricio: Veo una habitación en la cual había un televisor donde mostraban a un hombre o una mujer que cantaba y bailaba. Vos te reías de lo que veías y yo pensaba en lo gracioso que eras a pesar de que te divertían esas tonterías.

José: ¿Ésa es realmente la primera imagen que ves?

Mauricio: Cuando te recuerdo o recuerdo a tu hermana me siento tan involucrado que no tengo la distancia necesaria para ser un observador. Por eso dudé antes en contestarte; si quiero recordar la infancia de ustedes no puedo sino recordarme a mí mismo en el departamento donde Claudia y vos hablaban, se reían, se movían y —disculpáme que te lo diga después de tantos años— también molestaban, porque no me dejaban leer tranquilo.

José: Te voy a confesar un secreto: nos dábamos cuenta de que te molestábamos.

Mauricio: ¡Lo hacían a propósito!

José: A propósito de lo que dijiste se me ocurrió esta síntesis: la memoria es siempre, en último término, una relación.

Mauricio: La vida es una relación. Recuerdo lo que me respondiste cuando te pregunté si sabías qué era la muerte. “No hace falta que me lo expliques, papá. Sé perfectamente qué es estar muerto: es como si todo el mundo se muriera y yo me quedara solo.” Tuviste una clara noción de que la muerte es soledad y, en consecuencia, la vida es relación con los otros. Sin relaciones uno no es, simplemente; sin relaciones uno se convierte en el tubo intestinal del que hablaba Hesíodo.

Del libro *¿De qué hablamos cuando hablamos? Diálogos entre un padre y un hijo*, de Mauricio Abadi y José Eduardo Abadi, publicado por esta misma editorial en 1997. [N. de la E.]

“DE FELICIDAD TAMBIÉN SE MUERE”

DE JOSÉ EDUARDO ABADI

Allá por el año 1993 escribí y puse en escena (en el teatro La Plaza) mi obra *De felicidad también se muere*, que pertenece al género del absurdo. Pretendí, a través del humor, indagar en muchas de las significaciones atribuidas actualmente a la felicidad y denunciar históricos mandatos opresivos que se disfrazan con su nombre.

La relación que se creó con los espectadores fue muy intensa, y pienso, tal vez sea una expresión de deseos, que detrás de la angustia y la risa que suscitaba la pieza asomaba, rebelde, un anhelo de libertad.

Por debajo del microcosmos familiar donde se desarrollan las escenas, podemos ver dibujadas muchas de las relaciones presentes en nuestro mundo de hoy.

Un músico y una cantante jóvenes ensayan en un salón de la Asociación Oftalmológica Argentina, donde se supone se nombrará al nuevo presidente. Carteles alusivos. Por una puerta entra el doctor Juan con varios sobres en la mano. Está con aire tenso y confundido, evidentemente alterado. Observa el salón sin reparar en los músicos.

C (*Cantante*).— Buenas noches, señor.

J (*Juan*).— Sí, buenas noches, espero que sean buenas noches. Deben ser buenas noches.

M (*Músico*).— ¿A quién busca?

J.— No busco a nadie.

C.— Disculpe, pero este salón está alquilado.

J.— No se preocupe, yo soy el presidente. Sí, yo. Está todo en orden. (*Se sienta en una silla cerca de la cartera de la cantante y ésta la toma apresuradamente.*) Ja, ja, no soy peligroso. Soy médico. Soy una persona respetable.

J.— Me parece que llegó antes de hora. Alguien se equivocó. ¿Pero quién? ¿¡Ellos o yo, quién!? Perdón, por favor. Pero he hecho todo lo que habrá que hacer y no logro ser feliz. Tengo miedo de ser un loco. ¿Ustedes me ven medio loco?

J.— No, para nada.

C.— ¿Usted dijo que era el presidente de...

J (*interrumpiendo*).—Así es, soy el nuevo presidente de la Sociedad Oftalmológica Argentina, y (*declamando*) desde hoy gobernaré con responsabilidad y seriedad los ojos de la gente. (*Los jóvenes se miran burlones.*) Me siento raro, más raro que lo raro que me siento de costumbre, por no ser feliz... (*Se hace un silencio.*) ¿Ustedes son felices?

M. y C.— Sí.

J.— Yo le juro que trato y no me sale. Mi mujer dice que escupo al cielo y no es verdad. Mi problema es que no pego una. ¡Ni una! Y se supone que las pego todas. He recibido todo y sé que me ha ido bien. A lo mejor soy feliz y no me doy cuenta. ¡Claro!..., es eso. ¿Cómo es ser feliz?

C.— Pero bueno, a veces uno se siente mal, no se preocupe tanto.

J.— Pero a mí no me pasa a veces sino siempre. Y hoy no me haga palmoterapia, es lo único que me faltaba.

C.—Nosotros, cuando nos bajoneamos, cantamos, con todo, y nos hace bien. Nos sentimos bárbaro. Escuche. (*Comienzan a cantar una canción.*)

J (*los escucha fascinado*).—A veces pienso que si me dedicara al canto, sería feliz. Aunque mi madre diría lo contrario.

M.—Cantar es copado, no sé si te hace feliz, pero es bárbaro. Pruebe, nosotros lo acompañamos con la música.

J (*alarmado*).—¡No, no...! ¡Canten ustedes! (*Los músicos comienzan a cantar nuevamente.*) Yo consulté a un genetista para ver si mi problema era de nacimiento, esto

de no ser feliz, pero no me dijo nada positivo. He hecho de todo. Hasta fui a una adivina y le expliqué este problema.

C.—¿Una bruja?

J.—No, no sé, una que adivina, una vidente. Vengo justo de allí.

C.—¡Qué buena onda! ¿Qué le dijo?

J.—Fue extraño. Era un departamento muy oscuro y ella me recibió envuelta en toallas. (*Aparece la adivina envuelta en toallas y se ubica en el medio del escenario.*)

M (*justificando con naturalidad e ironía*).—Se habría bañado, estaría toda mojada.

J.—Pero bueno, me sorprendió, se la pasaba insultándome.

C.—¿A usted? ¿Y por qué?

J.—No sé, supongo que era el método. Me dijo: “pasá sorete”.

A (*Adivina*).—Pasá sorete. (*Juan se coloca frente a la adivina. La adivina comienza con una serie de movimientos, sonidos y expresiones bizarras.*) Mirame sereno, callado. (*Se acerca, lo toca y sale despedida violentamente de un salto.*) ¡Mierda!... Qué cargado que estás, limpiate, limpiate... (*Juan absorto intenta sacudirse el saco.*) ¡Por dentro, boludo!

J (*dirigiéndose a los músicos*).—Yo no le entendí absolutamente nada.

A (*comienza a eructar*).—¿A qué viniste, qué querés saber?

J (*dirigiéndose a los músicos*).—Comenzó a eructar y no... no paraba, era impresionante. (*Dirigiéndose a la adivina en forma angustiada.*) Quiero saber si soy feliz o si no soy feliz, quiero saber mi futuro, quiero saber mi destino. (*La adivina se va retirando mientras continúa eructando y diciendo: “Bueno, ya te lo voy a decir”, y va desapareciendo de la escena.*)

C.—¿Y los resultados valieron la pena?

J (*mostrándole los sobres*).—Aquí están. Son éstos. Todavía no los leí. Me tienen inquieto.

M.—Siéntese, lea tranquilo, no lo queremos molestar. (*Los músicos comienzan a tocar algo mientras Juan se corre a un sillón a un costado del escenario, abre los sobres y los lee con cara crecientemente desesperada.*)

J (*acercándose a la cantante y mostrándole los sobres*).—Escuche: “Choque desafortunado de astros. De haber nacido un minuto después todo hubiera sido diferente. Situación y pronóstico bien jodidos. Salvo entrevistas rotaciones, todo se irá al carajo...”.

(*Juan deambula angustiado.*)

C.—Bah, hay cada raye.

J.—Pero es verdad, ¿yo empecé mal de entrada, yo nací en febrero!

C.—¿Y que tiene que ver?

J (*dirigiéndose a la cantante*).—¿Y usted cuándo nació? C.—En octubre

J (*dirigiéndose al músico*).—¿Y usted?

M (*entre sorprendido y molesto*).—En julio.

J (*exaltado*).—¡Y claro, es otro mundo! Los que cumplían en el invierno tenían fiestas importantes, grandes, con mucha gente, lindos regalos, y además me acuerdo que daban películas. Siempre la misma, pero no importa. (*Eufórico imitando la película.*) Recuerdo que era una película donde los glóbulos blancos, tatán, tatán, defendían al ser humano contra los microbios malos. (*Juan enormemente excitado y acercándose a la cantante.*) ¿Me puede creer que el señor que alquilaba la película murió un tiempo después de leucemia? Me acuerdo bien de lo elegante que era, de sus bigotes prolijitos, bien cortados. En cambio febrero era mes de vacaciones. Nunca pude tener un cumpleaños donde estuvieran todos mis amiguitos juntos. (*Lamentándose como si fuera hoy.*) Eran sólo unos pocos. Las fiestas eran chiquitas. Los regalos pobretones. Regalos de vacaciones. Pero lo más terrible era cuando cantaban el *happy birthday*. (*Lo canta con música de velorio.*)

(*Se queda unos segundos en silencio.*) Cuando le conté esto a mi psicóloga, lo de mis fiestas, salió de su habitual seriedad y lloró. (*Aparece en escena la psicóloga vieja y ridículamente vestida y maquillada, que comienza a llorar.*) Yo no lo podía creer, al principio pensé que estaba resfriada. Pero luego comenzó a gemir y gemir. (*La psicóloga gime.*) Tomé coraje. Y desafiando todas las reglas del psicoanálisis, me di vuelta en el diván y la miré a la cara. (*La mira y pega un alarido.*) ¡Qué fea era! Me asusté y grité, pero ella se conmovió más y se largó a llorar a los gritos. (*La psicóloga llora a los gritos.*) Yo intenté calmarla. Doctora, no es para tanto... Una vez me hicieron un lindo regalito.

Psi (*Psicóloga*).—¡Pobrecito, pobrecito, no es feliz! (*Llora.*)

J.—¡Una vez me regalaron un robot!

Psi (*llorando*).—¿A pila?

J.—¡Sí, a pila, doctora, caminaba!

(*La psicóloga se larga a llorar más fuerte.*)

J.—Todo empeoraba las cosas.

(La psicóloga se arroja encima de Juan acariciándolo y gritando: “Pobrecito, no es feliz, no es feliz”. Entonces de pronto corre hacia una supuesta cocina.)

J (dirigiéndose a los jóvenes).—Entonces se levantó decidida. Fue a la cocina. Trajo una manzana enorme y medio podrida, le clavó una vela arriba y me pidió que cantáramos el *happy birthday* muy fuerte. (Lo hacen.) Mientras cantábamos entre llantos y risas insistía..., “más fuerte, bien fuerte”. El portero subió, golpeó la puerta y le preguntó si yo la estaba violando. ¡A los diez años!, ella lo tomó de la mano, lo hizo entrar al consultorio, y le hizo cantar a él también el *happy birthday*, agarraditos de la mano los tres. (Lo hacen.) Luego de unos minutos se sentó en su sillón, ya serena, y dio por terminada la sesión. (Se hacen unos segundos de silencio.) Yo di por terminado el tratamiento.

(Se queda meditando, cabizbajo. Y dirigiéndose a los jóvenes.)

J.—Tratamiento, tratamiento. Sí, sí, así nomás, tratamiento, y, ¿saben por qué o para qué iba?... Para ser feliz. En realidad mis padres querían, me pedían, me exigían, ¡me forzaban a que fuera feliz! Era realmente agobiante ser feliz veinticuatro horas por día, siete veces por semana, 365 días por año. ¡Pero así debía ser! Porque si no, si no, si no uno no es feliz, puede suceder, este..., en realidad, nunca supe qué pasaría, porque nunca me arriesgué a no ser feliz. Riesgo, claro, esta es la palabra. Sandra dice que soy un cordero exitoso ¡y se equivoca! No soy exitoso. ¡Y tampoco un cordero! Soy un oftalmólogo prudente que no sabe si es feliz o infeliz. Qué fea palabra, infeliz. Está de sacreditada. Es un insulto. ¡Infeliz de mierda! En cambio feliz tiene mucho más prestigio. Viste bien. A nadie se le ocurriría gritar...¡andá a cagar, feliz! Suena absurdo, y sin embargo... Pero yo me pregunto en qué consiste ser feliz. De que se trata. Lo único que sé son las experiencias que tuve que atravesar para demostrar que era y para ser feliz.

C.—¿Qué entiende por experiencia?

J.—¿Experiencia? Otra palabra que nunca pude entender. Pero parece que hay que tenerlas. Veamos por ejemplo (dirigiéndose al público) mi primera relación sexual. El debut. (La cantante pone cara molesta, el músico, en cambio, interesado.) La primera vez que estuve al lado de una mujer desnuda y con permiso para tocarla. Permiso que naturalmente exigía una compensación económica posterior. Una mujer desnuda, supuestamente experimentada, no digo vocacional pero si responsable y trabajadora. Una profesional dispuesta a lograr que un adolescente de quince años tímido y asustado, ingresara a la categoría de hombre.

De los que ya saben de qué se trata. ¡Qué horror! Me acuerdo que cuando salí pensé: “ahora tengo que ser un poco más feliz que antes”. Como decía mi padre: “quedó confirmado que yo era un joven potente”.

Pensar que coger era eso, tan sólo eso. ¿Por qué los actores gozaban tanto en las películas? ¿Quién era normal? Seguro que yo. O tal vez ellos mentían. Como lo hice yo después con mis amigos: “es una experiencia inolvidable”, les decía. Con razón no me gusta la palabra experiencia.

Quisiera ilustrarles algunos momentos culminantes de ese primer encuentro, o desencuentro más bien. (*El músico aprueba entusiasta mientras la cantante se irrita.*) Me la había presentado un amigo mío unos años mayor. Yo tenía quince y él veinte. Le dije que quería debutar como le había dicho tantas veces antes, pero para mi sorpresa y pánico, esa vez se lo tomó en serio y llamó a Malena. Mientras arreglaba la cita yo puse en marcha cuanto tic pudieran imaginar. Cómo explicarle que no quería ir. Que era un chiste. Que tenía reunidos todos los miedos y dudas del mundo. Demasiado tarde. En el camino hasta el departamento donde Malena me esperaba formulé todas las preguntas idiotas posibles. Mi amigo por suerte, me las respondió.

M.—¿Cuáles preguntas?

J.—Y, por ejemplo... ¿La saludo dándole la mano? ¿La tuteo? ¿Ella sabe cómo se hace? (*riéndose nervioso y contagiando al músico.*) Llegué a preguntarle si era culta. Fue lo único que indignó a mi amigo. Me respondió: ¡No es una clase de filosofía, terminála! Llegué. Subí. ¿Se me pararía? (*Dirigiéndose a la cantante que reaccionaba pudorosa.*) Si no se me paraba me moría. Toqué el timbre. Puse cara de joven trotamundos despreocupado y experimentado. Tenía ganas de llorar. Me pregunté si abriría la puerta vestida o desnuda. Cuando me recibió se escuchaba adentro del departamento una música fuertísima, y ella estaba vestida, con jeans y con remera (*va apareciendo la prostituta*). Estaba vestida como cualquier otra mujer normal.

Pros (*Prostituta*).—Hola lindo, pasá, ¿cómo te llamás? (*La música está fuerte, ella habla a los gritos y baila ridículamente.*)

J.—Me dicen Juan (*se ríe y mueve nerviosa y adolescentemente*).

Pros (*riéndose*).—Por el culo te la dan.

J (*dirigiéndose a los músicos*).—Era lo peor que me podía decir.

Pros.—¿Y vos cómo te llamás?

J (*desorientado*).—También Juan (*unos minutos de silencio y riendo nerviosamente*)

..., pero mi apellido por ahora no te lo voy a decir.

Pros (*riéndose*).—No importa, mi amor, acá el único apellido que cuenta es éste (*le agarra los genitales con la mano*).

J (*congelado y estupefacto, dirigiéndose a los músicos*).—Mi apellido estaba en coma.

Pros (*sin soltarle los genitales*).—¿Te sirvo algo de tomar?

J.—No, nada, gracias..., ya almorcé, digo, ya comí, digo, ya tomé, digo, no tengo sed. (*Se hacen unos minutos de silencio, ambos se mueven al ritmo de la música.*) ¡Qué lindo arbolito aquél!

Pros.—¡Hoy es Nochebuena!

J.—Y mañana Navidad.

Pros.—Y a Malena le gustan los regalitos y... (*coqueteando con los senos*) y dejame el tuyo allí, entre las ramitas, así crece (*hace un gesto obsceno*).

J.—¿Ahora?

Pros.—Cuanto antes mejor, así crece más rápido. (*Juan saca un billete y lo pone en el arbolito.*) Pros.—¡Uno solo no, dos!

J.—Mi primo me dijo uno solo.

Pros.—No muñequito, en Nochebuena son dos. (*Juan pone un segundo billete, obedientemente.*)

Pros (*mientras baila alocadamente*).—¿Te gusta cómo bailo?

J.—Por supuesto, tenés mucho ritmo tropical.

Pros.—¿Te parece? (*Jugando con ella misma.*) ¿Y no te gusto?

J (*entre sobresaltado y excitado*).—Le juro que sí.

(*Malena se acerca a Juan, le da un beso explotándole un globo de chicle que tenía en la cara.*)

Pros.—Tocame lindo, tocame. (*Juan le toca torpemente los senos.*) Bueno, creo que ya nos conocemos. Ahora ponete cómodo y relajate que yo ya vengo (*se va bailando*). Ponete cómodo y relajate (*se va de la escena*).

J.—Ponete cómodo... ¿Qué querría decir? ¿Sentarme en una silla relajadamente? ¿Recostarme plácidamente en la cama y aguardarla? ¿Desvestirme? Intuí que sí. Y comencé a hacerlo lentamente (*lo hace a una velocidad supersónica*). Hasta que llegó la hora del calzoncillo. ¿Cómo es, con o sin calzoncillo? ¿Esperarla totalmente desnudo sentado en la cama? ¿No era excesivo? Dudé, me angustié, sudé. ¡Qué papelón!

Entonces me iluminé. Si ella salía del baño desnuda, me sacaba el calzoncillo como algo natural y listo. De lo contrario, me lo quedaba puesto. Busqué la posición física de la que pudiera partir cualquiera de estas dos opciones. (*Ensayo distintas posiciones.*) Hacía falta un cierto equilibrio. Me pregunté si coger sería siempre tan sacrificado. Salió del baño. La miré. Estaba en bombacha y corpiño. Con calzoncillo puesto, por lo tanto me le acerqué y entonces comprobé que estaba desnuda. Simplemente esas partes no habían tomado sol. Si ese fue el principio ustedes pueden imaginar el final. (*Se acerca a la ropa y comienza a vestirse lentamente.*) Pasaron veintiocho años. Qué cerca y qué lejos me siento de aquel chico desesperado. (*Mientras termina de cambiarse reconcentrado, los músicos ensayan alguna canción. Se acerca a los jóvenes.*) ¿Saben ustedes quién llamó ayer? La directora del Jardín de Infantes modelo “Blancanieves juguetona”. Dijo que quería hablar conmigo. La recibí ayer a la tarde.

(*Entra la directora a escena.*)

J (*saludándola cortésmente*).—Encantado, señora, dígame usted en qué la puedo ayudar.

Dir (*Directora*).—No me diga que me ve tan vieja, por favor, que no me reconoce...

J.—Pero mil disculpas, ¿nos hemos visto anterior mente?

Dir.—Ya lo creo. En otra situación, desde luego. El paciente era usted. Ja, ja, ja... pero le digo que a pesar de los años está idéntico. Igualito que en la foto.

J.—Perdón, ¿quién es usted?

Dir.—Yo apenas lo vi en la foto dije ¡es él! Ese rubiecito anteojudo que lo empujaron adentro (*ríe*). ¡Temblaba como una hoja!... Parecía que bailaba. No se le... (*y hace un gesto con el dedo para abajo*). Entre uno y otro no se le bajó. Me preguntaba si estaba bien parada (*ríe*). Yo le decía que sí, que siempre se paraba hacia arriba.

J (*estupefacto*).—¡Malena!

Dir.—Sí.

J.—¿Malena Nieves? Digo, Malena del Jardín Blanco, perdón, me embarullo, Malena de nieve, de nieve blanca.

Dir.—Sí, soy yo, Malena, que ahora soy directora del Jardín de Infantes Blancanieves Juguetona.

J (*la mira inquieto*).—¿Y qué quiere de mí?

Dir.—Qué pregunta. ¡Felicitarlo! Uno de mis nenes llega a presidente, ¿se imagina cómo me siento?

J (*sorpresivo y pensativo*).—¿Y cambió? Me refiero, ¿cambió la prostitución por...?

Dir (*enfática*).—No diga prostitución, es tan feo.

J.—Disculpe, no sé cómo llamarlo, pero dígame, ¿por qué cambió?

Dir.—Por la edad. Estaba fuera de foco. Además la rutina me cansó.

J.—Pero son dos profesiones tan distintas.

Dir.—Me gusta eso de profesiones, suena lindo. (*Poniéndose en pose.*) ¡Pero tienen algo en común! ¡Son formas de prestar un servicio, formas de colaborar con el crecimiento del ser humano!

J (*como hablando para sí mismo*).—Pero, pero claro que cambió. ¿Y qué le dejó su primera profesión?

Dir.—Un buen capital con el que pude instalar este Jardín modelo, pronto voy a abrir una primaria.

J (*curioso*).—Pero... ¿no extraña nada de sus primeros tiempos? Me refiero, antes del cambio.

Dir.—¡Los hombres! (*ríe*).

J (*tímidamente*).—¿Tenía alguna preferencia?

Dir.—¡Qué pregunta tonta!, no era marciana, me gustaban ricos, sanos y lindos. (*Sonriendo nostálgica.*) ¡Qué tiempo tan feliz! (*Se va de la escena.*)

J.—Feliz, feliz. Hay que ser feliz. ¡Feliz, hay que ser feliz! (*Imitando la voz del padre.*) El que no es feliz se hace pis. Mi padre me había enseñado a decir soy feliz en todos los idiomas que conocía: Soy feliz, *Sono felice, I'm happy, Je suis heureux.* (*Mientras va diciendo estas palabras va comenzando a saltar como en un baile.*). Mi padre me enseñó que había que cantarlo y bailarlo. (*Al ritmo de estas palabras la va cantando y bailando cada vez más rápido. Hasta que se detiene, desesperado.*) Lo que no me explicó es cómo era la felicidad. Mamá decía que la felicidad no tiene fronteras. Gritaba que es universal, pero que no viene sola. Hay que salir a buscarla. Hay que luchar por ella, hay que sufrir por ella, hay que dejar la vida por ella. A veces es difícil pero con tesón y con voluntad, se logra. (*Juan se queda conmovido y extrañado dirigiéndose a los músicos.*) ¿Los felices odian? No quiero odiar, no es justo. Ellos tienen buenas intenciones. Yo soy el loco. Dios mío, qué digo, qué hago. Todo esto se presentó de un modo crudo y total cuando tuve que elegir mi carrera universitaria: Tenía dieciocho años. Ya había sacado el registro de conductor. Y la idea de ser cantante y actor me cautivaba.

M.—Lo hubiera jurado cuando lo vi, pensé que era usted el otro cantante. (*Con tono de burla.*)

J (*emocionado*).—¿Lo dice de veras?

C (*tratando de anular la burla del músico*).— Sí, a simple vista parece un cantante de boleros muy romántico.

J (*sintiéndose conmovido*).—¿Yo? Qué bien. Boleros pero con fuego latino, ¿verdad? ¿Quiere que le cante algo?

C.—¿Usted canta?

J (*descubierto pero entusiasmado*).—Sí, estudio canto, pero es un secreto entre ustedes y yo, por favor, escuchen esta canción. (*Canta una de esas canciones centroamericanas pretendidamente sensuales de un modo muy sobreactuado. Hasta que de pronto se detiene avergonzado.*) Pero mi familia había dado por sentado que yo sería oftalmólogo. Habían descubierto mi vocación cuando contaba seis meses apenas y me divertía jugar en el consultorio de mi padre. Unos años después decían “el nene va a ser oftalmólogo. Tiene ojo clínico”, bromeaban porque yo espiaba por el ojo de la cerradura de la puerta del baño de la mucama. En realidad lo había aprendido de mi padre. Tengo un recuerdo bien nítido de cuando él me invito a tomar un café para informarle mi vocación.

M.—¿Había estudiado con la adivina, su padre?

J.—Nunca se me ocurrió. Fuimos al bar El Galeno, ¿lo conocen?

C.—No, nunca fui.

J.—Comenzó a hablarme de la grandeza moral del guardapolvo médico, ¡impecable! Exclamaba, infiltré tímidamente mi interés en la música y en el teatro. (*Sonrió se reno.*)

C.—¿Lo aceptó?

J.—Tal vez, aunque no sé por qué expelió un gas muy sonoro.

M.—Se tiró un pedo.

C.—¡Diego!

J.—Limpio, diáfano. Tanto que llamó la atención de las mesas vecinas ocupadas por varios guardapolvos blancos.

M (*riéndose*).—Que después quedaron menos blancos. C (*dirigiéndose al músico*).— ¡Grosero!

(*Juan se tienta y lo hace reír al músico.*)

J.—Superado el momento gracias a una simulada sordera generalizada me respondió:

“Me parece hermoso. Un médico deber ser también un artista. Debe poder cantarle a la vida”. Algo perplejo, yo pregunté si también era necesario que un cantante supiera medicina. Tal vez seguía fascinado con su reflexión anterior acerca de la blancura de los guardapolvos. Mamá decía que él tenía siempre la frase justa para todo. Allí terminaron mis rebeldías adolescentes.

M.—¡James Dean! Rebelde sin causa.

J.—Entonces ingresé a primer año de la Facultad de Medicina. El primer día de clase fue un día lluvioso, una mañana de abril que no olvidaré mientras viva. Muy temprano desayunamos todos juntos. Mi abuela había cocinado una torta enorme y horrible que todos comimos, y finalmente cuando crucé la puerta de mi departamento, todo de blanco, camino a la facultad, mis padres y mi hermano empezaron a aplaudir. Papá luego de unos segundos, los hizo callar, y me dijo con lágrimas en los ojos, siempre en los ojos: “Hoy, la medicina universal incorpora a un nuevo soldado de la salud a sus filas”. La frase justa, como decía mi madre. Soldado. Guardapolvo. Uniforme. Un montón de ellos, anónimo, blancos. (*Lo va diciendo en tono cada vez más intenso.*) Al entrar a la facultad esa mañana, me sentí protagonista de esas películas que muestran a los prisioneros judíos bajando de los trenes caminando hacia los campos de concentración, todos blancos, y mi piel más blanca aún. Sentía una marcha militar alrededor. Pensé: “Habrá que empezar a desfilarse” (*Aparece la música de una marcha y Juan enloquecido frita: “Soldado, guardapolvo, uniforme, blancos”, hasta que se detiene, exhausto.*) Todavía hoy cuando entro al hospital me doy cuenta que tarareo una marcha, pero hoy no me detengo, entro como un cordero y me calzo un guardapolvo bien blanco. ¡Cómo me tienta la mugre aunque tenga bacterias! La otra noche tuve un sueño, se me cruzó una imagen loca, pero fascinante: yo caminaba desnudo por la calle con un cartel en la frente que decía infeliz, mientras me llovía basura por todos lados.

C.—¿Y en cuánto tiempo se recibió?

J (*riendo de un modo autodenigratorio*).—Seis años justos, ni un día más, ni un día menos, un 28 de diciembre, me gradué de médico. Misión cumplida. ¡Éramos tan felices! Mi padre me dijo que si yo quería, con la libertad incondicional que él siempre me había otorgado, podía estar a su lado en el consultorio aprendiendo a meter el ojo en el ojo ajeno. La frase justa. Cada vez que él la decía estallaba en una carcajada. Como decía mi madre, Dios no nos había privado de ingenio. Y yo le pregunto a usted (*casi llorando*) ¿por qué nos privó de tantas otras cosas? Mis comienzos fueron complicados.

Yo siempre fui muy tímido, y mirar de frente a los ojos de una persona, sobre todo si era mujer, me resultaba angustiante, me ponía colorado, temblaba. Apelé a usar anteojos negros para disimular (*se coloca un par de anteojos negros*) pero esto me dificultaba la observación y el diagnóstico, lo que me obligaba a sacármelos y ponérmelos a una velocidad supersónica. (*Muestra cómo.*)

M.—Lo hace realmente para el circo. (*Se ven los celos del músico ante el incremento del interés por parte de la cantante.*)

J.—Pero el punto culminante fue cuando comencé con un tic incontenible. Los nervios me forzaban a escupir, estuviera en la situación que estuviera. Los pacientes, cuando se repetían las escupidas, se molestaban y comenzaban a dejar el consultorio. Recurrí como tabla de salvación al barbijo de cirujano. (*Se coloca uno.*) Colorado, tembloroso, anteojos negros, barbijo. Era agotador. En ese momento, encima de todo, mi madre había contratado a una especialista en hábitos felices para que me instruyera.

(*Entra la profesora, anciana, vestida a la antigua, con un bastón y faltándole los dientes.*)

Prof (*Profesora*).—No hace ni una sola de las cosas que debe hacer un ser humano feliz.

J (*nerviosísimo y torpe*).—Es una vergüenza, profesora, quiero aprender rápido todo lo necesario.

Prof.—A ver, veamos, m'hijito, si recuerda cómo se extiende la mano para saludar.

(*Juan le extiende bruscamente la mano y no se la suelta.*)

Prof (*con un gritito indignado*).—Eso es karate... ¡Y suélteme la mano, por favor! ¡Y sonría! (*Juan le suelta la mano y la escupe. La profesora se seca con un pañuelo la cara.*) ¡Trague antes, querido, trague antes! No olvide que una de las claves del éxito es sonreír y reír como un ser humano feliz.

J.—¿De qué quiere que me ría, profesora? (*Escupe para los costados.*)

Prof.—Trague, nene, trague. Lo fundamental para transmitir una corriente de bienestar es siempre apelar a una de las tres sonrisas universales.

J.—¿Tres?

Prof.—Sí, vamos, nene, a ver cómo las hace. Una sonrisa para los conocidos (*Juan lo hace*), muy bien, una sonrisa a sus padres (*Juan lo hace*). ¿A quién saludo primero?

J.—A papá (*la escupe*).

Prof (*secándose*).—Primero sonría a su mamá, guanaquito. Y sonría, pero trague

antes. Vamos, primero a mamá (*Juan lo hace*), después a papá, trague. Y veamos ahora cómo da una mala noticia. (*Juan va a empezar a hacerlo y la profesora lo detiene.*) La sonrisa, nene, la sonrisa primero.

J (*sonríe*).—Tengo que informarle que se ha muerto su padre. (*Vuelve a sonreír y escupe para el costado.*)

Prof.—Ah, sáquese las gafas, nene, que usted no es ciego.

J (*asustado*).—Le pido que no, profesora, me pongo muy nervioso (*la escupe*).

Prof (*amenazándolo con el bastón*).—Sáquese las gafas, guanaquito, y trague. (*Juan se cambia las gafas por los anteojos normales.*) Vamos a hacer por último la calesita de hábitos felices, veamos, siempre la sonrisa, guanaquito. Estoy contento. (*Juan imita casa expresión de la profesora, sonriendo en cada una de ellas.*) Estoy cansado, estoy constipado, estoy muy constipado, estoy cagando.

J.—Estoy cagando. (*De pronto ambos se miran sorprendidos sin entender qué han dicho.*)

Prof.—¡Ay, no aguanto más!

J (*confundido e intentando disimular lo que había sucedido*). —¡Ay, no aguanto más!

Prof (*casi llorando*).—No, eso lo digo yo.

J (*la mira perplejo*).—Ah... (*la escupe*).

Prof (*gritando*).—Y por favor, no me escupa.

(*La profesora se va de la escena.*)

J.—Fueron seis meses de esfuerzos pero, como enseñaba mi padre, todo era para mejorar, crecer, madurar, ser más feliz.

(*Juan se acerca hasta la foto en bajorrelieve del padre y comienza este diálogo.*)

Hijo.—Papá, ¿cómo hacías para estar tan seguro de todo?

Padre.—Muy simple, no dudaba nunca.

Hijo.—¿Qué es la vocación, papá?

Padre.—El arte de evocar.

Hijo.—¿Es la única definición?

Padre.—No. Pero con ésta alcanza.

Hijo.—¿Qué es lo que más te gusta de la medicina, papá?

Padre.—Los guardapolvos blancos. Prestigian, enaltecen. Me cautivan.

Hijo.—¿Los de los peluqueros también, papi?

Padre (*unos segundos de silencio*).—Qué infeliz.

J.—Infeliz. Infeliz. ¡Qué padre!

(Se escuchan unos golpes a los costados de la escena y Juan se sobresalta.)

J.—Pero claro, tengo una familia, sí. Una familia que mantener. Mi familia, casi me olvido. Ante todo mi mujer, Débora (aparece la mujer en escena de un modo soberbio), treinta y cinco años, joven, atractiva, inteligente, y lo que es muy importante, una profesional, pero profesional en serio, quiero decir, es psicóloga. La conocí en un curso de la salud y la felicidad. Ella me explicaba muchas cosas que yo no entendía. Esto se fue extendiendo, hasta que una noche en casa, en mi cumpleaños, de un modo cálido, frente a la sonrisa complaciente de mis padres, me explicó que yo me quería casar con ella. Y más aún. Que ella aceptaba. Nunca me voy a olvidar de la sonrisa de todos esa noche. Era una sonrisa de felices. Mis padres empezaron a aplaudir. Siempre que conseguían algo aplaudían a los otros. Como si no fuera idea de ellos. A los pocos segundos mi padre me hizo callar, como siempre, y dijo: “Un árbol empieza a convertirse en un bosque”, la frase justa. Débora, emocionada, respondió: “Gracias por dejarme ser flor de un tronco tan generoso”, la frase justa. Parecía una clase de botánica. Mamá me agarró de los cachetes, y me sacudía la cabeza de un modo incesante mientras preguntaba: “¿Sos o no sos el hombre más feliz de la Tierra?”... Claro que sí. Tres meses, para qué esperar más, y estábamos frente al rabino, en el templo más importante de la colectividad. No voy a olvidar las palabras de ese hombre. Dijo: “Hoy un hombre y una mujer creen que se han elegido. Lo que en realidad han hecho es mucho más que eso”. ¿Cómo podía saberlo si no me conocía?. Pero esa oración provocó una emoción tal que todos se pusieron a llorar. Y el rabino también se puso a llorar. Pero él no parecía emocionado, sino más bien triste. Yo leía que con su mirada, en su idioma universal, me confiaba: “Te cagaron, pichón”. El rabino seguía llorando y no podía parar. Me acordé de mi psicóloga. ¿Sería este rabino el marido? La ceremonia se demoraba. Casi suspenden el casamiento. Finalmente lo superó e ingresé a la categoría de hombre casado. No es fácil estar casado con una psicóloga. Roberto, mi mejor amigo, me dice que no es fácil estar casado en general. Pero, para peor, las psicólogas tienen la manía de exigir bienestar psíquico, físico, sexual, económico y otros que no recuerdo. Roberto dice: “Las minas son como las pilas, vienen bárbaras pero se descargan. Si uno se mete eso en el bocho, les habla claro de entrada. Soy así y quiero esto. ¿Te gusta? ¿Estás de acuerdo? Entonces va. ¿No es para vos? Cada uno su camino. Coexistencia pacífica sí, poner el culo no”. Si le hubiera hecho caso. Me acuerdo que en la luna de miel Débora

me señaló...

Déb (*Débora*).—No es un reproche, Juan, pero vos sólo hablás de tu parte consciente y dejás tu parte inconsciente de lado. Y eso me hace a mí sentirme dejada de lado, Juan.

J.—Yo no entendía nada. Empecé a gesticular abusivamente a ver si era eso. También gritaba o abría grande la boca. Al cabo de un tiempo, cuando creí que ya lo tenía, dijo que no tenía importancia, que esa era una teoría ya superada. Cuando un sábado a la mañana le insinué que algunas veces no tenía tantas ganas de ser oftalmólogo, se enojó muchísimo. No me voy a olvidar nunca esa mañana.

Déb.—Juan, te dije que te saques las gafas. (*Juan se saca las gafas. Débora saca un pañuelo de su bolsillo y le venda los ojos mientras Juan permanece tenso y silencioso.*) Empezá a caminar, Juan... (*Juan camina lentamente.*) Caminá rápido, Juan, bien rápido. (*Juan acelera su paso mientras va chocando con los distintos elementos hasta que en un momento Débora le pone un pie y lo hace caer al piso.*) ¿Son o no son importantes los ojos, Juan? ¿Son o no son importantes, eh? ¿Qué pasa cuando no ves nada? ¿Te das cuenta lo egoísta que sos?

(*Juan, sollozando, se saca la venda, corre hasta donde tiene sus anteojos y se los coloca, y se arrodilla apoyando su cabeza sobre el regazo de Débora, y llora.*)

Déb.—¿Por dónde saldrían las lágrimas si no tuvieras tus ojos?

J (*tímidamente*).—Por el sudor.

Déb (*rostro indignado y despreciativo, lo empuja*). —Infeliz...

J (*desde el piso*).—Qué miedo le tengo a esa palabra, si la gritan (*se escucha a Débora gritando "¡Infeliz!"*) es peor, en cambio si la dicen más bajito, de un modo cariñoso (*Juan intenta decirlo y se larga a llorar*) es menos traumático. Qué vergüenza.

(*La cantante se le acerca conmovida, lo levanta, y cuando Juan se sienta en una silla le alcanza un vaso de agua, e intentando calmar la situación, se pone a cantar algo con el músico.*)

J.—Como ven, en mi matrimonio, la discusión y el debate sobre mi vocación y mi profesión no tuvo mucho eco. (*Se hacen unos segundos de silencio.*) Ya sé lo que ustedes están pensando... ¿Qué pasaba en la cama? Al principio todo andaba bien, pero luego de un tiempo hizo un curso de sexología para un matrimonio feliz. Allí descubrió que yo no me largaba globalmente. Sí, sí, tal cual, no me largaba globalmente, decía. Me mandó a unas reuniones teórico-prácticas con una sexóloga de reconocida experiencia. Qué maldita palabra.

(*Aparece la sexóloga en escena.*)

Sex (*Sexóloga*).—Me llamo Frida Enkelberg y mi función es ayudarlo a usted a intensificar su fuego interior y a lograr una liberación plena en el momento del coito. (*Juan se sienta, saca una libretita y empieza a anotar.*) Tenemos que ser espontáneos, naturales, frescos. Lo primero en el sexo es crear las condiciones que hagan al coito un encuentro multifacético y pluricromático. Hay que ser claros, honestos, plenos, puros, entregados, receptores, generosos, parcialmente asquerosos, agradecidos, retributivos, arriesgados, prudentes, creativos y serenos. Hoy será un breve interrogatorio, así aprovechamos bien la próxima sesión en que llegaremos al final del acto.

(*Juan es obediente, pero evidentemente está desesperado.*)

Sex.—¿Tiene cosquillas durante le erección?

J.—No, creo que no. Tal vez cosquilleo, pero no, no, no.

Sex.—¿Le gusta que le muerdan los dedos del pie izquierdo?

J.—No sé, no probé.

Sex.—Usted, ¿le mordió los dedos del pie a ella?

J.—No... qué asco!

Sex.—¿Qué insultos profiere a su mujer durante el coito?

J.—No la insulto, soy más bien callado.

Sex.—¿La chupa?

J.—No entiendo.

Sex (*gritando*).—Si la chupa, la chupa (*se acerca a Juan y le lame la mejilla con su lengua enrojecida*).

J.—Sí, a veces, de lejos, yo, ella.

Sex (*más calma*).—¿Cachetaditas?

J.—No. No. No soy un luchador, no.

Sex.—Ella, ¿le suele apretar los testículos?

J (*gritando*).—¿No!

Sex.—¿Hay algo que odia de su mujer?

J.—A ella, a ella no. Sólo cuando estoy con ella, no, tampoco, no, no, no.

Sex.—¿Quién de los dos hace el *strip-tease* primero?

J (*desconcertado*).—Ninguno.

Sex.—Usted tiene los instintos dormidos. Tiene que inyectarse caribe en la sangre. ¿Trajo la foto de su mujer?

J.—Sí, acá la tiene (*la entrega y la sexóloga se tapa el rostro con la foto de Débora*).

Sex.—Insulte a su esposa.

J.—Pero, ¿cómo?

Sex (*alzando la voz*).—¡Insúltela!

J (*con voz calma*).—Desfachatada.

Sex.—Eso no es un insulto.

J.—Desvergonzada.

Sex.—Eso tampoco.

J.—Chancha.

Sex.—Eso está mejor, siga.

J.—Puta.

Sex (*empieza a excitarse un poco*).—Un poquito más.

J.—Reputa.

Sex.—Más abajo.

J (*sin poder frenarse, aun cuando en un momento la sexóloga le diga suficiente*).—
Chancha, rechoncha, puta, reputa, requeteputa, rechoncha, requeteputa. (*La sexóloga entra en un estado de gran excitación expresado a través de su rostro detrás de la foto.*)

Sex.—Y ahora va a bailarme un *strip-tease*.

J.—No tengo práctica en eso.

Sex.—No desobedezca, por favor, empiece de una vez. (*Le pone una música y le hace hacer un strip-tease hasta casi sacarse los pantalones.*) Por hoy es suficiente. Lo espero la semana próxima bien aceitadito.

(*La sexóloga era una mujer de unos cincuenta y cinco años, excedida de peso, con una cara llena de verrugas y una lengua rojiza, que vestía un guardapolvo mal hecho, que dejaba desnudas ciertas partes, generando un efecto payasesco. La sexóloga se va de escena, Juan se queda reflexionando.*)

J.—Qué distinto fue con Sandra. Ella es un misterio, es distinta al resto de la gente que conozco, ser ríe como los demás, pero no en el mismo momento ni en la misma forma. En realidad no debería reírse. Porque no puede ser feliz. No hace las cosas que hacen los felices. Aunque ella no es que se ría porque sea feliz. Se ríe porque ciertas cosas le hacen gracia. Es rarísimo, mejor dicho, no es lógico, no es normal. Mi madre dice siempre que esas cosas raras explotan, ¿entienden? No, no hay nada que entender. El problema soy yo. Me la paso diciendo ideas que no entiendo con la seguridad de que son así. Cuando

la conocí en las clases de teatro y canto (no le cuenten a nadie esto) me atrajo pero me resultaba extraña. Me despertaba curiosidad. En cambio yo a ella creo que no le importaba ni un comino. Traté algunas formas de llamarle la atención, pero fue inútil. La única esperanza que tenía era cuando me saludaba. Me besaba fuerte, me apretaba el cuello y me apoyaba la mejilla con todos los labios, como si fuera natural. Tal vez para ella lo era, pero a mi me dejaba mareado. Rogaba que ese saludo durara lo más posible. Una vez se dio cuenta de mi vértigo y me dijo riendo: “Calentito, doctor”... Pero no me molestó, simplemente rió. La extraño, quisiera acariciarla, que me mirara. Cada vez que toco su piel me siento yo por primera vez.

C.—Debe ser cierto, porque parece otra persona cuando habla de ella. Me cae bien esa chica.

J.—Había una canción que ella cantaba muy linda. Tal vez la conozcan, esa que dice... (*Entona una letra.*)

C.—Sí, la conocemos.

J.—Cántela, cántela bien fuerte que la quiero ver. (*Cantan la canción y aparece Sandra en escena.*)

J.—Sandra en mi consultorio, qué linda sorpresa.

San (*Sandra*) (*Le da unos besos en la mejilla.*).—Quiero ver si necesito anteojos, porque al rato de leer se me irritan los ojos, me siento aturdida.

J.—¿Leés con buena luz?

San.—No, ¡con luz mala! (*Ríe fuerte.*)

J.—Te voy a hacer primero una ficha clínica. (*Saca papel y lápiz.*)

San.—¡Qué emoción! ¿Soy un caso grave?

J.—Nada de eso, veamos, ¿edad?

San.—Veintiséis años.

J.—¿Soltera, verdad?

San.—Divorciada, que es lo mismo pero se escribe distinto. (*Se ríe.*)

J.—No sabía que estuviste casada.

San.—Nunca me lo preguntaste ni te lo dije. Nunca me hiciste esa ficha todavía.

J.—¿Cuánto tiempo estuviste casada?

San.—Poco más de un año. Una historia fea, de la que prefiero no hablar. ¿Tengo que usar anteojos?

J.—Todavía no sé. Vení que te voy a revisar. (*Se paran los dos uno frente al otro,*

Juan tenso, le mira los ojos.)

San.—¿Abro la boca?

J.—¿Para qué?

San.—Para comerte mejor, ja, ja. (*Se sienten sumamente incómodos ante la excitación presente.*)

J (*corriéndose a un costado del escenario*).—Decime qué letra es ésta.

San (*se empieza a reír*).—No sabés lo que parecés con ese guardapolvo todo blanquito y almidonado.

J.—Estoy trabajando. Es un consultorio médico.

San.—El monitor de la clase. Yo quiero que me des uno a mí también.

J.—No seas chiquilina y leé las letras de una vez.

San.—Ahí tenés uno (*se acerca a un guardapolvo colgado y se lo coloca*).¿Somos compañeritos o novios? Amigovios. (*Lo agarra de la mano y frente a la incomodidad y nervios de él comienza a cantar: “La farolera tropezó, y en la calle se cayó”... hasta que suena el teléfono y Juan lo atiende.*)

J.—Sí, estoy bien. Aquí no canta nadie, debe ser otro departamento. ¿Y qué me importa que ésta sea una casa?

San (*riéndose*).—Está bien, señor monitor, tómeme el abecedario. (*Sandra se desvanece.*)

J.—Un día estábamos en clase. Era el cumpleaños de otro compañero y habíamos comprado una torta. Todos se decidieron a bailar. Se me congeló el estómago. Si ponían música lente podía bailar apretado. El lío era cómo sacarla a bailar. La forma elegante según la instructora de hábitos felices, era decirle “¿me acompañás?” Pero yo dudaba y el tiempo pasaba. En eso Sandra dijo que se sentía cansada y que se iba. Me ofrecí a acompañarla y aceptó. Íbamos caminando mientras pasábamos frente a un hotel alojamiento. (*Se crea la escena donde aparece Sandra nuevamente en el escenario.*)

J.—Vos sabés, Sandra, la medicina, la canción, mis dudas, yo a veces...

San.—¿Tenés ganas de entrar?

J (*impactado*).—Sí. Sí, claro. (*Entran.*)

(*Ya están en la pieza del hotel.*)

J (*mientras hablan se empieza a desvestir, Juan nervioso mira la pieza*).—Un amigo decía que en las piezas de los telos había tantos espejos que no sabía si venía a encamarse o a peinarse.

San (*riéndose fuerte*).—¡Qué boludo! ¿Te costó decidirte? ¿Sabés que me vinieron ganas?

J.—Es increíble. Me parece tan nuevo. Con vos no sé quién soy. ¿Vos sabés quién soy?

San (*riendo*).—No me digas que sos virgen.

(*Se besan y abrazan, mientras se supone que están haciendo el amor la cantante canta una canción.*)

(*Se están vistiendo luego de haber hecho el amor.*)

J (*tomándola y abrazándola*).—Te contesto, era virgen.

San.—No lo digas, me da miedo, y basta. Dejemos los lugares comunes, vamos a festejar como dos artistas del *music hall*, vamos a cantar y bailar. (*Empieza a hacerlo en voz muy alta.*)

J.—No grites, por Dios, acá no.

San.—¡Dale, animáte, por una vez!

J.—No.

San.—Si arrugás salgo desnuda corriendo por el hotel y golpeando en cada puerta, ¿eh?

J.—No hagas locuras, Sandra, está bien, lo hago pero despacito. (*Comienzan a bailar y cantar y Juan va tomando cada vez más impulso y coraje, y bailando y gritando más fuerte. Sandra se esfuma de escena.*)

C.—¿Y cómo siguió?

J.—Siguió como un chicle. Se estiró, se agrandó, se infló, y ¡plop!, reventó. Tratamos de pegotearlo de todas las formas, pero no fue posible. Se volvió a romper. Fue hace una semana.

San.—Tenés tanto miedo que no sabés quién sos, y qué feo te ponés cuando te disfrazas de caja fuerte. Te veo tan asustado que no me animo a llorar y a veces necesito llorar, contarte cosas que no entiendo, y me sobresaltan, o entristecen, y no me atrevo. Voy a aceptar que me dejes, Juan. Prefiero eso al terror de pensar que no te tuve nunca. Por suerte gocé, y fue de verdad, y fue nuestro. Sí, Juan, gocé y gocé.

(*Desaparece Sandra de escena.*)

C.—Qué verdadero que me suena todo eso.

J.—Tengo la impresión de que se me estuviera escapando la vida. ¿Dónde está la gente que amo? ¿Quiénes son? Esta mañana, cuando mi hija partió para el colegio, no sé

si les conté que tengo una hija de doce años, me dio un beso como todas las mañanas y me dijo al oído: “Estoy orgullosa de vos, papi, y que sea tu día más feliz”. Es terrible que no llegue a conocerme. No puedo fallarle. Tengo que hacer algo. No quiero engañarla, pero no puedo ayudarla. Siento vergüenza, culpas. Soy un guardapolvo, un matriculado, un cobarde entonado, y lo voy a decir, lo voy a gritar, si, soy un (*en voz muy bajita*) infeliz. Quisiera poder gritarlo (*en voz bajita, de nuevo*), infeliz.

C.—No diga eso. No se imagina la cantidad de cartas y telegramas que recibió. Están en esa canasta. Para leerlos en el homenaje cuando lo nombren presidente. Es una sorpresa que le han organizado.

M.—Ahora tenemos que ensayarlo. Si se queda no va a ser una sorpresa (*tratando de convencerlo*), por ahí prefiere irse un rato.

J.—No, no quiero irme así, ensayen lo mismo. Si quieren me distraigo un poco y listo. Por otro lado siempre es una sorpresa aunque un poco antes.

(*Los jóvenes se miran y aceptan.*)

C.—Bueno, dale, si no es cosa nuestra. ¿Sabe qué? Ensáyelo con nosotros.

M.—Vos entrás cantando y después le ponés la banda presidencial.

(*Saca una banda presidencial y se la da a la cantante.*)

J.—¿Qué banda presidencial?

M.—Un regalo que le mandan del *country*. La pintó su cuñada. (*Se la muestra.*)
Cubierta de fotos de su vida.

(*Hacen el ensayo colocándole la banda presidencial.*)

C.—Después le cantamos la poesía que le escribió su mujer.

J.—No sabía que escribía poesías.

C.—Sí, sí, es ésta, ahora se la canto.

(*Se para y canta con ritmo de bolero.*)

“Es por tus ojos que veo los colores, entre todos los colores aquellos de tus ojos.

No necesita mi amor de anteojos,

Con sólo mirarte se abren mis pupilas.

Llevo conmigo los ojos del alma,

Que corrigen cualquier miopía, hipermetropía, O presbicia.

Viva la luz, viva el color, viva el lente”.

J.—¡Qué horror!

C.—Después la vocal anuncia que el secretario le va a dar la palabra al presidente

saliente para que le dé la bienvenida y le pida unas palabras al presidente entrante.

J.—¿A quién?

M.—A usted, si es el nuevo presidente.

C.—Al final va a llegar un telegrama sorpresivo de su hija.

J.—¿Ya llegó?

C.—Y, sí. A mí me lo dieron esta mañana.

J.—¿Qué dice?

C (*lee el telegrama*).—Papá, estoy orgullosa de que seas presidente. Yo también voy a ser oftalmóloga. Te deseo que seas muy, pero muy feliz. Besos. Natalia.

J (*se levanta horrorizado*).—Natalia, Dios mío, ¿qué te han hecho, qué te hice? Natalia, mi amor, a tu edad se dice oculista.

(*Se empieza a escuchar detrás del escenario, como si estuvieran llegando, en forma cada vez más fuerte, un coro que canta: “Feliz, feliz en tu día, feliz, feliz en tu día”...*)

M.—¡Parece que ya llegaron los invitados!

J (*totalmente desorbitado, grita*).—¡Cierren las puertas, trábenlas, deténgalos!

M.—¿Qué dice?

J.—Nos defenderemos con los puños. Resistiremos la invasión. No van a doblegarme.

M (*se le acerca*).—Cálmese un poco, usted está alterado. (*Juan lo corre.*)

C.—Callate, porque yo lo apoyo. (*Emocionada.*) Aquí no entran mientras esté viva.

J (*emocionado*).—¿En serio? (*Mirando al músico.*) ¿Y usted?

M (*estrechando la mano de los dos*).—Y bueno, todos para uno y uno para todos.

J.—Cantemos, cantemos fuerte. Inventemos la rebelión.

(*Empiezan a cantar y se escucha por un lado... “Feliz, feliz en tu día”, que empieza a quedar tapada, si bien no totalmente ausente, por la canción de rebelión de ellos, mientras se van apagando las luces.*)

APAGÓN

BIBLIOGRAFÍA

- Abadi, Marcelo N., *Voltaire, su pensamiento histórico*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1968.
- Adorno, Theodor, *Minima Moralia*, Madrid, Taurus, 1998.
- Aristóteles, *Ética nicomaquea*, México, Porrúa, 1979.
- Ariès, Philippe, *Morir en Occidente*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 2000.
- Bataille, Georges, *La felicidad, el erotismo y la literatura*, Buenos Aires, Adriana Hidalgo Editora, 1988.
- Beck, Ulrich, *Un nuevo mundo feliz*, Barcelona, Paidós, 2000.
- Freud, Sigmund, “El porvenir de una ilusión. El malestar en la cultura y otras obras” (1927-1931), en *Obras completas*. Ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, con la colaboración de Anna Freud, Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- Kant, Immanuel, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Madrid, Espasa Calpe, 1981.
- Lipovetsky, Gilles, *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama, 1986.
- Marcuse, Herbert, *El fin de la utopía*, México, Siglo XXI, 1968.
- Morris, Desmond, *La naturaleza de la felicidad*, Barcelona, Planeta, 2006.
- Platón, *Diálogos socráticos*, Buenos Aires, W. M. Jackson Inc. Editores, vol. II.
- Rifkin, Jeremy, *El sueño europeo*, Barcelona, Paidós Ibérica, 2004.
- Russell, Bertrand, *La conquista de la felicidad*, Buenos Aires, Debolsillo, 2007.
- Séneca, Lucio Anneo, *Sobre la felicidad*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.

Cubierta

Portada

Biografía

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción. Algunas claves personales

Primera Parte. La construcción de la felicidad

1. Un acercamiento a la idea de felicidad

Una felicidad posible

A ser feliz se aprende

La búsqueda

La renuncia: una aliada sutil

La felicidad y el semejante

2. Vida y cultura cotidiana. El lugar del amigo. La felicidad y su relación con la amistad.

La sociedad de la amistad

La felicidad de alcanzar una meta

Optimismo, pesimismo, expectativa catastrófica. Y su relación con la felicidad

Tiempo libre. Imaginación y sorpresa

Emblemas actuales de la felicidad

Felicidad, pareja y sexo

La fascinación del enamoramiento. Una locura envolvente

La era de los héroes

La era de los hombres

Una relación conocida y misteriosa. Sexualidad y felicidad

La felicidad y su relación con el trabajo

Un trabajo feliz

El trabajo alienado

Un mundo feliz

La felicidad va al cine

Felicidad y religión

La felicidad es sólo para los mortales

La aceptación de lo inevitable. La felicidad y su relación con la muerte

Asumirla y meditar sobre ella

Segunda parte

3. La felicidad según el psicoanálisis

4. Qué dijeron los pensadores

Conocimiento de uno mismo y felicidad

Sócrates interroga a la felicidad

La felicidad según Platón. Su relación con la virtud, la justicia y la bondad

Aristóteles. La felicidad, del cielo a la tierra

De la ironía a la provocación. Diógenes y los cínicos

La razón apasionada

La Bastilla era una fiesta

La felicidad del 68

Un diálogo personal con Daniel Cohn-Bendit, líder estudiantil de Mayo del 68

Pensar después del muro. Los posmodernos

¿Podría Séneca haber vivido en nuestra época?

Misceláneas felices

Ser o no ser

“De felicidad también se muere”. De José Eduardo Abadi

Bibliografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA

Abadi, José Eduardo
De felicidad también se vive. - 1a ed. -
Buenos Aires : Debolsillo, 2012
(Best Seller)
EBook.

ISBN 978-987-566-819-5

1. Autoayuda. I. Título
CDD 158.1

Edición en formato digital: mayo de 2012
© 2012, Random House Mondadori, S.A.
Humberto I 555, Buenos Aires.

Diseño de cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

ISBN 978-987-566-819-5

Conversión a formato digital: libresque

www.megustaleer.com.ar



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Desde 2001 forman parte de Random House Mondadori los sellos Beascoa, Debate, Debolsillo, Collins, Caballo de Troya, Electa, Grijalbo, Grijalbo Ilustrados, Lumen, Mondadori, Montena, Plaza & Janés, Rosa dels Vents y Sudamericana.

Sede principal:

Travessera de Gràcia, 47-49

08021 BARCELONA

España

Tel.: +34 93 366 03 00

Fax: +34 93 200 22 19

Sede Argentina:

Humberto Primo 555, BUENOS AIRES

Teléfono: 5235-4400

E-mail: info@rhm.com.ar

www.megustaleer.com.ar



Electa

Grijalbo

Lumen



Montena



ROSADELSVENTS

Editorial Sudamericana

Índice

Portada	2
Biografía	3
Dedicatoria	4
Agradecimientos	5
Introducción. Algunas claves personales	6
Primera Parte. La construcción de la felicidad	11
1. Un acercamiento a la idea de felicidad	12
Una felicidad posible	13
A ser feliz se aprende	15
La búsqueda	16
La renuncia: una aliada sutil	16
La felicidad y el semejante	17
2. Vida y cultura cotidiana. El lugar del amigo. La felicidad y su relación con la amistad.	21
La sociedad de la amistad	23
La felicidad de alcanzar una meta	25
Optimismo, pesimismo, expectativa catastrófica. Y su relación con la felicidad	28
Tiempo libre. Imaginación y sorpresa	31
Emblemas actuales de la felicidad	34
Felicidad, pareja y sexo	37
La fascinación del enamoramiento. Una locura envolvente	39
La era de los héroes	40
La era de los hombres	41
Una relación conocida y misteriosa. Sexualidad y felicidad	42
La felicidad y su relación con el trabajo	44
Un trabajo feliz	45
El trabajo alienado	46
Un mundo feliz	46
La felicidad va al cine	49
Felicidad y religión	51
La felicidad es sólo para los mortales	55
La aceptación de lo inevitable. La felicidad y su relación con la muerte	57

Asumirla y meditar sobre ella	59
Segunda parte	62
3. La felicidad según el psicoanálisis	63
4. Qué dijeron los pensadores	75
Conocimiento de uno mismo y felicidad	78
Sócrates interroga a la felicidad	80
La felicidad según Platón. Su relación con la virtud, la justicia y la bondad	83
Aristóteles. La felicidad, del cielo a la tierra	85
De la ironía a la provocación. Diógenes y los cínicos	89
La razón apasionada	92
La Bastilla era una fiesta	92
La felicidad del 68	97
Un diálogo personal con Daniel Cohn-Bendit, líder estudiantil de Mayo del 68	99
Pensar después del muro. Los posmodernos	104
¿Podría Séneca haber vivido en nuestra época?	108
Misceláneas felices	111
Ser o no ser	113
“De felicidad también se muere”. De José Eduardo Abadi	118
Bibliografía	140
Índice	141
Créditos	143
Acerca de Random House Mondadori ARGENTINA	144